

CULTURA

8

••• REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA •••

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMÉRICA

MARZO - ABRIL

1956



ASOCIACIÓN
DE EDITORES
DE EL SALVADOR

CULTURA

REVISTA BIMESTRAL DEL MINISTERIO DE CULTURA

MINISTRO:

DOCTOR REYNALDO GALINDO POHL

SUB-SECRETARIO:

DOCTOR ROBERTO MASFERRER

DIRECTOR:

MANUEL ANDINO

SECRETARIO DE REDACCION:

JUAN ANTONIO AYALA

Nº 8

MARZO - ABRIL

1956

DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA

Pasaje Contreras Nos. 11 y 13.

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



Impreso en los Talleres del
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 5 6



INDICE

	PAGINA
Con un Novelista Insigne Hugo Lindo.	7
Entre la Selva de Neón Alfonso Orantes.	11
La Novela Social Norteamericana Reflejada en John Steinbeck Mario Hernández A.	16
John Steinbeck y su Técnica Literaria Juan Antonio Ayala.	24
Francisco Morazán, Trinidad Cabañas y Gerardo Barrios J. Ricardo Dueñas V. S.	32
El Hombre y el Tiempo Salvador Cañas.	39
Dos Pasos Hacia Alfredo Espino Cristóbal Humberto Ibarra.	45
Estampas de Meanguera del Golfo Raúl Elas Reyes.	50

	PAGINA
Peripecias de la Cultura en Centroamérica	55
Rafael Heliodoro Valle.	
Breve Ensayo en Torno a la Consideración del Tiempo y el Paisaje para la Auscultación de la Poesía	65
Rolando Velásquez.	
Petronio, Personaje Inolvidable y Singular	71
Gustavo Pineda.	
Reportaje Sobre el Primer Congreso Pedagógico Centroamericano	76
Salvador Escovar Ballesteros.	
Recuerdo de Antonín Artaud	87
Ione Robinson.	
El Papel Social del Médico en la Antigüedad	93
Francisco Monterrosa Gavidia.	
Arqueles Vela: Obra Docta y Obra de Fantasía	102
David Vela.	
Recuerdos de las Naciones Unidas	108
Alfredo Martínez Moreno.	
Al Pie de la Ciudad	113
Manuel Mejía Vallejo.	
La Música en Hispano América:	
<i>La Sinfonía India de Chávez</i>	122
Pablo Palomino.	
<i>La Música Moderna Brasileña</i>	123
Julio Antonio Coss.	
Datos Sobre el Movimiento Literario en El Salvador	126
Manuel Andino.	
Ideas para un Programa de Filosofía de la Educación	140
Alfredo Betancourt.	
En el Centenario de Zorrilla de San Martín	145
Max Henríquez Ureña.	
Notas Bibliográficas	153

Colaboran en Este Número

HUGO LINDO.—Poeta y escritor salvadoreño, Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Libros: “Poema Eucarístico”, “Guaro y Champana” (cuentos) “Libro de Horas”, “Antología del Cuento Moderno Centroamericano”, “Sinfonía del Límite”. Es Encargado de Negocios de El Salvador en Santiago de Chile.

ALFONSO ORANTES.—Poeta y escritor guatemalteco. En 1935 publicó un libro de poemas: “Albórbola”. Ha hecho en la prensa centroamericana crítica literaria y artística. Vive en San Salvador.

MARIO HERNANDEZ AGUIRRE.—Escritor salvadoreño. Residió en Santiago de Chile y Buenos Aires. Ha publicado “Litoral de Amor”. Jefe de Publicidad del Ministerio de Trabajo. Reside en San Salvador.

JUAN ANTONIO AYALA.—Escritor español. Profesor de Lengua y Literatura Latina. Ha publicado: “Cifra de Humanidad”, “Lydia Nogales”. Reside en San Salvador.

RICARDO DUEÑAS V. S.—Abogado y escritor salvadoreño. Comenta en la prensa los sucesos nacionales. Vive en San Francisco, California.

SALVADOR CAÑAS.—Profesor y escritor salvadoreño. Tiene un libro inédito: “Mesón”. Reside en San Salvador.

CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA.—Escritor salvadoreño. Hace varios años reside en Buenos Aires. Sus libros: “Cuentos de Sima y Cima”, “Rilke, las claves de su creación”.

RAUL ELAS REYES.—Pintor y escritor salvadoreño. Vivió en París, haciendo estu-

dios de pintura. Reside en San Salvador, Trabaja en la Junta Nacional de Turismo.

RAFAEL HELIODORO VALLE.—Poeta, escritor y diplomático hondureño. Autor de los siguientes libros: “Como la luz del día”, “Los de la última Góndola”, “El Rosal del Ermitaño”, “Anfora Sedienta”, “Índice de la Poesía Centroamericana”, “Iturbide”, “Contigo”,

ROLANDO VELASQUEZ.—Escritor salvadoreño. Obras: “El retorno a Elsinor”, “Memorias de un viaje sin Sentido”. “El bufón Escarlata”, “Entre la Selva de Neón”.

GUSTAVO PINEDA.—Escritor salvadoreño. Cuentista, funcionario de la Corte de Cuentas de la República. Vive en San Salvador.

SALVADOR ESCOVAR BALLESTEROS.—Periodista salvadoreño. Vivió muchos años en México. Actualmente reside en San Salvador, ejerciendo el periodismo.

FRANCISCO MONTERROSA GAVIDIA.—Médico y escritor salvadoreño. Funcionario de la Dirección General de Sanidad. Vive en San Salvador.

DAVID VELA.—Escritor guatemalteco. Ha publicado: “El Hermano Pedro en la Vida y en las Letras”, “Literatura Guatemalteca”, “Martí en Guatemala”, “Nuestro Belice”, “Geneonomía Maya-Quiché”, “Alejandro Marure”.

ALFREDO MARTINEZ MORENO.—Abogado y escritor salvadoreño. Desempeña un puesto de importancia en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

MANUEL MEJIA VALLEJO.—Escritor colombiano. Reside en San Salvador.

MANUEL ANDINO.—Escritor salvadoreño. Ha publicado: “Detalles”, “Mirando Vivir”, “Tomás Regalado”, “Vocación de Marino”.

ALFREDO BETANCOURT.—Profesor y escritor salvadoreño. Director de la Escuela Normal de Maestros “Alberto Masferrer”. Vive en San Salvador.

MAX. HENRIQUEZ UREÑA.—Escritor y poeta dominicano. Obras: “Leyes de la Versificación Castellana”, “La épica popular en España” y “Breve Historia del Modernismo.

CON UN NOVELISTA INSIGNE

Por HUGO LINDO

Hay hombres a quienes el prestigio y los honores no logran sacar de su humildad. Quizá no sean muy frecuentes; pero yo acabo de estar con uno de ellos, y su sencillez me ha impresionado. Siempre me ocurre cuando conozco a una persona así. Y a veces me pregunto si habrá virtud en su grandeza y su modestia, o se tratará sólo de una conformación espiritual congénita, que les veda la elocuencia de las posturas y la pedantería de los actos.

Porque ni siquiera cabe imaginar a don Eduardo Barrios tomando actitudes de dómine. El es así, cotidiano, y si no viniera uno de leer *El niño que enloqueció de amor*, *El hermano asno* y *Gran señor y Rajadiablos*, lo tomaría sólo por un funcionario viejo y bonachón que atiende en su despacho con una cortesía libre de afectaciones. ¡Y habría estado,

sin darse cuenta, con uno de los más insignes novelistas de la América actual!

Pero hay también tipos de modestia. Existe la modestia excesiva, que viene a ser inhibitoria, y hay una más natural, más flúida, que no incapacita al hombre para hablar de sí mismo cuando alguien inquiera sobre su vida y afanes. El artista, el escritor, que se deben al público por razones vocacionales y profesionales, no pueden evitar en su trayectoria más de una pregunta indiscreta. Y deben estar en condiciones morales de responderla.

Don Eduardo Barrios lo hace, desde el otro lado de su enorme escritorio de Director de la Biblioteca Nacional de Chile, el cual está lleno de papeles, de libros, de ceniceros...

—Nací en Valparaíso, el 25 de octubre de 1884...

Su madre era de nacionalidad peruana,



EDUARDO BARRIOS

mas hija de alemán y de una señora que, siendo también peruana de nacionalidad, era a su vez hija de francés y vasca... Es decir, la madre del novelista, que además se había educado en Hamburgo, era relativamente peruana... Pero no tanto que el sentimiento nacional le impidiera casar con chileno durante la tremenda Guerra del Pacífico.

“Acaso por la mezcla de todas estas sangres —escribió una vez don Eduardo— mi patriotismo viva de una fuerza de simpatía humana, más que de un exclusivismo de bandera”. Y acaso por eso mismo, agregaría yo, su poder creador ha desbordado las fronteras patrias, y en vez de hacer de él un valor de las letras chilenas, lo ha convertido en indiscutible

figura de todas las de Hispanoamérica. Aguilar y Losada, en España, han hecho varias ediciones de sus libros. Ahora la primera de dichas empresas publica las obras completas del ilustre escritor. Y no digamos la de veces que sus textos han aparecido bajo sellos de Argentina y de Chile.

Me va refiriendo con pausada voz y sin asomos de jactancia, cómo la vida lo obligó a hacer de todo. Fallecido su padre cuando él era muy niño, la madre llevóselo a Lima, al lado del abuelo alemán. Allí estudió el ciclo secundario e hizo amistad con dos de sus condiscípulos, los hermanos García Calderón, y de modo especial con Ventura, llamado a ser ilustre.

—Eramos de la misma edad —me explica.

Volvió a Chile a los quince años de edad. Fué cadete, y cadete distinguido; pero su vocación era otra, y dejó la vida militar, con lo cual rompió los vínculos —no muy fuertes— que lo unían a la familia paterna. Empezó el deambular.

—Recorrí media América. Hice de todo. Fuí comerciante, expedicionario a las gomeras de las montañas del Perú...

Y me va relatando las cosas más inverosímiles. Ya lo veo de vendedor ambulante de libros, ya de buscador de minas, ya de tratante en máquinas, ya de actor en un teatrillo aventurero.

—...y como anduviera un tiempo entusiasmado con los ejercicios ginnásticos, hasta llegué a presentarme en público, levantando pesas...

En sus 72 años de edad se advierten la fortaleza y la salud. No es, ni con mucho, un gigante; más bien es pequeño de estatura. Pero se ve sólido.

Este ir y venir de pueblo en pueblo y de actividad en actividad, no sólo enri-

queció de anécdota y peripecia la vida del escritor, sino que también endureció su disciplina viril. Supo de madrugadas frías, de marchas forzadas, de miserias, de hambres. De todo aquello que hace al hombre más humano, porque lo pone en contacto con la realidad más íntima de sí mismo y del prójimo.

—¿Llevaba usted notas, apuntes?...

—No. Nunca he escrito en torno a la experiencia inmediata... Hablo de lo que vi en otros tiempos... La verdad es que soy observador por naturaleza. Ni siquiera me lo propongo: simplemente, observo, porque ésa es la manera de entender a los otros... Mis obras, todas, son un producto directo de la vida...

Eso ya lo sabía yo, que, aun cuando no he leído todos los libros de este autor, sí he sentido en los que conozco, ese tremendo palpitante de cosa real y humana que no puede lograrse sin la entrega total del hombre al arte.

—¿Trabaja sus libros con regularidad, a horas fijas?...

—Lo habría hecho así, quizás, en circunstancias más favorables... Pero mi tiempo nunca ha sido mío... Las obligaciones diarias sólo me permiten escribir cuando se puede... Le voy a contar una historia, para que vea... Cuando yo escribía *Un perdido*, trabajaba por la mañana en la Universidad de Chile; por la tarde en el Congreso Nacional, y, al salir de allí, complementaba mis ingresos haciendo de redactor principal en el diario *La Mañana*, de donde salía por la madrugada, hacia las 3 o las 4... Dormía cuatro horas. Cuando mucho, cinco. Ya tenía por entonces escrita la primera parte de mi novela; pero veía con pesar que no me era posible concluirja. ¿Qué cree que hice?

—Pues... renunciar a alguno de los puestos...

—¡Imposible!... Decidí dormir una noche sí y otra no. Y de esta manera, trabajando alternativamente las 4 o 5 horas que correspondían al sueño, pude dar remate a la obra.

—¡Heroico!—digo con estupefacción. Y él responde sencillamente:

—Tenía buena salud.

—¿Escribe a mano o a máquina?

—Según de lo que se trate: el periodismo es rápido por naturaleza, de modo que lo puramente periodístico, lo escribo a máquina. Pero una novela es otra cosa... Yo siento como si la pluma fuera una continuación de mi mano, de mi propio sér... Escribo con letra pequeña, pero clara, y me gustan los originales pulcros. Cuando una cuartilla tiene muchas correcciones, prefiero rehacerla... Después, ¡claro!, tengo que pasar a máquina lo escrito.

—¿Usted mismo?

—¡Natural!... Nunca he tenido mecanógrafo...

—¿Y no tiene manías, cosas raras, cuando escribe?

—No... salvo el tabaco. Siempre fumo mucho, y cuando estoy en el proceso creador, más... Enciendo los cigarrillos uno tras otro, y ni me doy cuenta de cómo se van llenando los ceniceros.

—Decía yo... cosas como esas de pasearse por la habitación, tomar un libro, sacarle punta a un lápiz...

—No tengo tiempo que perder. Mis horas están limitadas, y debo aprovecharlas. A veces, talvez vacile algo antes de comenzar a escribir; pero una vez empiezo...

—¿Cuánto tiempo trabaja de un tirón?

—El tiempo disponible: dos, cinco horas, lo que sea...

—¿Sin fatiga mental, sin cansancio del poder imaginativo?

—Al contrario: cuanto más escribo, más poderosa es la afluencia de ideas, y más difícil me resulta dejar la pluma. Me olvido de comer, de dormir...

—Algunos autores, cuando inician una novela, tienen ya *in mente* el esquema completo que van a desarrollar; otros, en cambio, la comienzan como una aventura, y dejan que en el camino la obra se vaya estructurando sola y los personajes vayan dando de sí... ¿Cuál de éstos es su método?

—El primero. Viene a mí una idea que considero digna de desarrollo. Le doy vueltas en la cabeza durante días y noches. Creo así, de uno en uno, los principales personajes y los más importantes acontecimientos. Ordeno unos y otros en un esquema, y no es sino hasta después de todo este trabajo de preparación, cuando me entrego al desarrollo... Claro que esto sólo versa con lo principal: los personajes secundarios y los incidentes de menor importancia, son producto del desarrollo mismo.

—Hay también escritores que desdeñan el aspecto estilístico y hasta lo sacrifican en beneficio de la acción, y otros que se cuidan mucho del estilo. ¿Usted?...

—Considero indispensable cuidarse del estilo. Si la obra tiene acción y es buena, ¿por qué no darle un ropaje que sea digno de ella?... Para mí es cosa de decoro, tan importante como, en la vida personal, el aseo... ¿Qué pensaría usted

de mí si me viese sucio, barbado, sin peinar?...

Ya he logrado entrar en muchos de esos pequeños secretos del hacer personal que tiene cada artista y que, por resultar inseparables de la obra, dejan siempre una enseñanza cálida. Me resta una sola pregunta que he de lanzar al fondo, como una directa estocada:

—¿Cuál es su credo estético?

—He definido en otra ocasión el arte, diciendo que “es una ficción que sirve para comunicar, no la verdad misma, sino la emoción de la verdad”. Y fíjese en que digo *comunicar*, y no *expresar*. “La expresión lisa y llana, por exacta y poderosa que sea, pertenece a la ciencia: comunicar y aun contagiar es la misión del artista”, escribí también hace algunos años. Quanto al desideratum del estilo, cabe para mí en dos palabras: música y transparencia. La música —que no es necesariamente un sonsonete métrico— está constituida por ondas simpáticas que llegan al alma: la lectura se hace fácil... Lo ideal sería que el lector se olvidase de que está leyendo, y viviera él mismo la vida que está escrita...

Habría aún tantas cosas por preguntar y comentar. Desgraciadamente la hora y la cortesía invitan ya a dar las gracias por este abundante material de confesiones.

Las doy al despedirme del insigne escritor, y las renuevo ahora, al sintetizar su amena plática.

Santiago, Chile, Abril de 1956.

ENTRÉ LA SELVA DE NEON

Por ALFONSO ORANTES

“Para ser justa, para tener razón de ser, la crítica debe ser parcial, apasionada, política, es decir, hecha desde un punto de vista exclusivo, pero desde el punto de vista que abra más horizontes”. (De ¿Para qué la crítica? C. BAUDELAIRE).

Aludir a la crisis general de nuestro tiempo y, por consiguiente a la que se observa en toda actividad del hombre contemporáneo, es ya lugar común. Guillermo de Torre en su *Problemática de la Literatura*, analizando cautamente el fenómeno, formula una alternativa: *¿Crisis o Revolución?* Y al recorrer los aspectos coincidentes de ambas cuestiones, se refiere a la “existencia como cambio”, para estar acorde, sin duda, con los últimos gritos de la filosofía, y decidirse por las transiciones, entendiendo la crisis “como un fenómeno constitutivo y no pasajero de nuestra época”. Y ¿la Revolución? También se manosea esta palabra. Siguiendo a Julián Huxley, acepta que tal término es anfibológico: expresa por un lado insurrección y por otro cambio tajante de grandes alcances en las ideas e instituciones. Al decir de Mathiez, sólo “hay revolución cuando acompaña al cambio de las instituciones una modificación profunda del régimen de la propiedad”. Guillermo de Torre prefiere la palabra *crisis*. No le está dado a cualquiera convertirse en revolucionario. Lo que define y caracteriza a éste, es el hecho de superar la situación en que se encuentra.

Sin duda porque la literatura es reflejo vivo del espíritu, de la vida y la esperanza del hombre, en ella se destaca con mayor relieve la crisis de nuestros tiempos. Wladimiro Weidlé, en su *Ensayo sobre el destino actual de las letras y las artes*, analiza certeramente los mismos aspectos tratados por Guillermo de Torre. Coinciden en que la literatura está en crisis y, dentro de aquélla, la novela muestra sin duda su mayor grado. Weidlé dice: “lo que actualmente parece poner en peligro el

porvenir de la novela, es cierto debilitamiento de las fuerzas creadoras capaces de hacer algo que no está al alcance de la razón pura, esto es, imaginar un mundo y los seres que se mueven en él". Esta verdad rotunda la vemos en todas partes. Después de las revelaciones y modalidades geniales de Proust, Joyce y Mann, la novela ha entrado en plena decadencia y no porque se hayan agotado los temas universales, que son infinitos, sino porque ahora es más fácil escribir novelas.

Han sido tantos los procedimientos y las técnicas utilizadas para hacer novelas que ahora cualquiera escribe una novela. En realidad, no son novelas las que cualquiera escribe. "La posibilidad de hacer una novela a propósito de cualquier cosa prueba la decadencia de la verdadera novela". La mayor parte de lo que se da en nombrar así es un mosaico documental llamado "montaje" que consiste en la simple yuxtaposición de lo que se hubiera llamado antes las piezas justificativas del trabajo, empero sin que aparezca el poder creador de quien escribe. "El peligro más grande para la obra de arte no consiste en estar expuesta a la concurrencia del documento, sino a convertirse ella en algo de índole documental".

Como es sabido, hay innumerables variedades de novela. "Al romper Proust la tradición novelística rehaciéndola a base de recuerdos y al disecar Joyce con crueldad y hacerla completa y subordinar la narración a un ciclo de correspondencias preestablecidas, llegaron ambos a la negación de la novela como forma espontánea de la vida hecha arte y de la realidad transfigurada en poesía", ha dicho el mismo Weidlé. Hace parecer novela a muchos libros, "la mecanización de la forma y la presión de la materia bruta que ha determinado la invención de un nuevo método narrativo, al incorporar a la novela la crónica judicial y el reportaje sensacional". Hasta ahora, la mayoría de las novelas que surgen tienen tales características. Son libros novelados. Relaciones más o menos extensas en las que se cuentan cosas. "La novela corriente, dice T. S. Elliot, en gran medida obtiene la realidad que posee mediante la reproducción exacta de los ruidos que los seres humanos producen corrientemente en sus sencillas necesidades diarias de comunicación, y las partes de la novela compuestas con estos ruidos son una prosa no más viva que la de un periodista o un funcionario competente". La mayoría de las novelas corrientes se acogen al recurso llamado "discursivo". Este procedimiento, desde el "montaje" a la "estructura narrativa", dice Weidlé, "implica el triunfo de la información en su lucha con la comprensión, del documento en su lucha con el arte y la literatura", es una "tendencia a servir al lector únicamente los materiales brutos, los calcos, muchas veces inexactos, de la realidad, "tajas de vida", "documentos humanos", "cosas vistas" y con hechos de aquí y de allá. Por ello existe un abismo entre una novela y un libro novelado".

Esto que es sabido por quienes están al tanto de cuestiones literarias y se preocupan e inquietan por lo propio, se refresca ante el libro de Rolando Velásquez: *Entre la selva de neón*.

Qué idea tiene Velásquez de la novela podemos deducirla leyendo su novela. El novelista no es un parlante. Es un analizador, un modelador, un creador. Lo

singular de esta creación consiste en que lo que ve, juzga y analiza, no es fárrago de naderías, simplezas o artificiosidades, sino la imagen depurada de seres, ambientes y caracteres, sentimientos y pensamientos humanos. La novela tiene su inercia o su dinámica propia, sus exigencias, sus coerciones, su lógica interna. No obstante, está abierta a las vidas de sus propios personajes, los cuales pueden vivir solos. En la novela de Velásquez no hay personajes, sólo hay personas. No están hechos, se nos dan hablados. Son verbales. Son seres sin ser. No son seres, son ceros. No cuentan, son contados y, una serie de cuentos que se hilvanan, no pueden ser novela.

Entre la selva de neón, novela de la vulgaridad, debí titular estas líneas. ¿Por qué ese calificativo al parecer tan drástico? Porque Velásquez, periodista, escritor habitual, muestra en su libro la vida corriente. Revela la vida de la aldea, su pequeñez, su insignificancia y la de sus gentes. Trata de ofrecernos una pintura de la "Gran ciudad". Al mostrarnos lo que son estos pueblos nuestros, sus gentes, sus acciones y sus pasiones, muestra nuestra vulgaridad. Pero no hay que caer en equívoco. El calificativo debe ser entendido en su acepción más simple o lata: "común o general, por contraposición a especial o técnico: que no tiene especialidad particular en su línea": "vulgaridad, especie, dicho o hecho vulgar que carece de novedad o importancia, o de verdad y fundamento".

Así, lo que estos lugares son, nos lo revela extensamente. En la obra todos los valores resultan negativos. Todos los personajes fracasan o se frustran. Para descargarse de la responsabilidad que implica haber copiado cómo viven y actúan, cómo piensan y cómo se aniquilan, Velásquez los mata a casi todos.

Pero hay otras revelaciones en la obra. Así como son negativos sus personajes, así son los ambientes. Desde el pueblerino al de la Gran ciudad.

El carácter periodístico del autor se muestra completo en este libro suyo. Es una dilatada narración y refleja la monotonía de la vida de los medios que describe, su ambiente de sofocación, su estrechez y su sordidez. Decía Wilde que escribir en los periódicos deteriora el estilo. Es evidente. No hay estilo más deteriorado que el estilo periodístico. Velásquez demuestra ser periodista a través de los diversos relatos de su novela. Lo evidencia también porque *Entre la selva de neón*, tan sugerente nombre, sólo es un título. Por ningún lado se percibe, se nos revela, nos enceguece la "selva de neón" de la ciudad. Con los capítulos en que se dividen las tres partes de la obra ocurre lo mismo. Nos prometen apetitosamente algo incitante y no logramos encontrar la incitación en lo *discursivo* de su desarrollo.

Pero metámonos un poco más en el caso. Estimamos necesario hacer algunas someras reflexiones sobre lo que su lectura depara.

La vida reflejada en la obra, sus personajes, nos evocan cómo vivimos: de mentiras, afirmando negaciones. Lo paradójico de lo paradisiaco de nuestros países donde sus riquezas son pobres riquezas que pocos explotan y donde los hombres son pocos hombres que a los demás hombres explotan. Como carecemos de valor

necesario para encarar la verdad, nos encerramos en nuestras mentiras sociales, morales, mentales. Pero la verdad se nos revela, nos la revelan los periodistas en los periódicos: asesinatos, robos, estafas, suicidios, accidentes, crueldad, alcoholismo, mendicidad, prostitución, miseria, hambre, suciedad. El cuadro es horrible. Si nos adentramos en lo que las gentes son, se nos evidencia su falsía, engaño, simulación, ambición desenfrenada y contenida; la envidia, el odio, la sensualidad, la procacidad. Algo aterrador.

Si en su novela Velásquez trata de reflejar la verdadera vida de estos países centroamericanos, la obra debe leerse cuidadosamente. Si tal ha sido la intención del autor, lo ha logrado en parte. El apareamiento de esta obra fijaría, entonces, un punto de partida dentro de la novelística istmeña porque somos novela sin novelistas. Esto también ya es lugar común desde que alguien lo expresara respecto a toda América.

Considerado así el libro de Velásquez, es revelador. Valiéndose de un lenguaje, utilizando recursos periodísticos, empleando técnicas apropiadas, aunque él lo ignore, ofrece un acabado retrato del ambiente, de las gentes, de la mediocridad, la hipocresía, la relajación moral y mental, y de la mentira en que vivimos. Es aquí donde la meditación se ahonda. Como lo que nos hace falta para tener fisonomía, personalidad, es carácter, resulta que una novela donde no hay caracteres, ni personalidades, aunque sí personajes, tampoco es una novela. Volvemos a la paradoja. Si el autor trata de pintar estos medios, sus personajes, problemas, conflictos, sentimientos, pasiones y destinos, esta obra que no tiene carácter, refleja exactamente el ambiente en que se vive. Empero lo tremendo es que la vida aquí, como sea o como se viva, no es "palabras", es algo concreto, palpable. La abundancia de subjetividad perjudica la obra de muchos escritores. Acerca de lo subjetivo hay mucho que decir. Indudablemente, el existencialismo es la consecuencia de la excesiva subjetividad, porque se hace metafísica. Y decimos que la subjetividad perjudica al hombre porque lo deja reducido a sus "circunstancias". Ortega y Gasset habló de esto. Al final no queda del hombre sino las circunstancias. El hombre ha desaparecido, ahogado por aquéllas. Este naufragio del hombre como *hombre*, como sujeto y objeto de sí mismo, constituye actualmente una perocupación de las filosofías y de los filósofos. De lo que se trata es que desaparezcan las "circunstancias" y reaparezca el Hombre. Este hace la historia, la cultura; vive la vida, la agota, la despilfarra, la destruye y va ya convirtiéndose en algo negativo. Ahistórico, inactual, inviviente, inactuante.

A nuestros países y a sus pueblos, a sus personajes y a sus personas, a su vida, su tragedia, su porvenir, no hay quien los capte, ni quien los descubra. Sólo hay quien los describa escribiendo. A pesar de lo insubstancial de la simple vida de nuestra gente, su rusticidad, la cursilería de sus sociedades, su mal gusto, sus aberraciones, sus actitudes ridículas, los sueños de grandeza de sus "genios", muy pocos, pero muy pocos escritores han logrado revelarnos la entraña de estos pueblos. Los que lo hacen se han quedado en lo superficial, por eso o las novelas

son folletinescas o son pedantes y caen en lo regional, sin captar lo universal que hay en lo vernáculo.

Pero determinado qué es lo vulgar, volvamos a nuestro tema. Considero que ya se va hallando una comprensión del término: *Entre la selva de neón*, novela de la vulgaridad. Porque las características de nuestras gentes, si están captadas en la obra de Velásquez que quiere hacer la "novela de la Ciudad", su descripción, corresponde a la vida vulgar, a lo corriente nuestro. Es decir, en lo que vivimos. Lo aterrador es que no obstante los alardes de progreso, el utilizamiento de los instrumentos más variados de la civilización, no hemos podido rebasar la etapa de lo vulgar. Como ninguno había reparado en esto, Velásquez, en su novela, nos lo ofrece. En su desarrollo, situaciones, personajes, incidencias, indecencias y fin de todas las gentes que intervienen y actúan, repetimos, aparece lo vulgar. Hasta los crímenes son vulgares. Mas lo extraordinario es que, los pueblos, a pesar de ser vulgos, no son vulgares en sí. Los hacen vulgares. Tienen un carácter y una personalidad ínsita. Revelarla, descubrirla, es la tarea de los artistas, escritores, maestros, políticos, gobernantes. De aquellos que desprecian y olvidan al pueblo mismo, al vulgo. Por nuestra vulgaridad somos *bayuncos*, apáticos, abúlicos, viciosos, desalmados y contradictorios. La tragedia de estos países es que todavía no son *pueblos*. Elevar el índice de su dignidad, sacarle de su ignominia e ignorancia, enaltecer sus virtudes, fortalecerles su corazón, afianzarles en sus ideales, liberarles de la vulgaridad es la tarea educativa urgente.

El libro de Velásquez viene a mostrarnos algo que no vemos. Aunque sólo ha logrado revelarnos el aspecto vulgar en que se debaten los que no tienen legítimas ambiciones, ideales, conocimiento, carácter, voluntad; aun aquellos que no tienen personalidad y fracasan en su pueblo, en su aldea, en su ciudad pequeña o en la Gran ciudad, ahí quedan confundidos dentro del vulgo, los pueblos, el pueblo, sólo en su miseria, su generosidad, su fuerza y su esperanza, ofreciendo no obstante, su bondad, su heroísmo. Allí queda callada, en su vulgaridad, la verdad del pueblo. Esta verdad que clama a los novelistas nuestra novela más patética y entrañable: su destino como seres humanos.

23 de abril de 1956.

La gran novela contemporánea

La Novela Social Norteamericana Reflejada en John Steinbeck

Por MARIO HERNANDEZ A.

No hay ninguna duda que en los momentos actuales, toda obra de arte que no se ocupe de algún problema social o político, tiene menos demanda y parece ser menos leída y comentada. En cambio, desde el instante en que se sospecha que un poema, una novela o una pieza de teatro contendrá algún mensaje o intentará resolver alguna de las dificultades de la hora actual, el autor está seguro de despertar un interés del que el editor o el empresario son los primeros en sacar beneficio.

La novela de John Steinbeck, "The Grapes of Wrath" ("*Viñas de ira*"), después de quince años de ser escrita, y haber sido traducida a cinco idiomas, haber sido inspiración para más de una película, sigue siendo una de las novelas más leídas en la época actual.

Los lectores del "*San Francisco News*",

ya conocían el interés que se tomaba Steinbeck por las cuestiones sociales. Ese año, que también ve la aparición de "*In Dubious Battle*" el autor había publicado en dicho diario una serie de artículos sobre los trabajadores nómadas que se reclutan en los "ranchos" californianos durante la época de la cosecha de frutas. Estos artículos completos con un epílogo, fueron reunidos en 1938 bajo la forma de un folleto de 33 páginas, gracias a la tarea que emprendió la "Simon L. Lubin Society of California", empresa organizada para ayudar a la población rural de la California —tanto a los asalariados como a los dueños de fincas— y para proteger sus intereses. El folleto en cuestión, que se titula "Their Blood is Strong", contiene datos que es indispensable conocer para juzgar la verdadera esencia de "*Viñas de ira*", para darse

cuenta de sus alcances y valor documentario y para comprender, cuando no excusar, las debilidades.

Año tras año, el puñado de hombres que por lo general basta para cuidar los vergeles y los campos se ve obligado a recurrir a una mano de obra que es extraña a la comarca: la escasez de brazos surge cuando el algodón y las uvas están maduras, cuando las frutas hacen que se doblen las ramas en las campiñas californianas. Al principio se empleó a los chinos, malayos, japoneses y mejicanos. Eran gente sucia, ignorante, portadora de gérmenes, amén de resultar peligrosos para el equilibrio social desde el día en que se organizaron. Se deportó a muchos, y gracias a una propaganda atrayente se consiguió tentar a aquellos granjeros a quienes la sequía o las lluvias habían dejado en la miseria en los Estados de Nebraska, Oklahoma, Kansas y Tejas.

De ahí que todos los años es posible ver, en intervalos regulares, cómo las carreteras quedan ocupadas por interminables caravanas. Familias enteras se desplazan en vetustos automóviles bambolean-contrariamente a los trabajadores extranjeros, que por regla general llegan solos) y el problema se vuelve proporcionalmente más grave. Se ha calculado en ciento cincuenta mil el número de individuos emigrantes que andan al capricho de las cosechas, que se precipitan hacia donde falte la mano de obra y que se quedan como parásitos en un Estado que los detesta aun cuando pueda prescindir de ellos. Ya no se trata de elementos extranjeros más o menos deseables, sino de honestos agricultores de vieja cepa norteamericana que sufren las vicisitudes de la mala suerte o de las calamidades. Ahora bien —y de ahí se

deriva toda la gravedad del problema—; no hace falta que transcurra mucho tiempo para que esos individuos, muchos de los cuales conocieron otrora la vida muelle, se dejen deslizar hacia la más completa abyección y se vuelvan socialmente tan peligrosos como los trabajadores extranjeros. Aniquilados por la adversidad y desalentados por los repetidos golpes de la suerte y de los hombres, establecen sus campamentos a orillas del agua y viven en la inacción y la inmundicia, perseguidos por el espectro del hambre como antaño persiguió a los primeros “pioneros” el grito de los indios lanzados por el sendero de la guerra. Lo que aterroriza ya no es el cuchillo con que se arrancaba las cabelleras, sino el garrote o el revólver del policía o la llegada inopinada de ciudadanos dominados por excesivo celo, que a raíz de un robo o de alguna violencia emprenden la tarea de ejercer la justicia por vías más expeditivas que legales. Esta última característica norteamericana muy en boga y de la que mucho se ha hecho gala.

Consciente del peligro que representan esos campamentos en donde las nociones más elementales de higiene y dignidad humanas acaban por ser totalmente ignoradas, el Gobierno ha emprendido la tarea de organizar campamentos sobre bases esencialmente democráticas que además son una propaganda de carácter nacional bastante buena. Las familias que allí se establecen tienen asegurado el buen funcionamiento de la comunidad local, gracias a comités diversos: comité de administración, comisión de buena vecindad, comisión de fiestas y agasajos. Veamos cómo describe Steinbeck la llegada a uno de esos campamentos. “Por regla general los recién llegados se pre-

sentan sucios, cansados y desalentados. Los recibí una Comisión de Buenos Vecinos, que les da a conocer el reglamento, los ayuda a instalarse y les enseña el uso de aparatos sanitarios. Si carecen de mantas, el comité se las da de sus propios almacenes. Se baña a los niños y se les pone ropa limpia, y acto continuo se pasa revista de todo aquello que pudieran necesitar. Si las criaturas no tienen suficiente ropa, el Círculo de la Costura se pone a trabajar sin tardanza. Si un miembro de la familia se encuentra enfermo, se dirige un llamamiento al "manager" del campamento o a la enfermera de turno, y se aplica el tratamiento conveniente".

Según la información puramente oficial los resultados obtenidos en esos campamentos gubernamentales han sido sumamente halagüeños. La conciencia de la tarea que debe cumplirse, el sentimiento del deber y la responsabilidad conservan para el individuo el respeto de sí mismo. En lugar de traer a la memoria el establo o la pocilga, el interior de los campamentos ofrece al visitante hileras de hortalizas entre las tiendas de campaña y las barracas, jardines en embrión y una atmósfera general de confianza y tranquilidad. Por otra parte, esos campamentos no han dejado de motivar violentas protestas entre los elementos conservadores californianos. En primer lugar se los tacha como semillero de huelgas y focos de supuesta propaganda comunista o por lo menos francamente radical.

"*Their Blood is Strong*", que fue nada más que una contribución periodística al estudio de un problema local, adquirió inesperada importancia cuando apareció "*Viñas de ira*". En efecto, este libro de Steinbeck es ni más ni menos que el

mismo reportaje presentado bajo forma novelada, y de golpe el pequeño folleto documentario se encuentra elevado a la dignidad de fuente. Poco exageraría quien dijese que Steinbeck ha seguido nada más que un bosquejo desde el principio hasta el fin.

La novela comienza con una lluvia de arena y termina con una inundación. La familia Joad que Steinbeck nos describe, es una de tantas familias de colonos, obligados a abandonar el pedazo de campo donde han nacido y trabajado y al que se sienten ligados por ese cariño que la tierra despierta en quienes la cultivan y viven en contacto directo con ella. La familia Joad habita la región llamada *taza de polvo*, donde la tierra se ha resecaado y empobrecido. El sistema de arriendos ya no produce lo suficiente, en ese lugar, para los dueños de la tierra (grandes propietarios, bancos, compañías anónimas), ni para los colonos. Los tractores van a ocupar el lugar del hombre. Un tractor manejado por una sola persona, puede reemplazar a 14 familias.

Y entonces —a través de una selva de papel de más de seiscientas páginas— se inicia el drama con una cadena de aventuras y tribulaciones que le dan a "*Viñas de ira*" cierto carácter épico. Eso no quiere decir que tales aventuras tengan nada de heroico; y el interminable viaje de la familia Joad no tiene en absoluto nada de la búsqueda del Santo Grial o la misión de un Don Quijote.

Como tantos otros agricultores los Joad se transforman en trabajadores nómadas, desamparados, que desfilan por las carreteras de los Estados Unidos en viejos autos o camiones desvencijados, con la ilusión de encontrar trabajo en las cosechas de frutas de California. Abuelos,

padres, hijos grandes y pequeños, algún vecino y el perro, hacinados junto a los colchones, a la ropa indispensable, a los baldes y a las cacerolas, a las escasas provisiones alimenticias y a las no menos escasas esperanzas, al rifle, al farol y a la Biblia... así viajan. Así viajan los Joad, como tantas otras, por los caminos que llevan de Oklahoma a California. El hijo mayor Tom, ha llegado a tiempo para partir con los suyos. Vuelve a su casa después de cuatro años de ausencia pasados en la cárcel. Ha matado a un hombre en defensa propia. Lo acompaña un viejo amigo que encontró en el camino, el reverendo Jim Casy, antiguo predicador que lo había bautizado de niño. Jim Casy se ha vuelto un vagabundo; acepta marchar con la familia Joad a California. Paralizado por un gran desencanto de sí mismo y de los demás, le parece que ya no tiene papel en el mundo, que ya no tiene nada que hacer en ninguna parte, nada que hacer en la vida más que vagar y observar a las gentes. Así espera aprender algo. Casi no predica, él que vivía para predicar. *"Ya apenas si predico. Ya apenas si el Espíritu está en la gente, y, lo que es peor, ya apenas si el Espíritu está en mí. No estoy ya tan seguro de una porción de cosas"*. El recordando Jim Casy, vagabundo de "overal", camisa azul y alpargatas de lona, recostado contra el tronco de un árbol, confiesa: *"A veces tenía el Espíritu y nada que predicar. Sentía el llamado para conducir a la gente y no tenía ningún sitio donde conducirla"*. Esta vocación de conductor de almas y este no saber dónde conducirlas, es la tragedia de Jim Casy. A fuerza de darles vuelta a la cabeza a las frases de una prédica a la cual ya no cree, acaba por descu-

brir una verdad: el conjunto de hombres forma una sola alma de la que cada uno es una parte. Esa fraternidad va a ser la única fe de Jim Casy.

Más que el de los niños hambrientos; más que el de la abuela y el abuelo que mueren en el camino de la California prometida; más que el de la madre, centro, fuerza y brazos sobre los que recae el peso todo de la familia; más que el de Rosashaen en su tiritar de mujer abandonada, su juventud en flor, su cuerpo mal alimentado y sufriendo de tener que alimentar, encima, otro cuerpo dentro del suyo; más que el de Tom, ahogado por las injusticias contempladas y soportadas, el problema de Jim Casy, predicador vagabundo, aparece allí, desnudo, deslumbrante y significativo como una daga desenvainada al sol. Reza todavía, pero ya no sabe bien para qué, ni a quién. Cuando mira las sierras, los campos, siente que forma parte de ellos, y esa unidad es para él, "lo sagrado".

Descubre a tientas que los hombres también son sagrados cuando al unirse forman un todo; por ejemplo, cuando cada hombre en vez de trabajar PARA los otros trabajan CON los otros. Entonces, en vez de sentirse uncido a los demás, se siente unido a ellos.

El arribo, por fin, a las tierras de California mata las esperanzas de una familia excesivamente crédula. En lugar de la hermosa casa rodeada de vergeles que prometían los anuncios... aquellos viajeros tienen que sufrir la promiscuidad animal de los campamentos. Si alguna vez trabajan, lo hacen por salarios de hambre; cosechada la fruta y recogidos

por la policía y tanto más inquietos cuanto que Tom, a quien se ha concedido la libertad bajo caución juratoria (fue condenado a la cárcel por haber dado muerte a un hombre en una riña), ha transpuesto las fronteras de Oklahoma, sin respetar su juramento, y, por consiguiente, cae de nuevo bajo el peso de la ley. Y la novela termina con un pequeño cuadro renovado de lo antiguo: Rosashaen cuyo hijo nace muerto, alimenta con su seno a un anciano al que encuentra a punto de morir de hambre en un rincón de un cobertizo.

Estamos ante una novela profundamente humana, y en donde el dolor y la desesperación, como en *"El camino del Tabaco"* de Cawel, deshacen lo poco humano que llevan adentro estos seres condenados.

El público norteamericano le brindó una acogida entusiasta a *"Viñas de ira"*. Se ha creído ver en esta obra el *"Uncle Tom's Cabin"* del proletario, el gesto de los maldecidos de la tierra, y la actualidad del relato ha hecho que se pasara por alto sus puntos débiles. El mayor defecto de esta novela —que, por otra parte, es hermosísima— estriba, según mi entender, en su carácter demasiado evidente de ilustración. Los lectores familiarizados con *"Their Blood is Strong"* así lo advirtieron desde las primeras páginas; los demás no se incomodaron sino cuando la acumulación de desdichas y accidentes acabó por debilitar una odisea que, en cambio, debía reforzar, lluvia de arena, hambre, sed, incendios, inundaciones; Steinbeck no ha olvidado nada, y si bien es cierto que no menciona temblores de tierra, eso se debe a que él es californiano y a que no hay que mencionar la soga en casa del ahorcado. El espíritu de pro-

paganda se pone en evidencia desde el momento en que la familia Joad penetra en el campamento gubernamental, y los protagonistas ya no son nada más que espejos en los que se reflejan los diversos aspectos de aquellos asilos democráticos. Todo —hasta el papel higiénico— se somete entonces a nuestra admiración, del mismo modo que en otros capítulos los personajes figurarán adrede para permitir que comprobemos la dureza de los grandes terratenientes y la brutalidad de la policía, en contraste con el altruismo compasivo de los humildes. La familia Joad existe en función de una causa que es menester defender; por consiguiente, los miembros que la constituyen no tienen una individualidad suficientemente rica como para darle consistencia a un relato de seiscientas páginas. Steinbeck, se da por satisfecho con pintarlos en dos dimensiones y diferenciarlos mediante algunas frases y determinados gestos. Adolecen de esa indigencia psicológica que tan a menudo se ha reprochado a los personajes de los escritores naturalistas (recordemos al padre Bonnemort, en *"Germinal"*, que escupe negro desde el momento en que aparece). El abuelo Joad murmura invariablemente y no logra abrocharse la ropa en debida forma; Al persigue a las muchachas; Rosashaen sueña con una casa y un automóvil y se inquieta ante la maternidad que se aproxima; diríase que Casy el pastor imita al *"Journeyman"*, de Caldwell, y reivindica los derechos del hombre a los placeres de la carne antes de lanzarse a un radicalismo militante. En cuanto a la madre Joad, a quien no se conoce bajo otro nombre que el de *"Ma"*, y que tampoco podría, así como nuestra madre no tiene más nombre que ese que hemos

tendido a darle al aprender a quererla a llamarla: "Ma", de quien Jim Casy, se: "... una mujer tan grande a fuerza amor... que me da miedo. Hace que sienta asustado y ruin", representa, no ya lo hemos dicho, sin desfallecimiento su papel de genio bueno y consciente que da nuevas alas a quienes comienzan a flaquear, e invariablemente lo que conviene hacer ante cada nueva dificultad.

Cuando Tom vuelve a ver a "Ma" después de cuatro años de ausencia y de exilio, la emoción que siente no aparece en sus gestos. Steinbeck nos la comulga en una de sus páginas más inspiradas al describir a "Ma"; al describirla tal como su hijo la ve, con toda la ternura y conocimiento de ella que Tom lleva en el alma y en su carne.

"Ma", con su batón desteñido por el uso y los lavados, su cuerpo amplio y resistente como esos troncos de árboles que se entienden hondamente con la tierra, sus pies descalzos y ágiles, sus brazos firmes y sus ojos que han mirado frente a tantos dolores, carecen de perturbaciones corporales y ya no están en la decadencia de los encantos físicos. Sin embargo, Steinbeck, al pintarnos a "Ma" con una mano en la mano, nos habla de algo que es pura belleza. Vemos la belleza de "Ma" cuando veíamos de niños, con ojos más curiosos, la belleza de los que queríamos más, la belleza de los que queríamos más, porque la belleza era nuestra ternura y la que recibíamos.

"Ma" sabe que ella no puede desesperar ni desfallecer sin que la familia entera se debilite y pierda la energía necesaria para sobrevivir. Poco a poco ha aprendido a no desesperar, a no desfallecer, pase lo que pase. Steinbeck, en medio de su crudeza y de

su crueldad, tiene el genio de la ternura carnal, ese genio que ha desaparecido entre los escritores europeos contemporáneos.

Al despedirse, quizás para siempre, de su madre, al final de la novela, Tom le dice que la separación no debe afligirla como si fuera definitiva.

— "¿Cómo voy a saber de ti?" — Le pregunta "Ma", atormentada.

Tom contesta:

— "Estaré en todas partes... donde quiera que mires. Donde quiera que haya pobres luchando por la vida... Estaré en la ira de los hombres... y estaré en la risa de los niños hambrientos al saber que van a comer..."

Tom quiere que a cambio de él, su madre adopte a todos los niños que encuentre, es decir, a toda la humanidad doliente. Y Tom se da cuenta, al pronunciar estas palabras, de que está en el mismo estado de ánimo de Jim Casy, que murió repitiendo a quien lo mataba: "Ustedes no saben lo que hacen".

Un novelista no debiera necesitar a sus héroes. Y como puede prescindir de ellos, John Steinbeck apenas alcanza a crearlos a medias. Siguen adheridos a él mediante un cordón umbilical, por una especie de trailla que para su existencia libre es una traba como la cuerda que ata a la cabra a su estaca, por muy larga que aquélla sea. Que no se diga que seres tan borrosos no han menester de las sutilezas del análisis para cobrar vitalidad. No existe el ser simple; y hartos bien lo sabía Proust, que supo darle a Francoise una personalidad tan señalada como a M^{me}. Verdurin y a la Duquesa de Guermantes. Pero a John Steinbeck no le gusta Proust porque era un enfermo cuya

obra refleja la enfermedad, y es de aquellos escritores que todavía aman demasiado la acción como para complacerse en los análisis. En las novelas norteamericanas de hoy (con excepción de las de William Faulkner), los personajes actúan y no piensan; a lo sumo traducen las preocupaciones de la hora actual que su creador les susurra al oído. Y esa es, como diría Taine, la señal de una *raza* y el signo de un *momento*.

A pesar de tales defectos —que muchos críticos norteamericanos se han empeñado en convertir en cualidad— “*Viñas de ira*” sigue siendo una de las grandes

*Mis ojos han visto la gloria de la llegada del Señor,
El pisa la vendimia donde se conservaban las uvas de la cólera;
El ha desenvainado el relámpago fatal de su terrible y penetrante espada;
Su verdad se ha puesto en marcha.*

John Steinbeck interrumpe a veces hábilmente su relato con capítulos muy cortos y de alcance general: descripción de una lluvia de arena, de una venta de automóviles viejos. Tomando como pretexto las migraciones de un extremo a otro del vasto continente, canta con timbre lírico —con lirismo que hace pensar en los altos vuelos de Thomas Wolfe— los bellos nombres de América, saturados de poesía pura. Por otra parte, es la decrepitud de la casa abandonada, los primeros postigos que golpean, la invasión de los hierbajos y de la arena, las fieras que al principio se muestran temerosas, pero que muy pronto se vuelven audaces: gatos abandonados que se han convertido en salvajes, lagartijas, ratas y murciélagos; y en todo el derredor, el gran silencio de la canícula y el aullido del viento helado del invierno. Hay en el libro páginas pletóricas de belleza que en una antología ofrecerían contraste perfec-

novelas de estos últimos años. Steinbeck sabe narrar una historia. Posee el sentido del diálogo, y como ama profundamente a la tierra que lo vio nacer, sabe describirla con un estilo admirable por su riqueza y poesía. Frases de origen bíblico como en el maravilloso caso de Waldo Frank en “*Ya viene el amado*”, les dan un tinte de religiosidad a las pruebas de aquella familia que parece perseguida por la maldición del Señor. Ese elemento de espiritualidad se encontraba, dicho sea de paso, en potencia en el título tomado al principio de “*The Battle Hymn of Republic*”, canción antiesclavista de Julia Ward Howe:

to con el despertar de una casa largo tiempo abandonada que Virginia Woolf ha descrito tan exquisitamente en “*To the Lighthouse*”. John Steinbeck se vale de esos capítulos como de rellenos donde el lector puede recuperar su aliento y dirigirle al mundo una mirada más comprensiva, una mirada en la que, reemplazando lo particular por lo general, uno se da cuenta de que la tragedia de la familia Joad no es más que un incidente entre mil en un drama de alcance más vasto, que el autor de “*In Dubious Battle*” no podía dejar pasar inadvertido. Si acaso ha dejado entrever con demasiada claridad sus fines de propaganda —con lo que se debilita la calidad plástica de su novela— en cambio el lector puede perdonarle más fácilmente compense ese pecado venial mediante virtudes de primer orden que lo colocan más sólidamente que antes entre los mejores escritores de su generación.



JOHN STEINBECK (1951)

Letras norteamericanas

John Steinbeck y su Técnica Literaria

Por JUAN ANTONIO AYALA

Es indudable que el actual movimiento literario norteamericano ha alcanzado un grado de madurez que puede pasar desapercibido para el lector de las innumerables revistas destinadas al gran público. El medio ambiente, en cualquier latitud, es amargo para el hombre de ideas, de letras, de mensajes esenciales: ni los Estados Unidos con su alto "comfort" de vida, han logrado dar al intelectual la mínima seguridad vital que tiene hoy un remachador o un estibador; la angustia y las premuras de la existencia parece que son una especie de unción que el escritor lleva sobre sí como único patrimonio. Y es precisamente esta hostilidad del medio, junto con el estigma literario, el don más sustancioso del escritor. Es evidente que, dada la transformación y el trastruque de los valores espirituales, ya no se puede concebir al novelista teórico, de gabinete, destilador de la vida y disecador de hombres; es preciso un contacto directo e inmediato con el mundo real, con las emociones que sólo florecen en la

carne contrariada y en los sucesos imprevisibles. Este es el caso de Steinbeck; pertenece a esa generación de jóvenes intelectuales norteamericanos, rebeldes, impulsivos que reaccionaron y se desilusionaron después de la victoria de 1918; la característica primordial de este grupo es la sinceridad y la ausencia total de retóricas, normas sustantivas y compromisos con el andamiaje político e ideológico de su pueblo. Algunos, en virtud de esta reacción, llegan casi hasta desertar de su tierra y viven una auténtica bohemia en la Europa derrotada. También son videntes: muchos presienten que no puede durar la euforia del bienestar, de la abundancia; perciben, misteriosamente, que las bases sociales sobre las que vive su pueblo son falsas, que el terreno que pisan es movedizo y auguran, en medio del repudio de los hartos, una catástrofe en la que el rico, el acomodado tendrá que acogerse a los favores de la beneficencia pública y oficial. En 1929 llega la crisis y con ella

los enormes y desproporcionados fantasmas del hambre, la angustia, el desamparo. Por eso decimos que es muy posible que para una gran mayoría puede pasar inadvertido este momento literario; no llegará a las páginas de las grandes revistas porque a los potentados de la publicidad les interesa adormecer a su público con otra clase de ideas; ni progresarán en la vida oficial porque ya en los corrillos políticos se les ha señalado como peligrosos. Y sin embargo...

*

Sin embargo nos encontramos ante la realidad literaria de John Steinbeck (1). Cincuenta y cuatro años y una obra cumplida. Cumplida ampliamente en la selección de los temas y en la técnica seguida en el arte de novelar. Alguien en el momento de la presentación de sus primeras obras pretendió asimilarlo a la técnica, ambientación y desarrollo propios de K. Hamsun; quizás el fuerte sentido descriptivo e interpretativo de la naturaleza pudo confundirles. Knut Hamsun, apasionado por el significado cósmico de la naturaleza, sincroniza a ésta con su personaje: *su personaje* porque en su obra total sólo existe un personaje: él mismo, que puede ser un hambriento y tímido periodista enamorado, o un telegrafista desequilibrado y calculador o un pionero que siembra familias. Y no hay más movimiento en Hamsun: sólo el suyo, sus desgracias y sus ilusiones. Nada más. Steinbeck abre su gran obra literaria con un mundo poblado de personajes reales, que sin dejar su concreción material e individual, alcanzan alturas de arquetipos y de ideales, de esquemas de vida, en los que se realiza, concreta, la imagen de nuestro tiempo. Esta superación, que vibra en todas y cada una de las obras de Steinbeck, tiene un punto de partida básico que se repite, una y otra vez, como fundamento filosófico-literario central: el carácter simbólico. En *Dulce Jueves*, el Doc, entre sus moluscos y calamares, portaobjetos, damajuanas, pantagruélicas, borracheras

descomunales, compañeros de orgía y prostitutas de villorrio, es el símbolo del hombre desesperanzado, producto de una guerra sin sentido; en el capítulo I, *Lo que sucedió entretanto*, Steinbeck fundamenta esta técnica en rasgos duros, vibrantes, emocionados:

“Cuando la guerra llegó a Monterrey y a Cannery Row, todos lucharon más o menos, de una manera o de otra. Cuando cesaron las hostilidades todos tenían sus heridas... Sí, la guerra alcanzó a todo el mundo. El médico a quien llamaban el Doc dejó a un amigo conocido por el nombre del Viejo Jingleballiks, al cargo de los Laboratorios de Biología Occidental, y sirvió como sargento técnico en una sección de Enfermedades Venéreas... El Doc se lo tomó con filosofía”.

Y esta filosofía será, a través de toda la novela, la filosofía del vagabundeo de los desorientados, de los desorbitados por fuerza de las circunstancias agobiadoras. *Dulce Jueves* es el análisis certero de la inercia sociológica que atormenta al hombre —el Doc, en este caso— sin asidero alguno, que quiere hacer algo y no puede, y que, necesariamente, tiene que ser el apoyo y el refugio de todos los demás enfermos de las irresponsabilidad y el desconcierto; es el Doc una especie de dios de la pereza que busca en el alma de los moluscos y calamares la redención a sus desvarios y desilusiones. Obsérvese que cada uno de los personajes, de los acaeceres, de los paisajes y escenarios de *Dulce Jueves* —Monterrey, Cannery Row— son reales; desfilan ante los ojos del lector como un acontecer simplicísimo, al mismo tiempo que todo es un absurdo: absurdo el Doc, sus amigos, las prostitutas que reciben trato de señoritas de casa bien, las borracheras sin límite, la filosofía pedestre de Mack, los augurios de Fauna y el hombre que no quería aceptar su destino de ser presidente de los Estados Unidos aunque los astros se lo pronosticasen. Un procedimiento muy segui-

do por Steinbeck es la contraposición de lo real con lo fantástico; lo cierto, lo evidente recubierto de fantasía, de irrealidad. Es el caleidoscopio de la vida, lo eternamente variante, un principio sin fin. Steinbeck no es un novelista de tesis; es antes que nada un escritor vital, sin limitaciones de ninguna clase. Tanto en *Dulce Jueves* como en *Tortilla Flat* (*Camaradas Errantes* en español) el núcleo es algo que no está quieto, que realiza la ideal cualidad física del movimiento continuo, es una especie de ameba que, en su irrealidad circunvolutiva, está alargando tentáculos para aprehender todo lo que le rodea. Los ingentes volúmenes de alcohol que gurgitan en las gargantas del Danny y su cortejo de amigos vagabundos es el dios de la vida inconsciente: de la vida que, en apariencia, no tiene ningún sentido, pero que encierra la lección tremenda en un país y en un ambiente en que todo ya está clasificado, previsto, organizado, donde se rinde culto al porvenir asegurado; es como una especie de réplica, de bofetada a un sistema social que ha barrido con el mendigo de profesión, caminante, para sustituirlo por el pobre, rico en apariencia, que tiene que empadronarse, pagar impuestos, votar y servir obligatoriamente en el ejército; es la vida espontánea, donde el pecado inocente e ingenuo es una especie de ingrediente estimulante para poder seguir en la vida. Esta actitud de rebeldía en toda la obra de Steinbeck, se explica si, como antes dije, se considera que es el resultado de una generación que tuvo el presentimiento genial de añorar una vida sin trabas, sin alarde de sus posesiones y conquistas y de ver que debajo de las máquinas automáticas, de sus rascacielos, de sus maderos gigantescos estaba colocada una bomba de tiempo que podía explotar inesperadamente. Algo semejante a lo que hace Chaplin en sus películas: no, *Tiempos modernos*, por ejemplo, no es un mero símbolo, no es una disculpa para pasar el rato; es la realidad del humilde, del sincero, del simple, que sueña en un ambiente donde hay ojos que lo hacen man-

tenerse en una vigilia molesta y dolorosa. Por eso busca un escape, un alivio a esa tensión y hostilidad del ambiente; algo así como no dar importancia a las cosas materiales, a los haberes terrenos, como si en definitiva no contaran para nada: es Carlitos patinando al borde de la marquesina, dejando que su alma vibre por un instante cuando debería estar guardando el almacén. No es indiferencia ni desprecio, es, como ya dije, un plano superior de vida normada por categorías distintas a las que estamos acostumbrados; es la prevalencia de lo simbólico sobre lo puramente material. Y como ya se sabe, en el símbolo está la verdad sin adulteraciones ni compromisos ya que goza de la categoría superior intangible de las esencias, realizadas o no. Cuando los inquilinos del Danny ven arder la casa de éste, en todos ellos brota el siguiente comentario:

“Así debe ser. Así está escrito. ¡Oh sabios amigos de Danny! El vínculo que los unía tan estrechamente ha sido cortado. El talismán que los agrupaba ha perdido su virtud. Un extraño vendrá a vivir en la casa, alguien que no sabe de la alegría de Danny. Entonces, es mejor que este símbolo de placentera camaradería, que estas paredes que presenciaron fiestas y peleas, que esta confortable casa donde habitó el amor, mueran lo mismo que Danny, en su último y glorioso asalto de los dioses”.

Resumiendo nuestros puntos de vista, Steinbeck lo que se propone es contraponer a la imagen del mundo organizado, socializado, monótono, lleno de angustia y de temor, un retorno a la vida alegre, disipada, simple, en una palabra, natural. No podía hacer otra cosa; quizás el pueblo en que nació se lo demanda diariamente.

Se ha hablado mucho y, ahora de manera especial, del sentido o tendencia social en la obra de Steinbeck; hay que proceder con cautela en este campo donde no se pueden demarcar exactamente los

alcances de lo literario y lo social; con una ingenuidad que pasma se suele hablar en ciertos sectores, de la literatura "social", de sus alcances, y se la suele valorar como si fuera la única estimable en el mundo moderno. Las tendencias políticas han creado tal confusión que se ha llegado a afirmar, por parte de uno de los innumerables payasos movidos a control y que de vez en cuando da muestras de su total ineptitud para el arte de escribir que: "en el arte y la cultura las más vigorosas realizaciones fueron fruto de varias voluntades, jamás la obra mágica de un solo individuo". Esto afirma quien tiene un concepto meramente cuantitativo del arte y, en especial, de la literatura. Lamentable y profunda ignorancia, malicia en el fondo y sumisión a consignas internacionales que se susurran de oído a oído. Frente a la pretendida colectivización del trabajo intelectual, frente a lo "social" falsamente concebido como proselitismo "político", se alzarán siempre la potencia y la virilidad de la creación individual libre que no necesita de intermediarios malintencionados para estar en contacto con las realidades sociales y los problemas del hombre presente. Steinbeck ha cumplido con esta misión, obligatoria en todo escritor actual. Conviene no olvidarse del signo bajo el cual nació la generación literaria norteamericana presente a la cual pertenece. En la obra que más se acusa esta tendencia de Steinbeck es en *The Grapes of Wrath* (*Las viñas de la ira*). La trascendencia de esta novela fue tal que influyó decisivamente para que se la incluyera en la lista negra, amenaza que pesaba sobre él desde hacía bastante tiempo. Su mayor propaganda fue la prohibición del libro, la condena, los millones de lectores, en quienes no influyó la censura y, por fin, el premio Pulitzer que le fue concedido en 1940. La novela fue escrita en el año 1939 y marca el momento de un profundo viraje en su técnica y en la evolución de sus ideas. El Oeste norteamericano, pródigo inspirador de miles de películas, nos había engañado al ocultar, bajo salvas de pólvora y desenfundadas carreras de ca-

ballos, la triste realidad del hombre arraigado al suelo y con el cual había pactado. Detrás de la farsa de los grandes "trusts", de las organizaciones perfectas, de la producción en cantidades desorbitantes, de la "import" y "export", está un pueblo exprimido, despojado, humillado, que no puede ni comer los excedentes que se pudren en los campos o en silos gigantescos; es la sangre, la tierra, el pan, el sueño, la muerte de los humildes, el cortejo de estas escenas grandiosas en las que el hambre ilumina trágicamente el destino de un pueblo. *The Grapes of Wrath* es la epopeya, la teoría del hambre con una derivación secundaria, sentimental, que quita el carácter demasiado bronco del desarrollo de toda la obra: es la Madre, la madre terrenal, que imparte amor a todos los miembros desesperados de una familia desarraigada y vagabunda: al padre deprimido, al hijo criminal dos veces, al mujeriego, a los abuelos ya descritos para quienes cantar himnos es un alivio, a la hija plena de preocupaciones por un embarazo prematuro y abandonada. Del mismo modo *To a God Unknown* (*A un dios desconocido*) será la presencia inevitable del Padre, alargando su protección más allá de la tumba, sobre el hijo que un día recibió bíblicas bendiciones y augurios.

The Grapes of Wrath pone en primer plano, como llamando desesperadamente la atención, el problema de las familias sin hogar, desplazadas por la invasión de los grandes consorcios agrícolas que pretenden acaparar la producción de los pequeños propietarios, para dejar paso a las máquinas. Y es que el círculo está bien cerrado, herméticamente cerrado: los capitalistas que compran la tierra invierten su dinero en las grandes industrias de la siderurgia, que a su vez fabrican las máquinas y venden sus productos agrícolas, al precio arbitrario, a los mismos obreros que fabrican las máquinas y que cultivan las haciendas inmensas. Hay que proteger a las máquinas de los resentimientos humanos y para eso hay que pagar policía, prensa, radio, agentes y justificar todos los medios de lograr-

lo. Para que el hombre desposeído no se subleve contra ellos, también se encargan de producir los alimentos: a una máquina no se le escatima el combustible; al hombre, sí; el hombre bien nutrido, bien vestido, bien alojado, el hombre que posee la tierra en la cual mora puede pensar y pensar es un explosivo peligroso. Steinbeck, en su técnica expositiva, suele captar en breves capítulos, o en inclusiones en los mismos capítulos el ambiente, los motivos, las tragedias generales, que afectan a sus protagonistas y que dan el tono general de la novela; para poder captar este punto vamos a transcribir dos de estas inclusiones:

“El hombre sentado en el asiento metálico no parecía un hombre: enguantado, con grandes gafas sobre los ojos y una máscara de goma contra el polvo cubriéndole boca y nariz, era una parte integrante del monstruo, un autómatas ubicado en el sitio correspondiente.

Los cilindros atronaban a través de los campos, confundiendo con el aire y la tierra, ajustándolos a su cadencia. El conductor no era un amo. El monstruo marchaba en línea recta por la tierra, atravesando una decena de propiedades, en sus exactos recorridos de ida y vuelta; un pequeño impulso sobre el volante hubiera desviado la máquina, pero las manos del conductor no podían hacer ese gesto, porque el monstruo que construyera el tractor, el monstruo que enviara el tractor, había penetrado hasta las manos del conductor, hasta su cerebro y hasta sus músculos, lo había encadenado y cegado; había cegado su voluntad y encadenado su palabra, había cegado su percepción y encadenado su protesta. No podría ya ver la tierra como era, ni sentir el olor que despedía; sus pies no aplastaban los terrones; ni percibía el calor y la fuerza de la tierra. Estaba sentado sobre una silla metálica y apretaba pedales metálicos. No alentaba, ni castigaba, ni insultaba,

ni estimulaba a la máquina a superar sus fuerzas. Por eso mismo no podía ni alentarse, ni insultarse, ni estimularse a sí mismo. No conocía la tierra, ni la poseía, no confiaba en ella ni le imploraba. Si un grano caía sin germinar, ¿qué le importaba! Si la joven simiente era agostada por la sequía o anegada por una lluvia torrencial, su pena no era mayor que la del tractor...”

Obsérvese la técnica literaria de la repetición, la aliteración de los párrafos que reproducen la cadencia material del tractor y del hombre mecanizado destruyendo la tierra y todo lo que ella tiene de generosa, de acogedora, de abierta... En párrafos como el transcrito se puede ver esa técnica de la inclusión usada por muy pocos novelistas; el recurso en sí es difícil pues puede llegar a convertir la novela en un manual doctrinario, en el cual se rompe la sucesión de la acción que se desenvuelve. Steinbeck utiliza este recurso en muy pocas de sus obras; precisamente en aquellas en las que quiere demostrar un interés apasionado por las injusticias y su abolición. El recurso le rinde frutos opimos; son especie de pausas en la acción general que preparan para nuevos acontecimientos, o, también, son como recapitulaciones, en las cuales, como en la tragedia griega, se procura que el lector no se olvide de los puntos cardinales de la acción. Permitaseme transcribir el siguiente párrafo, que confirma esta explicación de la técnica inclusiva de Steinbeck:

“Las casas quedaron vacías en la tierra; por eso mismo la tierra quedó vacía. Sólo los galpones de los tractores —de chapas de zinc acanaladas, plateadas y relumbrantes— tenían vida; la vida que les daban el metal, la gasolina y el aceite, y el brillo de los discos del arado. En los tractores brillaba la luz, porque para un tractor no hay día ni hay noche: sus discos rompen la tierra en la oscuridad y fulguran a la luz del

sol. Cuando un caballo termina su faena y vuelve al establo, resta aún vida y vigor, hay aliento y calor, y las patas se hunden en las pajas, y los hocicos se hunden mordiendo el heno, y las orejas y los ojos se mantienen vivos. Reina la vida en el establo. Hay calor y olor a vida. Pero cuando el motor de un tractor se detiene, queda tan muerto como el mineral de que está hecho. El calor huye de él como el calor vital abandonado a un cadáver. Luego, se cierran las puertas de zinc acanalado y el conductor vuelve a su casa, en la ciudad, tal vez a veinte millas de distancia... Ya no necesita volver, por largas semanas o meses quizá, porque el tractor está muerto. Esto es fácil y eficiente. Tan fácil que el milagro surge del trabajo; tan eficiente que el milagro surge de la tierra y su labranza, y con este milagro nacen la armonía y la comunión. En el conductor del tractor crece el desprecio que sólo se apodera de un extraño que guarda poca armonía y ninguna comunión con la tierra. Porque los nitratos y los fosfatos no son la tierra y la longitud de las fibras del algodón, no es la tierra. El carbón no es el hombre, ni la sal ni el agua ni el calcio. El hombre es todo eso, pero es mucho más que su composición. El hombre que es algo más que su composición química transitando sobre la tierra, esquivando las piedras con la punta del arado, soltando los mangos para deslizarse sobre el campo virgen, arrodillándose en la tierra para comer su merienda, ese hombre que es algo más que sus elementos, conoce a la tierra, que es algo más que su análisis. Pero el que maneja la máquina, conduciendo un camión inerte sobre la tierra que no conoce ni ama, solamente comprende la química, es desdenoso de la tierra y de sí mismo. Cuando las puertas de zinc acanalado se cierran, él se va a su casa, y su casa tampoco es la tierra..."

Habría que retroceder muchos siglos para encontrar una concepción antropocéntrica de la vida y del cosmos como la que expone Steinbeck en el párrafo copiado; no sé por qué, después de haber leído líneas, tales, todavía hay quienes se atreven a adscribirlo al materialismo dialéctico, al absurdo de un marxismo trasnochado, cuando todo él vibra al són de puras esencias, de sublimes virtualidades. Es el ejemplo clásico de pobre rico; se lamenta Steinbeck de la situación de los hombres desarraigados por la máquina, pero lo hace sin odio, lo hace con esa elevación, con esa grandeza del que lo posee todo, porque ha comprendido con intuición genial la esencia pura del hombre, que es el centro del universo. Alrededor de este hombre, que puede tomar cualquier nombre, tener cualquier oficio, profesar cualquier religión, predicar cualquier evangelio, se va tejiendo la tragedia, de la cual lo único que se salvará será la esperanza de poder algún día afincarse a la tierra y poder entrar con ella en un pacto que sea al mismo tiempo seguridad y entrega. Es mentira, ante lo que hemos mostrado, que Steinbeck, "está íntimamente relacionado con el problema social y político de la vida de los grupos, al cual convierte en un medio de propaganda". El mayor acto de fe que se ha hecho en la valoración del hombre es el siguiente:

"Esto se puede decir del hombre: cuando las teorías cambian y fracasan, cuando las escuelas, la filosofía, cuando los oscuros y estrechos callejones del pensamiento nacional, religioso, económico, crecen y se desintegran, el hombre los alcanza, los sigue a tropezones, dolorosamente, erróneamente a veces. Habiendo dado un paso hacia adelante, puede retroceder pero solamente medio paso, nunca el paso entero. Esto puede decirse de él y reconocerse. Y reconocerse. Esto se aprecia cuando las bombas caen a plomo desde los negros aviones encima de las plazas, cuando los prisioneros se agrupan como ganado, cuan-

do los triturados cuerpos se desangran y secan repulsivamente en el polvo. Bajo este aspecto puede reconocerse. Si no se hubiera dado el paso, si aún no permaneciera palpitante el dolor de los tropiezos del avance, las bombas no caerían, no se cortarían las cabezas. Desconfíese de los tiempos en que las bombas dejan de caer, mientras sigue con vida el que las arroja, porque cada bomba es prueba de que el espíritu no ha muerto. Desconfíese de los tiempos en que cesan las huelgas, mientras viven los grandes propietarios, porque cada pequeña huelga latente, es prueba de que se está dando el paso. Y compréndase esto: Desconfíese del momento en que el Hombre no está dispuesto a sufrir y a morir por un concepto, porque esta sola cualidad es el cimiento del Hombre, y esta sola cualidad es el hombre, único en el universo”.

¿Se puede, con lo dicho, hablar de las tendencias “políticas”, medios de propaganda, ante una declaración de fe en el Hombre como individuo, como ser libre, como centro del universo en su individualidad?... ¿Se puede adscribir a Steinbeck a un campo determinado cuando él mismo es el que dice? :

“Si ustedes los que tienen lo que el pueblo debiera tener, lograran comprender esto, podrían protegerse a sí mismos. Si lograran separar causas de resultados; si lograran comprender que Paine, Marx, Jefferson, Lenin, fueron resultados y no causas, podrían sobrevivir. Pero ustedes no pueden comprender. Porque la actualidad de poseer los cristaliza para siempre en el “yo”, y los aparta para siempre del “nosotros”.

Dentro de la línea y de la técnica de *The Grapes of Wrath* está la pequeña novela *The Moon is Down* (*La luna se ha puesto*). No estamos de acuerdo con el juicio de H. Straumann (2) quien la

parangona en intenciones y alcance con *The Grapes of Wrath*; más bien se la puede considerar como un paréntesis dentro de las grandes concepciones de Steinbeck. Novela —más bien un movido cuento largo— escrita en tiempos de guerra y destinada a afirmar la fe en la democracia. Pero prevalece en ella ese concepto básico del Hombre que no puede dejarse atropellar por la violencia de las armas o del dinero; los contrastes, mejor dicho, las contrafiguras están latentes en todo el curso de la obra. Más bien da la impresión de un reportaje escrito con todas las características de la verosimilitud, pero que él solo no daría, ni muchos menos, la verdadera efigie del Steinbeck, novelista esencial.

*

En la bibliografía que se refiere a Steinbeck se suele ignorar, con demasiada frecuencia, una de sus obras que yo considero como superior a todas las demás; quizá sus alcances sociales y el ajuste entre personalidad e integración no sean tan grandes como los de las anteriores novelas, pero es en ella donde ha realizado el ideal de novela en la que milagrosamente se combinan ritmo interno e intensa acción externa, dramática, honda. La novela, en su origen, es poesía, poesía que narra las tragedias de un pueblo, de una raza en sus acaeceres vírgenes de historia, poesía que supone el desarrollo de un tema esencial para el individuo o el sentimiento colectivo. *To a God Unknown* (*A un dios desconocido*) es una novela en la que el sentimiento poético tiene un sentido trascendente enraizado en el episodio, en el acontecer de cada músculo, en cada nervio, en cada anhelo del protagonista. En la obra, contra el parecer de Van Doren, no hay clave alguna, y, sin embargo, a través de toda ella se trata de adivinar el paso de ese dios misterioso, primitivo, el Pan de la pradera ardiente, el agua, las fuerzas telúricas, la clorofila bullente en las ramas, el dios del sexo y del deseo en el ganado en la época de la brama. En

cada uno de los procesos misteriosos de la naturaleza, Steinbeck logra realizar el ideal dificultoso de la complejidad y la unidad. Cuando se echa de ver que camina, paso a paso y conscientemente, hacia la sublimación, el lector no llega a una solución determinada, no saca ninguna lección; pero eso sí el alma entra en el estado comprensivo de la *cátarsis*. Se ve emigrar, en busca de tierras nuevas, al hijo predilecto de un viejo patriarca, pastor de hombres; el padre muere, pero encarna en la solitaria figura de un árbol frondoso que se conmovirá con los sucesos felices y alegres de su familia; ese hijo, que un día fué bendecido, toma el puesto del patriarca y alrededor suyo crece la familia, crece el árbol, crece el amor, crece el deseo, de la misma manera que crecen los rebaños, los pastos... Pero hay un misterio en la vida de este hombre, domador de potros y castrador de novillos bravos: quiere asomarse a lo hondo del misterio que engendra la vida, quiere entrar en un contacto perenne con la Madre naturaleza. El padre, desde su árbol vigila, y recibe ofrendas. En lo profundo del bosque, simbolizado por un arroyo de perennes aguas, junto a una piedra musgosa, reside el misterio de la vida. Esta piedra será verdugo y altar... Muere el viejo árbol abatido por los prejuicios puritanos de un hijo maniático. Y la lluvia se ausenta de las praderas; mueren los rebaños; el agua desaparece y, de nuevo, Steinbeck nos presenta la imagen de un pueblo vagabundo y errante. Pero el hijo permanece, ve consumirse su hacienda y cuando ya no tiene más remedio, se retira a morar en la intimidad con el dios, con la naturaleza, con la piedra cubierta de musgo a quien hace objeto de sus delicadezas, porque aquella piedra es el porvenir, porque mientras ella florezca y esté verde habrá una promesa del futuro, el pacto y la bendición no se habrán roto. Pero, el Hombre tiene necesidad de sublimarse, tiene necesidad de sacrificar algo: él es el dios, la piedra el altar y sobre ella se inmola como víctima y al mismo tiempo como victimario y como dios:

“Joseph observó la sangre que caía sobre el musgo y oyó el ulular del viento fuera de la arboleda. El cielo tomaba un color grisáceo. El tiempo pasaba y él empalidecía cada vez más. Yacía de costado, con la muñeca extendida, y miraba la negra montaña que era su cuerpo. Después, su cuerpo se fue haciendo enorme y liviano; subía al cielo y de él surgía la lluvia. —Debiera haberlo sabido —murmuró— ¡Yo soy la lluvia!

Continuó mirando veladamente la montaña de su cuerpo, donde las colinas terminaban en el abismo. Sintió la lluvia y la oyó caer repiqueteando en el suelo. Vió que sus colinas se oscurecían por la oscuridad. Entonces, un dolor penetrante aguijoneó el corazón del mundo.

—Yo soy la tierra! —murmuró—, y soy la lluvia! Pronto surgirá de mí la hierba!...

La tormenta recrudesció y cubrió el mundo de oscuridad y de torrentes de agua”.

La consciencia del valor sublimado es la muerte: es intrascendente morir o no morir, lo que a Steinbeck importa es la calidad de los símbolos que entran en juego, la forma en que él camina va abriéndose hacia la comprensión. Es la sublime recapitulación del hombre en la naturaleza y de ésta en él...

San Salvador, abril, 1956.

(1)—John Steinbeck, n. en Salinas, (California) en 1902. Obras principales: *Cupof Gold*, 1929; *Pastures of Heaven*, 1932; *To a God Unknown*, 1933 (traducción española por Máximo Siminovich. Santiago Rueda, editor, Buenos Aires, 1945); *Tortilla Flat*, 1935 (traducción española con el título de *Camaradas Errantes* por Eloy Lorenzo Rébora, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1942); *The Grapes of Wrath*, 1939 (traducción española, s. t. Editorial Diana, S. A., México, 1951); *Forgotten Village*, 1941; *Sea of Cortez*, 1941; *The Moon is Down*, 1942 (traducción española por Pedro Lecuona, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, tercera edición, 1943); *The Wayward Bus*, 1947; *The Pearl*, 1947; *A Journal Russian*, 1948; *Sweet Thursday* (s. a.). Se puede ampliar la bibliografía sobre J. Steinbeck en: Van Doren, *La novela norteamericana*, Buenos Aires, 1948. Harry Thornton Moore: *The Novels of John Steinbeck. A First Study*, Chicago. H. Straumann: *La Literatura Norteamericana* (Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, Nº 79, traducción española de Mario Monteforte Toledo, primera edición española, 1953, México). *The Red Pony*, 1937.

(2)—H. Straumann, *op. cit.*

Tres centauros de la federación

Francisco Morazán, Trinidad Cabañas y Gerardo Barrios

Por el Dr. J. RICARDO DUEÑAS V. S.

Quien escribe este breve trabajo —de presentación, más bien, para un futuro libro— tiene ya terminada, y empezada a editar, por cuenta propia, una obra histórica sobre las vidas de Francisco Morazán, Trinidad Cabañas y Gerardo Barrios. Ha trabajado en esa obra siete años. Con esmero, con dedicación, con amor a Centroamérica. Con el pensamiento de que, si otros libros escribe —y los escribirá, Deo volente— nunca igualarán a este Libro de Centroamérica.

Nació primero la idea de escribir las biografías de estos tres héroes como obras separadas. Independientes, cada una, de las otras. Pero pronto el estudio y la investigación nos llevó a la certidumbre de que aquello no era lógico. Ni posible, quizás. De tal modo están enlazadas las tres vidas, que escribir sobre cualquiera de ellas, vale tanto como escribir sobre las tres. MORAZAN es el héroe mayor, desde luego. Pero ¿cómo comprender bien a Morazán y adentrarse en la epopeya Federal sin sentirse atraído por la figura de Trinidad Cabañas? Y ¿cómo estudiar a Cabañas sin acercarse hasta el propio hogar de Gerardo Barrios, con cuya hermana estaba casado aquel guerrero?

Morazán, Cabañas, Barrios... Todo es uno. Y ellos son Centroamérica. Morazán es el más consciente de los centroamericanos; Cabañas, el más arrojado de los centauros de la Federación; y Barrios, el más bizarro de los militares. En las vidas de estos tres héroes están condensadas

las más altas virtudes cívicas centroamericanas. Y sobre ellas, como sobre un pedestal de gloria, puede alzarse una vigorosa nacionalidad.

En Centroamérica — y cansa el repetirlo— hemos vivido en el más lamentable descuido de la Historia. El niño centroamericano, el estudiante, el obrero, no han tenido nunca el camino expedito para obtener un conocimiento más o menos exacto y detallado de las vidas de nuestros héroes epónimos. El conocimiento de estas vidas dedicadas al servicio de la Patria ha estado reservado, entre nosotros, a los estudiosos e investigadores. El pueblo humilde, la raíz y el alma de Centroamérica, jamás se ha enterado, sino en forma muy vaga —y generalmente tendenciosa e interesada— de la alta calidad y del recio temple combativo de sus varones más ilustres.

Los centroamericanos sabemos muy poca Historia. Algunos no creen en ella porque la confunden con los relatos interesados o irresponsables que de los acontecimientos se suele hacer en nuestro medio. Morazán, cuya efigie aparece en nuestra moneda de níquel salvadoreña, es apenas, para el pueblo, un nombre y un perfil. Barrios, acaso por haber sido una figura política apasionante, y sobre todo, por la pasión y muerte que sufrió en pleno corazón de San Salvador —en el barrio, precisamente, del Calvario— es menos desconocido. Pero Cabañas, que en pueblos más imaginativos se habría convertido en un héroe de leyenda, es lamentablemente ignorado por nuestros estudiantes de primaria, secundaria, y aun por algunos de nuestros historiadores. En cuanto a la población rural, a los campesinos, con dolor hay que admitir que han vivido, y aún viven, en la más absoluta indiferencia y en la más beatífica ignorancia de todo aquello que aconteció hace más de una semana. De los nombres gloriosos de nuestra Historia, lo desconocen todo. Y de los pocos momentos en que, en Centroamérica, hemos caminado hacia la luz, ignoran hasta los detalles más impresionantes.

El nuevo clima político y social instaurado durante la última década en Centroamérica, el ambiente de libertad que se respira, la liquidación de una era dominada por el temor reverencial a ciertos figurones inflados de falsa sabiduría, la mayor agilidad de la prensa, la participación cada día más directa del pueblo en las actividades culturales, y el interés que ahora demuestran los gobiernos por la Cultura Popular, dan lugar a esperar que en un futuro no muy lejano, estaremos en condiciones de superar nuestra ignorancia de la Historia. Y que, así como se está llevando el alfabeto hasta los más apartados rincones del Istmo, y fundando escuelas en los más lejanos caseríos, así se difundirá y se cultivará el recuerdo de nuestros héroes. Para que sus vidas nos sirvan a los centroamericanos de inspiración y ejemplo, y para que sus ideales y el conoci-

gura de este héroe centroamericano cubriendo distancias en su caballo, atravesando como un rayo los campos de batalla, blandiendo su espada contra los enemigos de la Federación, pero al mismo tiempo descubriéndose, en gesto de excusa y cortesía, ante los adversarios desarmados, debería estar todas las mañanas en las cintas y series que los diarios modernos ofrecen a la niñez y a la juventud, y no las creaciones huecas y artificiales de Mandrake o de Superman, carentes de todo contenido real.

Gruesos volúmenes podrían escribirse sobre las hazañas de este centroamericano que ha sido llamado con acierto el Bayardo de Centroamérica. Para nuestro libro, hemos logrado recoger numerosas anécdotas, de autenticidad comprobada, las más. Y todas, reveladoras de un temple indomable y de una virtud cívica sin mancha.

Para terminar, y para que el lector pueda observar a Francisco Morazán, Trinidad Cabañas y Gerardo Barrios, unidos en el Ideal y en la acción heroica, en una de las últimas batallas de la Federación, citaremos un episodio impresionante, que tuvo lugar ya cuando Morazán iba a ser traicionado, en Cartago, Costa Rica, y que Céleo Arias, estudiando a Cabañas, relata en esta forma:

“Lo que la Historia no nos ha contado es el papel heroico que tocó al General Cabañas en la estupenda cuanto maravillosa salida del General Morazán de la plaza de San José, estrechada como un círculo de hierro por todo un pueblo sublevado. Después de tres días de combate desesperado, en que se habían inundado de sangre las calles, perdiendo la vida Jefes tan notables como el valiente General Lazo; herido ya el mismo General Morazán y perdida toda esperanza de ver sometidos a los sublevados, dióse la orden de romper líneas del sitio, que las componían fuertes columnas de tropas salidas de los cuarteles insurrectos, y masas informes que afluían de los Departamentos, colocadas en grupos desde el centro hasta los arrabales de la ciudad. El General Cabañas, como en la memorable salida de Guatemala, se puso al frente de una pequeña guardia que había quedado a Morazán, y se abrió paso de un modo portentoso al través de la metralla enemiga, rompiendo con su espada las cuerdas obstructoras, colocadas de balcón a balcón, en las calles principales, hasta llegar fuera de la ciudad, donde no había ya fuerzas que combatir. Allí hizo alto; y a la llegada del General Morazán, el intrépido Cabañas ocupó la retaguardia para contener y rechazar las tropas enemigas que venían en persecución. El General Morazán, acompañado de los Generales Saravia y Villaseñor, llegó a Cartago con la mira de esperar allí al General Cabañas. Todos sabemos la traición de que allí fué víctima el grande hombre. Cabañas, siguiendo instrucciones de su Jefe, a quien suponía en marcha, se dirigió al puerto de Matina, donde esperaba encontrarlo. An-

tes de llegar al puerto tuvo la fatal noticia de la captura de Morazán. Desde ese instante ya no pensó en su persona, sino en la suerte de su digno Jefe y amigo. Disuelve la escolta que llevaba, y resignado a una muerte segura, corre a San José, se presenta voluntario prisionero, pide y suplica con insistencia se le conceda la honra, para él más gloriosa, de morir en el cadalso, al lado del General Morazán. Los verdugos no se la concedieron. Respetan su vida y le otorgan en seguida la libertad. El que estas líneas escribe (Céleo Arias) oyó varias veces de sus propios labios referir este pasaje por demás doloroso, derramando lágrimas que revelaban lo que pasaba en aquel corazón magnánimo. Después de la catástrofe de San José, el General Cabañas y demás amigos de Morazán que le sobrevivieron, quedaron con el nombre de Coquimbos, proscritos de Centroamérica. Al fin les fué concedido asilarse en Nicaragua. Ejércitos aliados de El Salvador y Honduras, al mando de Francisco Malespín, Presidente de El Salvador, invadieron aquel Estado, y pusieron sitio formal a la ciudad de León. Inauditos fueron los horrores cometidos allí por los aliados. Guardiola, Comandante de las fuerzas de Honduras, no fué menos feroz que el bárbaro Malespín. La ciudad fué saqueada y entregada a las llamas. El General Cabañas, el General Barrios y algunos Jefes y Oficiales, lograron evadirse. Hicieron el camino en disfraz, y, en tránsito, fueron informados de la exasperación del pueblo salvadoreño contra Malespín. Barrios y Cabañas, con tales precedentes, se resolvieron a dirigirse a El Salvador, penetrando por San Miguel, donde ambos contaban con grandes simpatías.”

Sacrificado Francisco Morazán, Trinidad Cabañas y Gerardo Barrios siguieron en la lucha. Todos conocemos lo que el futuro tenía reservado a Gerardo Barrios. En cuanto a Cabañas, pasó primero a Costa Rica, y luego a Honduras, en 1867. Allí terminó apaciblemente su vida. Llorado de sus amigos y respetado de sus enemigos. De Trinidad Cabañas, dice Céleo Arias, bien puede afirmarse que “pasó por la tierra sin llevarse a la Eternidad la sombra del mal en la conciencia.”

En nuestro libro, que hemos titulado “TRES CENTAUROS DE LA FEDERACION”, y que está siendo editado aquí, en Estados Unidos, donde escribimos las presentes líneas, más que de analizar batallas y de citar fechas, nos hemos ocupado de interesar a los improbables lectores en la personalidad de los héroes estudiados, insistiendo en los detalles íntimos, que retratan al hombre. Hemos escrito bajo la impresión de que el venimiento espiritual de los centroamericanos de hoy, la falta de fe en los valores humanos, y la derrota y la quiebra que se advierte a lo largo y a lo ancho de Centroamérica, tienen su origen en el inexcusable descuido de las generaciones que siguieron a la época de la Independencia, y más tarde, al período brillante que Centroamérica vivió de 1829 a 1839. Las

generaciones posteriores a esos dos períodos, durante los cuales pareció florecer en Centroamérica el pensamiento creador y aun la acción heroica, no supieron transmitir el legado de gloria a las generaciones siguientes. Intereses bastardos torcieron y mixtificaron la Historia. La pereza se encargó de lo demás; y a partir del fracaso de Morazán y el desmoronamiento de la Federación Centroamericana, en el Istmo hemos vivido de espaldas a la Historia. Precisa, pues, hacer grandes y responsables revisiones para devolver a los centroamericanos la fe en su destino histórico, reviviendo y cultivando el recuerdo de quienes, por amor a Centroamérica, escribieron páginas de fuego y de gloria en los Anales centroamericanos.

EL HOMBRE Y EL TIEMPO

Por SALVADOR CAÑAS

El Hombre, en la soledad de la noche, estableció el diálogo con el Tiempo. La inquietud, la melancolía, la desesperanza, la duda, unas veces, y otras, el ideal, el optimismo, el valor, la entereza, lo mantenían en distintos estados de ánimo. Las primeras engendraban los estados depresivos; los segundos lo llenaban de luz y audacia. Pero este vaivén le oscurecía la verdad en él mismo y en las cosas. Se creía un ser sin conciencia y sin ninguna razón en la vida. A manera de náufrago se desenvolvía entre los demás. Cómo alcanzar el rescate y cómo emprender la lucha en tal situación? Dónde encontrar el apoyo para los nuevos empeños, después de la hecatombe producida por las dos guerras mundiales? Cómo renovar la fe en los principios que de niño le inculcaron los maestros o aprendió en los libros, como bases de la felicidad hu-

mana, ahora destruidos inmisericordemente por aquellas dos conflagraciones tremendas? Dónde estaban el amor, la fraternidad, la comprensión, la justicia, el respeto, el derecho? Acaso al inaugurar el diálogo con el Tiempo resucitaría para la obra vasta o se hundiría en el escepticismo y en el desencanto.

*

EL HOMBRE—Comprendo que al nacer los hados me eligieron para cumplir una misión noble sobre la tierra. Que en mi ser —como entidad viviente— no sólo existen y pugnan las fuerzas de la materia, sino que se extiende el señorío del espíritu y de la mente. Que tanto aquéllas, como éste, tienen su origen, su papel y término. Que si

no conquistó la supremacía del espíritu y de la mente sobre la materia, debió, al menos, lograr el equilibrio y la armonía. Poseedor de esta supremacía o armonía y equilibrio he de entregarme resueltamente a la obra de bien, de amor y ventura entre los otros hombres. Pero... encuentro en el camino desolación, apatía, descreimiento, confusión, porque los hombres perdieron la fe en sí mismos y en las verdades nutricias del presente y del porvenir. No quieren esforzarse más, sacrificarse hasta el último límite, para que advengan otra vez la paz, la dicha, la alegría de trabajar y crear. De qué medios o recursos valermé a fin de que se redescubran y vuelvan a la acción? Dialogaré con el Tiempo en busca de una respuesta y de un sendero iluminado.

EL TIEMPO—El Hombre me ha dividido, para su conveniencia y facilidad en sus tareas y afanes, en segundos, minutos y horas; en pasado, presente y futuro; en estaciones. Pero esta división es superficial; no cambia, desde luego, mi naturaleza y mis designios. Quien no me comprende y siente fundamentalmente pasa por la vida sin dejar ninguna huella de su actividad e intelecto. Nace, crece, se reproduce y muere, igual que los seres irracionales. Quien no comprende y siente mi poder de transmutar las cosas, los hombres y los pueblos, en cumplimiento de leyes ineluctables, está vencido. El hombre de ayer no

es el mismo de hoy; el pueblo del pretérito no es el mismo de estos días y, por consiguiente, sus instituciones no son las mismas. Esta verdad la sabe hasta Pero Grullo. Por qué entonces se empeñan muchos en retenerme, en paralizarme, en estancarme, cuando soy mudable, huidizo, inestable, esencial e intrínsecamente? Cada transformación por mí operada trae beneficios inmensos en cuanto al avance de estructuras de pueblos, de las ciencias y el arte, como también desquiciamientos, dolores y muerte. Me explico tu asombro ante este panorama sombrío, como me explico tu propósito de convencer a tus hermanos para que cobren nuevo aliento. Pero es preciso que me penetres a fondo a fin de que conozcas mis leyes. En vez de sorprenderte y morirte en vida de pesimismo y desengaño, debes sujetarte a ellas. Es cuestión de destruir en tí mismo lo que tengas de resabio estorbo para el vuelo y la conquista.

EL HOMBRE—Comprendo lo expresado por tí. El hombre, los pueblos y las instituciones, no pueden permanecer fijos, estáticos, porque en este caso serían la negación absoluta de la vida que es movimiento, renovación o creación. Comprendo, asimismo, que se deben penetrar y conocer profundamente tus leyes, para sujetarse a ellas. Aceptado a medias. Pero lo que no comprendo es la circunstancia horrenda de que el hom-

bre se declare en enemigo del hombre, negándole sus derechos y atributos; lo que no comprendo es que se afine diabólicamente la inteligencia para inventar instrumentos de destrucción; lo que no comprendo, en fin, es que las verdades asimiladas y sustentadas por el Hombre a través de los siglos, se reduzcan a sofismas y sutilezas, para justificar atropellos y crímenes. O acaso, Tiempo, tu consigna es proporcionar la muerte a cambio de relativos o grandes bienes para la Humanidad? Acaso, Tiempo, no debes respetar la vida misma en sus cimientos biológicos, desarrollo evolutivo y finalidades generosas? Hacia dónde tiende la fabricación de esas bombas terríficas? Al razonar de este modo no me creas fuera de tus dominios y alcances, un enquistado en maneras de concebir y pensar arcaicas, un rezagado por incapacidad o timidez, sino que defiendiendo a la vida en su desenvolvimiento fecundo y me defiendiendo a mí mismo como hijo suyo. La transformación del hombre y de los pueblos se explica en sentido superador, nunca en sentido mortífero. De qué han servido la ciencia, la educación, la filosofía, el arte? No discuto que las dos últimas guerras derrumbaron lo que habían construido en aquéllos, tornándolos escépticos, pero confío en que volverán a re-edificarlos, para provecho de la vida y de sus dones. En esta obra quiero colaborar decididamente,

porque al nacer vine con una misión sobre la tierra y debo entregarme a ella con voluntad.

EL TIEMPO—Tampoco niego tu esfuerzo heroico, antes bien lo reconozco y aplaudo. Pero, qué serían del mundo y de la humanidad —como te expongo— si no sufrieran transformación? Tú estás conforme en este parecer. Rechazas y condenas la destrucción y la muerte, porque opinas que no es preciso destruir ni matar para crear. Me juzgarás satánico, si te digo que en mi seno se encuentran esas dos fuerzas. Te considero un iluso y a la vez un romántico, cuando argumentas que la vida debe desarrollarse como una espiral, sin desmayos ni interrupciones, ni que sea mucho menos la víctima del viento arrasador. Si registras la historia desde sus inicios hasta nuestros días, encontrarás que el hombre y los pueblos, en su marcha y definición de poderes, siempre padecieron crisis y cataclismos. Les ofrecí otras circunstancias y otros medios. Unos sobrevivieron a estos eclipses; otros sucumbieron porque su término en mi órbita había llegado inexorablemente. El hombre y los pueblos de hoy, recorrido el círculo al cual tienen derecho, correrán parecida suerte. No crees tú que los pueblos, así como el hombre, obedecen a determinantes biológicas, psicológicas, históricas y lógicas? Cuando éstas aparecen y actúan, participo yo como factor importante,

en uno o en otro aspecto. Ese es mi papel. Como lo sabes y comprendes de sobra, nadie ha podido, ni puede, ni podrá, encarnarme, pararme en mi camino, porque esto significaría contrariar mi naturaleza misma y oponerse tercamente a mis leyes. Cuál este papel?: transformar o crear.

EL HOMBRE—Pueblos vigorosos absorbiendo a los débiles por la violencia o por los métodos calculados. Déspotas erigiéndose en salvadores en nombre de caprichos vesánicos. Juventudes inmoladas en las trincheras; otras, a su regreso de las mismas, heridas para siempre en lo más entrañable: en sus ilusiones y principios. Irrupción de los instintos para holgarse en la comodidad enervante. Este es el cuadro después de las dos últimas guerras. Sin embargo, han nacido o renacido las fuerzas restauradoras, las fuerzas del espíritu, para sobreponerse a las de la materia. Han de revivir los fundamentos de la vida del hombre y de los pueblos —la libertad, la justicia, la democracia, la fraternidad— pero evolucionados, para no perecer ante la barbarie. En este punto admito, Tiempo, tu intervención, o sea en el sentido de destruir lo inapropiado y falso, con el objeto de que aquéllos renazcan a la convivencia, a la armonía, al progreso, al bienestar. Como factor decisivo cooperarás, Tiempo, a la eliminación de los lastres retardatarios de un pasa-

do que hiciste desaparecer a tu empuje incontrastable. Porque no podrías dedicarte únicamente a la destrucción y muerte por leyes que consideras inflexibles, sin colaborar en el renacimiento de un mundo donde el hombre y los pueblos se sientan felices y dignos. Cuál es, en estos momentos, la preocupación desveladora de los seres superiores?: establecer la paz, aunque esta obra consume a una generación entera. Pero mientras el hombre sea enemigo del hombre, mientras los intereses materiales priven sobre los del espíritu, no se alcanzará nunca en ninguna dimensión ni latitud. El problema es el hombre, se ha expresado reiteradamente. A su formación se han dirigido las enseñanzas de la elemental, como de la alta docencia, si se quiere que el mundo encuentre de nuevo su ritmo de vitalidad y disfrute.

EL TIEMPO—Eres hombre de mentalidad moderna y de fortaleza moral. No aceptas mis poderes y designios en lo que respecta a la transformación si para ello tengo que destruir, pero convienes en que no es posible el estatismo por degenerativo y estéril. Estableciste el diálogo conmigo en la esperanza de encontrar una respuesta a tus inquietudes, dudas, incertidumbres, conflictos, y en parte te la he dado, para que emprendas pronto la realización de tus ideales. Muchos no me comprenden. Por esta razón me anatematizan y culpabilizan de cosas que

no están en mí, sino en ellos. Los hombres de una generación que cumplieron ya su destino, deben apartarse satisfechos, salvo el caso de los muy escogidos que a pesar de los años conservan agilidad y energía. Los hombres nuevos tienen el deber de penetrarme para cumplir el propio concienzudamente. Unos y otros, fieles a su misión en el cuadrante señalado, han de desgarrarse sin quejas, ni lamentos, ni protestas. Qué esperarían los pueblos, y en una esfera más elevada, qué esperaría la humanidad, si los hombres de jaramba espiritual y mental, se acobardaran y desertaran de las columnas de los forjadores y conductores? Surgiría el fracaso de las conquistas hasta hoy logradas con sacrificio. Algunos afirman que no existo, otros me juzgan como deidad implacable, pero lo cierto es que no me entienden, ni conocen, ni sienten. Me interrogas porque tienes el valor de enfrentarte a ti mismo y de enfrentar las fuerzas que fuera de tu ámbito se mueven e imponen. Triunfarás por esta causa, no obstante las corrientes regresivas y las gentes escépticas. No te apartes de mí, sígueme los pasos, oye mis voces, para no retrasarte o morir a mitad del camino.

*

El Hombre, en la soledad de la noche, después de conversar con el Tiempo, se hundió más en sí mismo y en los enigmas. Volvió a sus meditaciones y descu-

brimientos. Qué le expresaron antes los filósofos, los pensadores, los científicos y los geniales intuitivos, los poetas y los artistas? Qué el palpitar recóndito? Qué estímulo o revelación obtuvo de su diálogo con el Tiempo? Se compenetró de su destino de soñar, amar, sufrir y luchar ante la tragedia innumerable, hasta que el viento lo lance irremediadamente hacia la sombra infinita... El mundo sufrió y sufre desajuste en sus bases de justicia, de equidad, de bondad, de crecimiento, de concordia, debido a que unos cuantos fraguaron y desataron desde la encrucijada las dos guerras apocalípticas... El Hombre piensa por instantes que los ideales de patriotismo, de soberanía, de inviolabilidad territorial, de veneración a los símbolos patrios, fueron pretextos y artimañas... Lo que en el fondo había eran la sed de expansión, la búsqueda del "espacio vital", el monopolio de las materias primas y de los mercados para los productos sobrantes, la imposición de teorías y prácticas totalitarias... "Oro, cañones, democracia", en una rara y execrable mescolanza, llevaron a generaciones completas a liquidarse en los campos de batalla. Ante esta situación el Hombre se ha erguido en desafío contra la mentira, el dolo, el ludibrio, la ruina y la muerte. No espera nada de nadie. Es libre y austero. Escucha solamente los mandatos de su conciencia, los acata y ejecuta con honor y valentía... El Hombre, en el concepto humano y filosófico, en presencia del desastre material, pero, sobre todo, ante la anulación o debilitamiento de los poderes del espíritu y de la mente, está dispuesto a salvar estos últimos, porque son universales... El Hombre combatirá por dominar la bestia que en demoníaco des-

enfreno pisotea los valores de la cultura y de la civilización... No han sido inútiles las vigiliás del filósofo, del apóstol, del científico, del maestro, del artista, del poeta, constructores del ayer de los pueblos, a quienes se suman los de hoy,

aunque a veces el pesimismo o el pavor nuble el pensamiento y el alma. Vibra y acciona el Hombre, como síntesis de lo más puro y luminoso de la especie humana, en medio de la catástrofe, lleno de fe en la obra del porvenir.

Dos Pasos Hacia Alfredo Espino

Por CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA

I

Cuzcatlán es también la tierra del dolor sereno. Nuestra música es la expresión de ello. Y si se me preguntase qué canción define para mí el temperamento de nuestra raza, diría sin vacilar que la *Ronda del café*, del doctor Alberto Montiel. Toda nuestra mística está como impregnando las notas de esa composición, en la que se reflejan parejas la alegría infantil de nuestros *cortadores*, en los noviembres iluminados de la recolección y el sentimiento de una clase que ha gastado sus rodillas en el peregrinaje de la explotación. . .

Y, sin embargo, nuestros campesinos cantan y bailan. . . ¡La ronda del café lo dice todo! Hay revuelo de *nabuillas*, *restregar* de *caïtes* por los suelos limpios y sombreros de palma disimulando el guiño pícaro del ojo. Las guitarras ya saben para qué se fabricaron y ahí está su fiel enamorado incitando el amor de las parejas, en mutuo celestinazgo criollo con el oro acumulado en los patios mordidos de fogatas nocturnas, mientras abajo se cocinan los *ayotes* y arriba se enmielan los luceros. . .

*¿Qué más pedir? Con tu amor,
mi rancho, un árbol, un perro,*

*y enfrente el cielo y el cerro
y el cafetalito en flor. . .*

*Porque no hay nada mejor
que un monte, un rancho, un lucero,
cuando se tiene un te quiero
y huele a sendas en flor. . .*

Por eso hemos dicho que Cuzcatlán es la tierra del amor sereno y no es postura decadente el confesarlo. La tristeza del salvadoreño es tibia como sus remansos, pero profunda como el sollozo de su *guardabarranca*. Es una tristeza imposible que parece fugada de los ojos de los bueyes, para herirse con el vuelo de las tórtolas que alargan su *cu-cu* crepuscular, sobre el pelo encanecido de los arrozales. Indescifrable tristeza de un nazareno tropical, que anduviera y anduviera destrenzando el ovillo de una música perdida en la arboleda, de algún cantar quejoso de marimba que rodara y rodara hasta caer vencido en la fatiga, tirado en inservible olvido, como peine roto o anillo de *copinol* contrastando con la limpia redondez del *ojo de agua*. . . ¡Tristeza que ya nació para tristeza! Tristeza armada como en juego de niños campesinos, con piquitos de *zenzontle*, patitas de *gorrión* y algún silbido diluido en la distancia, en la hondura del valle vuelto trueno y en el relincho que precede a la tormenta. . . Pena que si acaso quiere ser oída, será sólo por el hilo de su música y el perfil agonal de su poesía:

*Seré como una queja
que va descalza por alguna alfombra. . .
Seré como una sombra que se aleja
por seguir otra sombra.*

¿Queréis poesía más alta del silencio dolido? ¿Queréis saber más de Cuzcatlán y su secreto? ¿Dónde se oculta su nido de canciones, por ejemplo? Escuchemos:

*Ella tendrá alegría entre su boca. . .
Ella será una lira. . .
Y yo una suave mano que la toca
y un viento que suspira. . .*

Es la poesía una inmensa boca de arcanos vitales, sonoridades terrenas que apenas se traducen en suspiros, percibidos tan sólo por aquellos que aman y comprenden. De todo ello conoce la lira indiana, la guitarra,

que el poeta remienda con palabras fáciles, como esas con que se dice: oro, tarde, campo, brisa. . . Y la difícil con que decimos: ¡Calla!

*Déjame que me enferme. . .
Por no turbar la calma, junto a ella
lo que sería sol, será una estrella. . .*

¿No sentimos aquí algo como una rara vibración, el aliento de un alma montaraz que no debe ser despertada en sus ensueños? Dejémosla, entonces, plena de calma y con su noche auestas, que mañana —cuando el *nixtamalero* luzca en la hondonada—, ya escucharemos su despertar en el hervor de la olla, ahí donde el *frijol* es la canción del nuevo día y la tortilla el clarín de la faena. . . ¡Entonces *sí que sí!* Un nuevo acento criollo emergerá de esa alma y el bosque entero se entregará a la fiesta en el jacarandoso tabletear de su marimba:

*En tu teclado de madera anida
rumor de fronda del bosque indiano,
y hay algo en tus suspiros de extrahumano. . .
y hay algo de leyenda adormecida.*

Unas veces serán los compases enternecedores de Felipe Soto o David Granadino y otras la nota ingenua y pura de Pancho Lara, pero un *no sé qué* de pájaros sonámbulos vendrá a escarbar en los aleros, frente al piano indio, *nabual* que gime por sus dioses idos:

*Por eso cuando vibras, cuando tocas,
la niebla azul de la leyenda evocas,
y parecen surgir de tus teclajes,
hondos y plañideros, los agrestes
paisajes de otras tardes, más celestes,
¡y el indiano rumor de tus boscajes!*

II

Pero ¿quién es este que ha venido cantando con nosotros, sin dejarse nombrar más que en sus versos? Nuestro alto pensador del *Mínimum Vital* —el inolvidable maestro Alberto Masferrer—, había dicho que Alfredo Espino fué una lira hecha hombre. Nosotros quisiéramos afirmar con más propiedad que nuestro poeta fué un hombre hecho lira, pero

lira campera, campesina y hasta *camperuna* —si se quiere, con todo lo despectivo del término—, porque él amaba hasta las cosas más vulgares que le llegaban a retozar en sus mañanas, por el milagro de su *ventana abierta*...

Ernesto Sábato —siguiendo a Roger Fry, quien a propósito de Mallarmé decía que lo que caracteriza a los poetas son sus obsesiones—, nos confiaba también un día de estos, que todo gran artista se descubre por la obsesión que lo acompaña. En Alfredo Espino —como en Jorge Carrera Andrade, según hallazgo de Pedro Salinas—, el tema de la *ventana abierta* expresa su fundamental relación con el paisaje. Es a través de ese rectángulo que el poeta comulga a diario con una naturaleza de la que él es dueño y a la que, a veces, parece sometido. Pero si en el paisajista ecuatoriano la relación es de dentro hacia afuera, de lo interior a lo exterior del hombre, en el salvadoreño es a la inversa, de fuera hacia adentro, de la naturaleza al individuo, del mundo a la entraña más íntima del ser. Para Carrera Andrade la ventana será siempre acicate de un viajar continuo y un continuo viajar. Toda su obra lírica lo expresa:

*Ventanas, puertas, claraboyas, íntimas amigas
cómplices de mi evasión de cada día.
La ventana es continua invitación al viaje.*

Espino —por el contrario—, es un velero anclado a cuyos mástiles llegaran a descansar los pájaros costeños y por cuyos camarotes se deslizaran los rumores del puerto, con sus sabores humanos y sus perfumes germinales de la tierra. Toda su vocación está aquí como una voluntad dominante y es como si en ese dominio de sus sueños y de las imágenes surgidas de sus sueños, se enraizara el hilo central de su *ars poética*.

Dice en: *Dulce anhelo*:

Estos recuerdos entran por mi ventana abierta...

Desde lejos:

*...Contaba en la ventana
mientras se oía el fuerte susurro de los vientos...*

Nocturno:

Algo siento que ha entrado por mi ventana abierta...

Un angelito:

*La ventana está abierta...
...y de afuera, de lejos,
entra el suave rumor de la alborada...*

La mañanita:

*Entra en mi ventana
la luz de la aurora.*

Y pensamos que no podía ser de otra manera. Porque si Francisco Gavidia ha sido considerado el poeta de nuestra más fuerte tradición terrígena y ha pulido su lengua de *atlacátlida* con los secretos arrancados a la *Madre América*, podemos afirmar que Alfredo Espino es el indio que ha inventado un idioma para enseñarlo a la naturaleza y un nuevo léxico de luz que hizo más vivas las cosas de la tierra.

Bécquer decía que su entraña era un taller de visiones, el alumbrar de un mundo interior más radiante que las luminarias que le entraban por los ojos. Espino sentía eso y algo más. El beso ardiente de la tierra centroamericana, enamorada perenne de un sol marinero, afirmada en el compromiso de sus partos anuales. Espino fué el surco más fecundo de nuestra cosecha espiritual que nunca terminó de hacerse, reuniendo tanto y tanto de lo que era suyo y de Cuzcatlán y nuestro, hasta que halló que su secreto estaba en huir hacia el ancestro pipil, con su muerte dormida y su ventana abierta.

Un día aquel niño triste se perdió... Alguien que iba camino del crepúsculo, dijo haberlo visto recogiendo los vidrios de colores que a esa hora irisan la felpa soñolienta de los campos, bajo un cielo de pericos y el verde sonreír de los milpares...

*¡Olor, olor a monte, a valle, a loma!
¡Cuánta canción de amor me trae el viento!
¡Ya en mi pecho no cabe tanto acento!
¡Ya no cabe en mi pecho tanto aroma!*

De "Cuzcatlán en la poesía"

Buenos Aires, 1956.

ESTAMPAS DE MEANGUERA DEL GOLFO

Por RAUL ELAS REYES

I—EL NOMBRE

En nuestro país agrícola, las poblaciones tienen siempre nombres indios o de santos propicios. Sólo una, entre todas, lleva un nombre fresco como una bocanada de aire salino, que proclama orgullosamente su vida marinera: Meanguera del Golfo.

Meanguera del Golfo... Como los sonoros nombres de las islas del Sur; como el de una mujer mestiza y morena, junto a las olas, esperando... Un golfo azul. Espumas y canoas. Vientos que traen perfumes lejanos... Y en las peñas de la costa, las rojas "flores de la cruz" que en algún cuadro de Gauguin lucen en la cabellera de una tahitiana.

II—EL VIAJE

En el luminoso golfo azul, tachonado de islas, las canoas se deslizan como insectos patinadores, hasta que abren al viento propicio sus velas y se transforman en libélulas que vuelan a ras de agua. El viajero, deslumbrado por el sol, cree adivinar en la onda que abre la proa, el rebrillar de unidos muslos de mujeres que pasan fugaces, casi a flor de agua y entre los remolinos de la estela sonríen un instante y desaparecen... El sol espejea sobre

la amplitud del golfo. El viajero, bajo el sopor de la canícula, ve pasar el paisaje siempre igual y siempre cambiante: las islas de sinuoso espinazo, gigantescos reptiles medio sumergidos en el agua, inmovilizados por el calor; las ligeras nubes amarillentas bogando y esfumándose en el cielo azul... ¡Azul, azul del agua, azul de las lejanías, azul del Golfo de Fonseca...!

Pasan las horas y en el golfo que se tiñe del carmín poniente, la canoa navega con un suave susurrar, persiguiendo al escuadrón de aves marinas que buscan su peñasco... Una hora más y la canoa se desliza junto a la isla de Meanguera y su cinturón de rocas negras. De repente, mirando hacia las costas de Honduras y Nicaragua aparece el puertecillo de Meanguera del Golfo. Al Sur, el Pacífico canta su canción...



ISLEÑOS.—Oleo, 1942
Raúl Elas Reyes

III—LA NOCHE

La noche palpita como una mujer desnuda y se enoja de estrellas. Abajo, el mar está animado de un hondo latido. Todo palpita. Hay un suave temblor en las hojas que hace cantar el viento. Y la soledad.

Los pescadores silenciosos, sentados en sus canoas varadas en la arena, cambian de vez en vez palabras que rompen el misterio sin violencia, como acompasados golpes de remo. . . La brasa de sus cigarrillos viene y va —luciénaga errante bajo las ramas del gigantesco “amate” que cobija con su follaje a las canoas— y alumbra por un instante sus rostros cobrizos. Luego, los pescadores se marchan y el viajero queda solo, tendido sobre la arena, sin pensar en nada, como una cosa más, como una planta más, sintiendo el infinito pulso de la tierra. Sólo lo acompañan las canoas que en la oscuridad confusa de la playa parecen animales en descanso que irguieran un poco sus cabezas para otear el Horizonte. El corazón del viajero es como un rojo caracol. . .

¡Como en el estrecho recinto de un caracol cabe toda la resonancia del ancho mar, en el corazón del viajero cabe toda la música de la noche. . . !

IV—EL DIA

El día se anuncia con los gritos de los que llevan pasajeros y carga para La Unión y Amapala. Las canoas zarpan casi hundidas bajo el peso del pescado, la fruta y los cereales. . . Los remeros van de pie, semidesnudos; son, bajo el sol naciente, tres estatuas de bronce. . . Pronto el sol baña de oro el horizonte del golfo, las islas recortan su silueta contra el fondo luminoso y la canoa es sólo un punto negro en la dorada extensión. La luz solar se intensifica plena y cegante y los viajeros, con el rostro contraído por el resplandor, son como impasibles ídolos antiguos. . .

Sopla el viento. Los marineros alzan los mástiles con las velas arrolladas en torno y las dejan abrirse como grandes alas blancas. La canoa, inmóvil por un instante, se encabrita, se inclina hacia un lado cuando las velas toman viento y como un caballo espoleado, corre con un espumarajo blanco en la proa, cortando el agua velozmente, hacia las costas lejanas.

Pero hay otros que se quedan y suben a trabajar en las chacras, en lo alto de la isla. Desde la cumbre de los cerros ven pasar los puntos diminutos de las canoas, rumbo a los puertos del golfo, rumbo a sus esteros y playas. . .

Los que se quedan, descuajan la montaña y siembran en la tierra oscura de violentos declives, el maíz que vestirá de esmeralda las laderas. Otros zarpan para la playa del Majagual —donde un bosque de mangos y



LA PLAYA DE MEANGUERA.—Oleo. 1942
Raúl Elías Reyes

cocoteros se dobla al peso de la fruta, allí mismo en la isla— y enfilan por el canal de Pirigayo, frente al islote refugio de las aves marinas. Aquí, el mar hincha sus músculos poderosos y la canoa sube y baja junto a los acantilados verticales; bajo las aguas profundísimas, en la orilla, se adivina un tornasol fantasmal: son las “flores del mar”, pólipos y corales que los pescadores bucean en el Día de Difuntos para adornar las cruces humildes del cementerio frente al mar. A más de alguno, el sol y los vendavales le rompieron los pulmones; otros murieron aferrados a su bote volcado, devorados por los tiburones; una puñalada puso fin a la vida de algotro, una noche en la cantina del puerto. Pero los más murieron entre los suyos, recios y sencillos como habían vivido siempre. . . Eusebio Salinas. . . Juan Salvador Cruz. . . Demetrio Roca. Cuatro palos llevan sus nombres humildes, entre la hierba, frente al mar azul. . .

Cuando cae la tarde y el sol da un tinte rojizo a los paredones del Sur de la isla, donde se abren las cavernas a las que el mar entra rugiendo, los pescadores regresan por el canal de Pirigayo y asustan con sus gritos a

las aves marinas que se levantan chillando, en remolino furioso, clavando sus ojillos escarlata en los intrusos... Las canoas se alejan hendiendo las aguas teñidas de poniente y el remolino se aquieta y se deshoja sobre las ramas blanquecinas. Cesan los ruidos poco a poco y una vasta quietud reina sobre el peñón... En la playa del puerto las mujeres esperan a sus hombres y en las puertas de las chozas parpadea ya un candil de gas... La noche cae sobre la isla.

V—LLUVIA Y REGRESO

Bajo la lluvia suave, el mar está gris y frío. La canoa levanta una voluta de niebla de cada ola. Llueve y en el silencio siempre igual que la llovizna acentúa sólo resuena, monótono, el chapotear de los remos. Se navega perdido en la niebla. Las islas se borran por completo y los compañeros de la canoa son borrosas siluetas. Es todo como un largo olvido y el corazón se serena olvidado de penas y anhelos... Como en un rito, los remeros se agachan y se yerguen acompasadamente... Se oye un trueno, a lo lejos... Luego, otra vez el silencio.

El sol se anuncia repentinamente, recorriendo con su luz poderosa la gasa de las nubes. La luz inunda el golfo y en el aire vibrante y límpido, la cabellera de las islas se esponja (las islas ríen en la luz mañanera desnudas hasta la cintura, en el agua). La canoa vuela y los delfines del golfo saltan junto a ella, rápidos y lustrosos. Una isla. Otra. El canal de Chiquirín, y se entra en la bahía donde el puerto de La Unión, con los tejados recién lavados por la lluvia, se despereza hostezando...

El viajero ha aprendido una lección. Es ésta: “Como en el estrecho recinto de un caracol resuena el ancho mar, en el corazón del hombre caben todos los ecos de la Vida...”

PERIPECIAS DE LA CULTURA EN CENTROAMERICA

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

Al separarse de España (1821), en el territorio de la Capitanía General de Guatemala surgió una república federal con el nombre de "Provincias Unidas del Centro de América", con excepción de Chiapas, que se incorporó a México. La federación tuvo existencia jurídica y, en cierta forma, política y económica, pero no fue realidad, porque en los veintiún años de su existencia no tuvo un solo día de paz, a causa de las guerras civiles interestatales y el estallido de las tendencias separatistas, que venían desde la época colonial y que, por diversas razones, propendían continuamente a la disgregación.

Bajo el régimen español solamente hubo dos universidades: la de San Carlos de Guatemala, fundada por real cédula (1676), habiéndose originado en el Colegio Dominicano que fundó el obispo

Marroquín (1562), y la de León, en Nicaragua, fundada por otra real cédula (1815) e inaugurada (1816) sobre la base del colegio de San Ramón. Hubo antes varios seminarios, el colegio de la Compañía de Jesús en la capital y algunas cátedras de altos estudios (latín, teología, filosofía), en los conventos; pero la gran masa de la población carecía de escuela pública, la cual se reducía a escuelas particulares. Una gran minoría, monopolizadora de la economía y de la cultura, era dueña absoluta del poder. El Siglo de la Ilustración tuvo en Centroamérica sus representantes en el costarricense Antonio de Liendo y Goicoechea (1734-1814), el español Vicente Cervantes (1759-1829), el dominicano Jacobo Villaurrutia (1757-1833), quien vivió en Guatemala y México; el hondureño José Cecilio del Valle (1780-1834); el guate-

malteco José Felipe Flores (1751-1814), el nicaragüense Miguel de Larreynaga (1772-1847) y el guatemalteco Pedro Molina (1777-1854).

Casi toda la primera mitad del siglo XIX continuó el aislamiento intelectual que prevaleció durante el régimen español y apenas llegaban rayos débiles de luz intermitente desde México o los libros de Francia e Inglaterra. Dos o tres antenas vibraban en aquella oscuridad: la de José del Valle hacia Jeremías Bentham (1748-1832), y la de José Francisco Barrundia (1780-1854), traductor del Código Penal de Livingston, y la del estadista estudioso, el hondureño Dionisio de Herrera (1783-1850), quien leía de preferencia la Constitución de los Estados Unidos de América. A pesar de la independencia política siguieron prevaleciendo las ideas jurídicas de España, siendo el caso más concreto el de Honduras, cuyos códigos no se reformaron hasta la transformación operada (1871-1883), por Marco Aurelio Soto (1846-1908) y Ramón Rosa (1848-1893). Los hombres que en el siglo pasado tuvieron relieve en el movimiento literario de las ideas fueron: Antonio José de Irisarri (1786-1868), Mariano de Aycinena, el colombiano Mariano Ospina (1805-1885) y José Milla (1827-1882), en Guatemala; Santiago I. Barberena (1851-1916), en El Salvador; José Trinidad Reyes (1797-1855) y Ramón Rosa, en Honduras; Máximo Jerez (1818-1881) y Rubén Darío (1867-1916), en Nicaragua y Mauro Fernández (1843-1905), y Ricardo Jiménez (1859-1945), en Costa Rica. Algunos de ellos, como Barberena, Darío y Jiménez, prosiguen activos en las primeras decenas de este siglo y a ella se refiere, primordialmente, esta investigación.

TRASFONDO CULTURAL

En el siglo pasado nacieron las universidades de Granada (Nicaragua), (1838); la de El Salvador, creada por decreto de la Asamblea Constituyente (16 febrero, 1841), ordenando se estableciese un Colegio Nacional con el nombre de Colegio de la Asunción, y correspondió al Dr. Juan Lindo (1820-1856), hondureño, el honor de llevar a cumplimiento tal decreto, habiendo sido su primer rector el presbítero Crisanto Salazar (16 octubre, 1841); la Universidad de Honduras, inaugurada por el mismo doctor Lindo, como Jefe de Estado (19 septiembre, 1847), que tuvo su origen en la Sociedad del Genio Emprendedor y del Buen Gusto (1845), formada por el insigne humanista y maestro doctor José Trinidad Reyes (1797-1855), y la de Costa Rica, creada (7 marzo, 1841), con el nombre de Universidad Pontificia de Santo Tomás, por Breve de Pío IX (31 mayo, 1853), y con origen muy claro en la Casa de Enseñanza de Santo Tomás (1844).

En el mismo siglo fue restaurada (1882), la Universidad de Honduras con el nombre de Universidad Central, por el Presidente Soto y su ministro Ramón Rosa, y paralelamente fundada, la Universidad de Santa Rosa de Copán, en Honduras, de corta duración. La Universidad Central de Nicaragua surgió en 1895, pero fue inaugurada solamente en 1941. La de Costa Rica, que había sido cerrada (1887), fue reinstaurada por el Presidente Rafael Calderón Guardia (1941), y la de San Carlos de Guatemala, que había sido cerrada (1924) se reabrió bajo el gobierno de Ubico (9 de noviembre, 1944).

En las constituciones de las universidades de El Salvador, Honduras y Costa Rica, al fundarse, se declaró expresamente que el Estado tenía el deber de apoyar la enseñanza pública, con las características de gratuita y obligatoria.

Es justo recordar como antecedente de las universidades centroamericanas, la obra de los colegios seminarios de León de Nicaragua (1680) y de Tegucigalpa (12 de abril, 1847). Otras instituciones culturales que no pueden olvidarse en esta reseña son: la Escuela Normal de Guatemala (1833), la Facultad de Humanidades de Costa Rica (1843), la Escuela Normal de Tegucigalpa (1906), la Escuela Agrícola Panamericana de El Zamorano, próxima a dicha ciudad (1943), el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas, en Turrialba, Costa Rica (1943), la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de Guatemala (1945), la Facultad de Humanidades de Guatemala (1945), el Ministerio de Cultura de El Salvador (1945), que tiene sus antecedentes en la primera Constitución del Estado de El Salvador (1824); la Casa de la Cultura del mismo país, que se inició con un comité provisional integrado por Raúl Contreras, Hugo Lindo, María Loucel, Saúl Flores, Ricardo Trigueros de León, Baudilio Torres y José Mejía Vides (11 de diciembre 1947), habiéndose constituido la primera junta directiva (15 agosto, 1948), en la que figuraron Romeo Fortín Magaña y Raúl Merino; la Facultad de Ciencias Económicas de Honduras (1950); la Facultad de Agronomía de Guatemala (1951), La Escuela Agrícola Demostrativa de Catacamas, Honduras (1952); el Museo Nacional de Arqueología de Guatemala y el Instituto Indigenista de Guatemala.

Los grupos literarios que han hecho labor apreciable han sido los siguientes: la Academia Científico-Literaria de Honduras (1878); el Ateneo Batres Montúfar, de Guatemala (1931) y el Ateneo de Honduras (1913). La Academia Hondureña de la Lengua correspondiente a la Española fue fundada (28 diciembre, 1948), por iniciativa mía, bajo el patrocinio del entonces Presidente electo doctor Juan Manuel Gálvez.

LA PRENSA

El primer órgano periódico aparecido en Centroamérica fue la "Gaceta de Guatemala" (noviembre, 1729). Desde entonces acá la prensa ha sufrido, como en todos los países de la América Española, diversos contratiempos, según la índole del gobernante en el poder.

La prensa ha sido, en cierto modo, uno de los órganos de la minoría pensante y pocas veces en la historia del periodismo en la América Española ha denunciado los errores que en Centroamérica se han cometido, sobre todo por las intemperancias de los dirigentes, obstinados en contribuir al cultivo de las pasiones malsanas del pueblo. Algunos jóvenes lograron salir al exterior, en busca de formación intelectual; pero al regreso la hostilidad del medio y otras circunstancias les impidió ayudar a la transformación del material humano y su preparación no fue aprovechada para modificar la educación pública y ayudar al desarrollo de la cultura. Las guerras civiles hicieron proliferar con mayores dimensiones los odios atizados siempre por la ambición personal y la demagogia, arrogándose el título de "revoluciones", si bien en verdad solamente dos lo han

merecido, sin haber madurado: la Reforma Liberal (1871), encabezada por Miguel García Granados (1805-1878), y Justo Rufino Barrios (1835-1885), siendo ella una secuencia de la encabezada por Benito Juárez en México; y la que en Guatemala ha tenido por adalid más visible a Juan José Arévalo (n. 1894) que quedó trunca. El afán por reconstruir la extinta federación dio vida al Partido Unionista Centroamericano y a sus numerosas tentativas para volver a ella, pero olvidando que sólo podría resurgir si desaparecieran los factores que motivaron su disgregación. Costa Rica se precia de haber permanecido alejada de las contiendas estériles en que se han excedido el derramamiento de sangre y el odio, y ha vivido al amparo de la cordura, la educación y el trabajo, y su paz incommovible se alteró al despertar la conciencia nacional en busca de nuevas formas de vida económica, siendo José Figueres (n. 1908), el corifeo del movimiento que se ha llamado "La Tercera República".

En esa vida convulsa, de inseguridad perpetua, de arbitrariedad y de falta absoluta de espíritu de convivialidad, el oficio de pensar no ha contado con ambiente favorable y todavía el horizonte social está lleno de interrogaciones. En la tribuna y en la prensa política se han dispersado muchos valores o han fracasado en la atmósfera enrarecida de su medio. Les ha faltado estímulo y oportunidad para demostrarse y no pudieron resistir las crueles vicisitudes aquellos que se vieron obligados a encerrarse en su torre de silencio o se han echado en brazos de la indiferencia, como eremitas inermes, ante lo que sucede en derredor. Tales han sido los casos de los salvadore-

ños Carlos Serpas, Alberto Masferrer y Francisco Gavidia. Otros prefirieron emigrar hacia otros países, en busca de aire respirable: Rubén Darío, Juan José Arévalo y Salatiel Rosales y Alfonso Guillén Zelaya (1888-1946). Aquellos que tomaron parte en las querellas locales: Juan Ramón Molina (1875-1908), Paulino Valladares (1881-1926), Miguel Angel Navarro y Napoleón Viera Altamirano (n. 1893), han dilapidado inútilmente las energías que pudieron canalizar hacia fines más concretos que la polémica lugareña y es deplorable que no hayan construido una obra de mayor estimación quienes como José Antonio López Gutiérrez (1850-1922), pudieron forjarse una cultura en sus viajes a través de países civilizados y de libros esenciales.

Ha sido en la prensa diaria y en los trabajos histórico-biográficos en donde la mayoría ha dejado los testimonios de sus preocupaciones para exponer y analizar los problemas que agobian a Centroamérica en su marcha hacia el progreso. En el periodismo, porque facilita el contacto directo con las masas analfabetas y en la historiografía porque ella ofrece un vehículo a la expresión de pareceres sobre hombres e ideas; y si bien no todos los que han escrito han demostrado altitud espiritual y dignidad de estilo, sus producciones deben tomarse en cuenta porque dan el acento de la ideación y presentan el paisaje de las formas del pensar en su perspectiva aproximada.

Hecho un balance sintético de la producción impresa, no se puede descubrir la originalidad, ni siquiera la gracia del estilo que, modificando los de otros, permite que se perciban los contornos de lo recreado o renovado en el atisbo. En ese

fárrago de doctrinas sin novedad y plé-
 tóricas de lugares comunes, puede, sin
 embargo, advertirse la presencia de es-
 critores políticos de la talla de Juan
 José Arévalo y sólo uno que escapa a la
 regla por su excepción y por haber con-
 tribuido a la historia de las ideas estéticas
 en América y España con algo novedoso
 y trascendental, sobre todo de carácter
 emancipador: Rubén Darío. No concurre
 Centroamérica con ejemplos de magnitud
 apreciable a las citas del pensamiento
 contemporáneo americano en que el filó-
 sofo y el sociólogo que saben escribir,
 toman parte en la ascensión del Nuevo
 Mundo, gracias al hallazgo de lo propio,
 de lo que es raíz y flor de la personalidad.
 Podría exceptuarse de tal afirmación a
 quienes como Miguel Angel Asturias (n.
 1899) y Carlos Samayoa Chinchilla
 (n. 1898) han descubierto en el mito
 precolombino y en el indio de Guatemala
 materia prima para sus libros y poemas.
 No puede afirmarse que en los últimos
 cincuenta años Centroamérica haya pro-
 ducido algún filósofo, pues no merecen
 tal calificativo quienes solamente han
 divulgado desde la cátedra los sistemas fi-
 losóficos, quedándose no pocos de ellos
 varados en la playa del positivismo, en
 donde lo dejó Comte, pero sí han produ-
 cido algunos apreciables ensayos sobre
 temas de Sociología de Centroamérica los
 guatemaltecos Jorge del Valle Matheu (n.
 1906), Antonio Goubeau Carrera y Jorge
 García Granados (n. 1900). Los
 estudios antropológicos y psicológicos no
 han tenido representantes que sistematice-
 n investigaciones como las que se han
 emprendido en México y sucede lo que
 en otros países en donde todavía los di-
 versos factores humanos no integran la
 nación. Las universidades han seguido

fabricando abogados sin disciplina hu-
 manística, pero casuistas que repiten de
 memoria el artículo de tal o cual código
 y que no aspiran a elevarse a las alturas
 de la jurisprudencia. En este campo hay
 que separar la personalidad del doctor
 José Gustavo Guerrero, de El Salvador,
 notable juriconsulto, quien por muchos
 años fue juez del Tribunal Internacional
 de La Haya.

II

Hace medio siglo que Rubén Darío
 escribió: "En Centroamérica no ha habi-
 do jamás cultura intelectual... Hemos
 tenido, sí, y en abundancia, dómínes pe-
 dantes, bachilleres atrevidos, vejigas de
 ignorancia, que revientan de admiración
 o de envidia". En el campo de las letras,
 por lo general, pueden todavía prevalecer
 tales afirmaciones; pero hay una minoría
 que se transforma y sí ha habido ideas
 contemporáneas en Centroamérica que
 vale la pena relieves. Una minoría visi-
 blemente preocupada por los problemas
 de la entidad política y social cuya re-
 construcción se ha frustrado varias veces.

Es bien difícil establecer las líneas de
 las generaciones intelectuales en Centro-
 américa, durante lo que va del siglo. He
 aquí algunos datos que pueden precisarlas
 y que son susceptibles de mejoramiento.

Guatemala ha sido, como es natural,
 uno de los centros de mayor producción
 impresa. Una de sus generaciones más
 interesantes ha sido la integrada por los
 escritores José Rodríguez Cerna, Adrián
 Recinos, Rafael Arévalo Martínez, Carlos
 Wyld Ospina y Federico Fernández Hall.
 Bajo el régimen de Arévalo, el Ministerio
 de Educación Pública editó la serie "El
 Libro de Guatemala", y un grupo se

formó en torno a Luis Cardoza Aragón (n. 1904), quien dirigió "La Revista de Guatemala".

En El Salvador, Juan Ramón Uriarte empezó a publicar (1906) en Santa Ana, una "Biblioteca Económica", que fue precedida por la que Dutriz Hermanos dieron a la estampa (1905-1906). Vino después el grupo constituido por Julio Enrique Avila y Manuel y Raúl Andino, que fundó (1918), la revista "Istmo", en seguida apareció en San Salvador el "Centro Intelectual Salvadoreño" (octubre de 1921), constituido por Alberto Masferrer, Francisco Gavidia, Arturo Ambrogí, Juan Ramón Uriarte, Manuel Castro Ramírez, Raúl Andino, Camilo Campos y Jorge y Enrique Lardé. Dicho grupo procuraba el estudio de diversos aspectos culturales. Más tarde se fundó el Ministerio de Cultura, que actualmente trabaja en forma admirable, a tal grado de que puede afirmarse que no tiene rival en Centroamérica. Bajo el auspicio del Ministro Reynaldo Galindo Pohl, con la colaboración valiosísima de Ricardo Trigueros de León, director de la Biblioteca Popular y de Manuel Andino, director de la revista "Cultura" (1955), ese Ministerio ha dado vida a un programa ejemplar, en todo el Hemisferio, creando además la revista "Ars". Anteriormente se había formado un grupo de jóvenes que aspiraron a la reforma económica del país, desde el poder, (Napoleón Viera Altamirano, Alfonso Rochac, Max Brannon).

Nicaragua puede situarse después de El Salvador. El grupo "Vanguardia" se fundó (1927), en Managua, al regreso de los Estados Unidos de José Coronel Urtecho, quien tiene excepcional conocimiento de las literaturas extranjeras. Ese

grupo hizo escándalo en Granada, porque era irreverente ante la obra de Rubén Darío; pero la batalla se dio (1931), con la aparición de la revista "Vanguardia", dirigida por Pablo Antonio Cuadra y Octavio Rocha, siendo ese un movimiento literario y nacionalista. Dicho grupo se caracterizó porque mostraba influencias de Carl Sandburg, Jules Supervielle, Apollinaire, Blas Cendrars, Paul Morand, Paul Claudel, Charles Gross y los traducía y también difundía poemas de García Lorca, Alberti, Salinas, Guillén, Diego y Altolaguirre. Uno que pertenecía también a dicho grupo, era Manolo Cuadra. Más tarde se reorganizó (1940), con el nombre de "Cofradía del Taller de San Lucas", cuyo vocero era una revista editada en Granada, en la que se daban a conocer valores nuevos como los de Carlos Martínez Rivas y Ernesto Mejía Sánchez, siendo la revista de "honda raíz popular y religiosa" y recopiló muchos datos del folklore nicaragüense. Pero el grupo "Vanguardia" tuvo un dignísimo antecedente en el que publicó la revista "Letras", dirigida por Juan Ramón Avilés y Hernán Robleto, en Managua (1911), y que tuvo resonancia en todo el Istmo. Dicha generación estaba constituida por los mencionados y José Olivares, Ramón Sáenz Morales, Salvador Ruiz Morales, Octavio Ortiz y Roberto Barrios. A esos nombres se añadieron (1919), los de Gustavo A. Prado, Antonio Medrano, Salomón Selva, Azarías H. Pallais, Lino Argüello, Alfonso Cortés, Narciso Callejas y Juan de Dios Banegas, y editaron una revista (1940), "Cuadernos del Taller de San Lucas", en la que colaboraron Manuel Ignacio Pérez Alonso, Carlos Molina Argüello y el español Angel Martínez. S. J.

La Unión Nacional de Acción Popular (UNAP), se fundó en Managua (1950), siendo constituido el grupo por Pedro Joaquín Chamorro, hijo; Ernesto Cardenal, Rafael Córdoba Rivas y Reinaldo Antonio Tefel, siendo sus ideas directrices las siguientes: Democracia cristiana, nacionalismo, alternabilidad en el poder, ni comunismo ni imperialismo. Más tarde apareció el grupo Frente Democrático Republicano (FDR), en el que se refundieron la UNAP, el Partido Conservador y la Juventud Conservadora.

En Costa Rica se puede mencionar la generación formada por Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge, Luis Dobles Segreda, Rogelio Sotela y Rafael Cardona, aunque no fundaron ninguna asociación.

Se puede mencionar en Honduras, el grupo que fundó el Ateneo de ese nombre y en el que figuraron Alfonso Guillén Zelaya, Joaquín Bonilla, Federico Milton y Rafael Heliodoro Valle; generación que fue precedida por la que formaban Juan Ramón Molina, Luis Andrés Zúñiga, Froylán Turcios y Augusto C. Coello.

Sin embargo, en Centroamérica no ha habido, en lo que va de este siglo, un grupo que haya hecho historia como el Ateneo de la Juventud, de México. Pueden considerarse valores aislados a Carlos Serpas y Alberto Masferrer, de El Salvador; Mauro Fernández, Ricardo Jiménez, Roberto Brenes Mesén y Omar Dengo, de Costa Rica; Paulio Valladares, Salatiel Rosales, Céleo Dávila y Alfonso Guillén Zelaya, de Honduras; Máximo Soto Hall, José Rodríguez Cerna y Enrique Muñoz Meany, de Guatemala, quienes reflejaron las nuevas corrientes mentales, desde el artículo editorial, el ensayo o la cátedra.

MINORIA CON VOZ, PERO SIN VOTO

Si es discutible que haya una cultura americana, con caracteres específicos, lo es más la existencia de una cultura centroamericana. Ha habido, sí, una minoría con el anhelo de abrir las ventanas del espíritu hacia el mundo; una minoría con voz, pero sin voto, a la hora de tomar decisiones, porque —a pesar de que las constituciones políticas afirman que la república es democrática y representativa—, la realidad ha sido en algunos países americanos la hegemonía en el poder público de grupos cerrados a sus anhelos.

LOS HISTORIADORES

Suscrita en Guatemala, la capital de la Capitanía General, de ese nombre, que comprendía las provincias de San Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Guatemala, el acta de independencia (15 de septiembre de 1821), precedió a la primera asamblea constituyente (1824), que estableció el régimen federal, que lo fue sólo de nombre, hasta que las guerras civiles lo derrumbaron. La tarea de pensar estuvo a cargo de una minoría que fue víctima de las disidencias creadas por ideologías e intereses diversos; y en la pugna que surgió entre las cinco repúblicas fragmentadas, las ansias de predominio de Guatemala y la resistencia que siempre le ofrecían El Salvador y Honduras, encendieron guerras sangrientas que imposibilitaron la tarea de reconstruir la unidad política sobre bases sólidas, acaso bajo la forma de gobierno unitario. Entregados los pueblos al desorden habitual, los que meditaban sobre

los problemas nacionales, estaban atentos a la marcha del mundo, pero no podían dedicarse a la obra de educar. Muchos de ellos se sumaron, por multiplicidad de causas, a la vida política, creyendo que sólo desde el poder podrían elevar a normas legales sus pensamientos o guiando al pueblo hacia la conquista del futuro; pero todos fracasaron en su empeño y acabaron sumidos en el desencanto (José del Valle, Miguel de Larrey-naga, Marco Aurelio Soto). Algunos se consagraron al magisterio en la Universidad y la mayoría dejó diseminados sus pensamientos y sus pareceres en los archivos o en los periódicos que tuvieron circulación reducida, y habrá que emprender exploraciones arduas para encontrar un dictamen jurídico aquí, un artículo de divulgación científica allá.

José Milla (1827-1882), escribió en Guatemala su "Historia de la América Central" (1879), en el silencio opresor de una dictadura de treinta años; y paralelo a él Alejandro Marure (1809-1851), trazó las páginas de su libro: "Las Revoluciones de la América Central" (1837). Poco tiempo después Lorenzo Montúfar (1823-1898), rugió desde el destierro, preparando sus armas y sus apóstrofes y discursos en el advenimiento de la reforma emprendida por García Granados y Barrios. Enrique Hoyos condensó algunos comentarios críticos en El Salvador; José Trinidad Reyes (1797-1855), educador, dio a la publicidad en Honduras, algo en prosa que dejaba entrever sus preocupaciones por el progreso social en artículo "Ideas de Sofía Seyers"; Máximo Jerez, uno de los corifeos principales del liberalismo en Nicaragua, a la vez que los hondureños Adolfo Zúñiga (1835-1900), y Alvaro

Contreras (1839-1882), vibraron en manifiestos políticos y en artículos periódicos; y alguna doctrina se halla en los discursos del costarricense Florencio del Castillo (?-1834), quien brilló en las Cortes de Cádiz (1812), y en el primer Congreso Constituyente de México (1822-1823).

Escritores de mayor significación en el siglo XIX centroamericano, después de José del Valle y Pedro Molina (?-1854), fueron Ramón Rosa (1848-1893), que estudió los problemas políticos de Honduras, dejando testimonios en páginas vehementes. Céleo Arias (1835-1890), quien en su folleto "Mis ideas" (1890), sintetizó lo que deseaba para Honduras, bajo el Gobierno del Partido Liberal, y que fueron continuadas por quienes le sucedieron en la jefatura, Policarpo Bonilla (1858-1924); y Rubén Darío y Roberto Brenes Mesén, cuyas ideas estéticas fueron esbozadas, las del primero en sus artículos insertos en su diario guatemalteco "El Correo de la Tarde" (1891), en los que su gracia y su vitalidad criolla eran ya el asomo de lo que sería su obra cuando se proyectaba hacia el hemisferio y España, y la del segundo en "Diario de Costa Rica" y "Repertorio Americano", de San José. Ideas científicas pueden encontrarse desde los ensayos de José del Valle, sobre economía y geografía hasta las lecciones de Santiago I. Barberena (1851-1916), guatemalteco. Alberto Sánchez (?-1906), salvadoreño y Miguel Ramírez Goyena, nicaragüense, si bien la mayor parte de las investigaciones científicas en Centroamérica han sido realizadas por extranjeros (Paul Biolley, Squier, Sapper, Popenoe, Morley, Twomey, Standley). El mayor número de ideas aparece en los

libros de los historiógrafos, quienes, por lo general, han entremezclado el dato histórico al sociológico, el antropológico y el geográfico, y han fluctuado entre el estilo didáctico y la prosopopeya oratoria del discurso de barricada (menos Alejandro Marure y José Milla).

Hubo en el siglo pasado, una o dos generaciones de hombres de estudio y escritores (en la de la Revolución Liberal de Guatemala, 1871), que se proyectó hacia Honduras (1876) y la encabezada por Policarpo Bonilla (1893), bajo cuyo auspicio se desarrolló el grupo "La Juventud Hondureña" (1892), y quizá pudiera considerarse también el Partido Unionista Centroamericano, dirigido por el nicaragüense Salvador Mendieta, y también el grupo que rodeaba a Rubén Darío al dirigir en Guatemala el diario "El Correo de la Tarde", en el que figuraban los guatemaltecos José Tibbe Machado, Enrique Gómez Carrillo y el hondureño Timoteo Miralda (?-1955). Los unionistas tuvieron durante mucho tiempo, como órgano oficial, el periódico "La Regeneración". Pero ha faltado la cohesión de los elementos pensantes para elaborar un plan que tienda al estudio de los problemas nacionales. La Casa de la Cultura Salvadoreña ha trabajado por la difusión y la exaltación de aquellos valores que en las letras del país merecen ser conocidos en el exterior. Pero han faltado maestros que sean verdaderos directores de la juventud, si bien algunos han hecho obra de amor y de sabiduría —como Miguel Ramírez Goyena, en Nicaragua, Pedro Nufio (1863-1916), en Honduras, Juan Ramón Uriarte en El Salvador y Juan J. Ortega en Guatemala; pero ninguno ha formado una generación que pueda ostentar su nombre en la his-

toria de las ideas, o ser secuaces eminentes. Debe, sin embargo, señalarse el alto Magisterio de Joaquín García Monge, desde su revista "Repertorio Americano" (fundada en 1919), que sustantivamente ha seguido las intenciones nobilísimas de la que don Andrés Bello con igual nombre fundó en Londres (1826), y que mantenía alertas el pensamiento y su curiosidad humanística hacia todo lo digno de proclamación, que fuera de procedencia americana. Numerosas causas pueden aducirse para explicar los obstáculos que se presentan en Centroamérica, cuando alguien quiere agrupar a sus semejantes dentro de un programa que debe ser desarrollado en común; y entre ellas están el exaltado individualismo, las desconfianzas aldeanas y la indiferencia de la mayoría tradicionalista ante las invitaciones a la renovación; por eso nacen y desaparecen antes de llegar a la madurez las asociaciones que se bosquejan con tendencias promisoras y se frustran las iniciativas generosas que pretenden abrir brecha hacia el progreso.

Por la tendencia a la dispersión, una de las expresiones del individualismo, en Centroamérica no se ha podido formalizar un trabajo que permita una guía segura para el historiador de las ideas.

Muy raro es el material que pueden ofrecer para la tarea de inventariar ideas, los historiógrafos que han continuado la de acopiar datos, muchas veces en desorden, sin discernir sobre los hechos ni agruparlos conforme al ritmo de las ideas del hemisferio o las del mundo occidental. En el siglo XIX la mayoría de los autores de crónicas o memorias históricas, las dejaron contaminadas de errores o se valieron de ellas para hacer política militante, faltando así a la probidad, o

modificaron las informaciones por el hecho de haber sido actores de primera o segunda clase en los acontecimientos; tales fueron los casos de Manuel Montúfar y de Manuel José de Arce (1786-1846); el primero las llamó "Memorias para la Historia de la Revolución de Centroamérica" (México, 1830), y el segundo "Memoria" (San Salvador, 1905-1906).

En todo el siglo pasado, el libro "Bosquejo histórico de las revoluciones de Centroamérica, desde 1811 hasta 1834" (Guatemala, 1877-1878), y París (1913), de Alejandro Marure, se distinguieron por el estilo decoroso y la exposición clara y metódica, sobre todo porque puntualizaron la documentación que les sirvió de apoyo. Le sigue en importancia la "Historia de la América Central", de José Milla (1879 y 1905 y 1937), quien no alcanzó a referirse a las ideas de su

época y luego su epígono Ramón Rosa, autor de la "Biografía de José Cecilio del Valle" (1906 y 1943), y de la "Biografía de José Trinidad Reyes" (1882 y 1905). Debe señalarse también la "Reseña histórica de Centro América" (Guatemala, 1887-1888), de Lorenzo Montúfar.

Por lo general, la Historia de Centroamérica, como la de otras entidades hispanoamericanas, ha sido escrita para complacencia de los partidos en el poder, elevando a pináculos a veces inverosímiles, a hombres que han sido rémoras del progreso e injuriando a sus adversarios. Se impone una revisión de valores o, cuando menos, la formación de una tabla de ellos. En la tarea de restablecer el orden han tomado parte activa algunos de los hombres de estudio que se han dado cuenta de tal anarquía metodológica, uno de ellos, Octavio Aguilar, de Guatemala.

Conflicto, fragilidad y esterilidad de la crítica

Breve Ensayo en Torno a la Consideración del Tiempo y el Paisaje para la Auscultación de la Poesía

Por ROLANDO VELASQUEZ

CONSIDERACIONES ACERCA DE LA CRITICA COMO SISTEMA

Toda apreciación de un poeta y su obra, para ser fructuosa, tiene que considerar, fundamentalmente, dos elementos, esenciales entre los muchos que forman la totalidad de la visión crítica y la más o menos acertada comprensión de la poesía: paisaje y tiempo. Son ellos a la manera del núcleo de donde absorbe sus savias y fuerzas nutricias la íntegra personalidad poética, y las que producen, en la última etapa de un laborioso proceso espiritual, el milagro de la poesía, rica concreción de fenómenos que, por otra parte, apenas si pueden ser enfocados, apreciados y juzgados intuitivamente, sobre la base de casi imperceptibles afinidades e imprecisos tanteos del espíritu, antes que bajo la rigidez metódica de un sistema o sistemas de crítica, por infalibles y certeros que éstos parezcan.

Nada hay tan huidizo e inaprehensible para la crítica, como la poesía verdadera, aquella que no se consagra y exalta gracias a la exactitud de la técnica, sino por medio de un indefinible e imponderable valor abstracto que, por muchos que sean el esfuerzo y la penetración del crítico, queda siempre en suspenso, en la inviolabilidad, y se mantiene por lo tanto fuera del análisis, por metódico, agudo y perspicaz que éste sea.

Obra de esta complejidad es el hecho de que, a lo largo del tiempo, la labor crítica frente a la obra poética ha dado en considerarse infructuosa, frágil y hasta negativa. Su fracaso en la definición, análisis y catalogación de los más sutiles y vigorosos elementos de la poesía, aquellos que se engendran dentro de la impenetrable zona del espíritu, ha sido definitivo, por cuanto ella sólo tiene capacidad para agrupar y considerar formas y contingencias materiales, actuando en lo demás totalmente a ciegas, en simple tarea de vacilación, especulación y conjetura.

Del temperamento y determinada aptitud del crítico tendrá que depender únicamente, entonces, el resultado total. Si se trata de un oscuro corazón pesimista, de un hombre de visión limitada y limitados alcances espirituales, o por el contrario, de un espíritu estrictamente científico, que sólo pueda, por sus propias características, tocar la superficie de la forma para aquilatarla y someterla a su implacable examen, el producto de la exploración será un fruto amargado, referido singularmente a las manifestaciones defectuosas, generalmente anti-científicas, de la poesía. Espíritus así, particularmente los espíritus sobrecargados de ciencia, los espíritus lógicos y metódicos, no se avienen con ese como misterio de la poesía, fenomenal más que lógico, y concepto por excelencia anti-científico dentro de sus posibilidades de explicación. Deviene así el fenómeno del crítico sepulturero, que metafisiquea a la manera de los enterradores frente a los despojos de Yorick, pero que no alcanza a desentrañar la menor partícula de lo invisible e inasible. Su vivisección o su disección no podrán sino explicar o tratar de explicar el oscuro proceso de descomposición o crecimiento de las células, dentro de un campo meramente orgánico. Verán e irán disgregando y reagrupando elementos múltiples, juzgando y catalogando rígidamente hechos o posibilidades objetivas, mientras el espíritu juguetea en torno de ellos, burlón, inquieto y travieso, riendo de la inhabilidad científica para descubrirlo y sujetarlo.

Viejas leyendas nos hablan del tesoro escondido que se vuelve cenizas entre las manos del hombre ajeno al conocimiento sobrenatural, que no sabe pronunciar a tiempo la palabra mágica que conserva las piedras y metales largo tiempo ocultos, en su valiosa integridad. Sólo el que posee esta palabra puede arrebatarse a la entraña de la tierra el oro en el apogeo de su esplendor, el diamante en su total perfección radiosa. Pero el que la ignora nada más encontrará horribles huesos calcinados, restos de podredumbre, ceniza y materia en plena desintegración. Tal acontece casi siempre con estos sabios enterradores de la crítica, que, entregados por entero al método y a la naturaleza sólo aparentemente lógica del hecho poético, pasan por alto valiosas sutilezas indispensables para comprender en su totalidad las dimensiones de la poesía.

POR CAMINOS SENCILLOS AL ALMA DE LA POESIA

Mas, si se trata de un espíritu sutil, no ignorante pero moderado en el cientismo, quizá en dosis más alta intuitivo que científico, y aun con ciertas dotes de adivino y zahorí, la captación del fenómeno por parte de él será más amplia, acentuada y acertada. Sin aspiración a desentrañar por entero el misterio podrá este hombre, sin embargo, al aventurarse en la apreciación, descubrir la impalpable afinidad que lo une a la poesía y el poeta. No será extraño a los hálitos y emanaciones del espíritu ajeno que busca comprender, y la certeza de su presencia lo animará en la búsqueda, y el producto de su exploración será un producto de comprensión y simpatía.

Pero surge aquí la cuestión de si un hombre así podría ser llamado un crítico a la manera ortodoxa, y si su capacidad analítica no quedará por entero sometida a la fuerza de su afinidad y sus inclinaciones hacia la poesía y el poeta sobre quienes está llamado a juzgar. ¿No será esto, antes que crítica, incondicional adhesión de un espíritu más o menos subordinado a otro espíritu acaso escasamente superior? ¿No podrá llamarse, más que crítica, interpretación, o capacidad de captación, o el convertirse el pretense crítico en un mero receptáculo de la emoción ajena, consistiendo su única virtud real en su más o menos profunda capacidad receptiva y reconstructiva? ¿No estará esta condición, exactamente, más cercana a

la exégesis que a la crítica? ¿No podrá convertirse así la crítica en una función desorientada, y dejará de ser investigadora, inquisitiva y exploradora, a fuerza de trascender simpatía y efusión?

Posiblemente no, si es que no se trata de un fenómeno de ignorancia, pues que también en esto es fácil la confusión, y si el crítico no es de las gentes que prefieren el preconcepto, el criterio acomodaticio, a los productos, difíciles de conseguir, del propio examen y la propia exploración a través de esa tierra, siempre incógnita, aun para el observador más sagaz y perspicaz, de la verdadera poesía. Pero lo cierto es que si el crítico exige a la poesía determinadas virtudes, en forma recíproca la poesía está en condición de exigir al crítico algunos dones entre los cuales el temperamento, la comprensión serena y la capacidad de recepción y revisión del fenómeno poético deben estar incluidos. Siendo así, el crítico ya podrá internarse lo más profundamente en la selva enmarañada, sustrayéndose a toda posible confusión, oyendo las voces que vienen de lejos, atisbando, a veces despierto y a veces en éxtasis, todos los ruidos, todos los rumores, todos los alientos que constituyen el mensaje integral de la poesía.

DOS CRITERIOS EN CUANTO A LA FORMA DE JUZGAR

Aparecerá la cuestión un tanto compleja y de explanación difícil, sobre todo cuando se trata de hacer esta distinción, que parecería arbitraria, entre dos formas de crítica. La una gruñona y severa, siempre inconforme, y la otra quizá hasta complaciente a fuerza de ser comprensiva y temperamental. La primera, que sólo hace notar lo que donosamente llama Alfonso Reyes "la arruguita del cuello", o "la sospecha fría del pañuelo que costó la vida a Desdémona"; y la otra dispuesta a hacer concesiones, a ceder siempre, ocultando, allanando, perdonando y acaso hasta tratando de justificar o glorificar defectos. Pero en realidad no se trata de eso, ya que tal diferenciación no existe más que superficialmente, pues que en el fondo ambas son una misma cosa, y a pesar de sus divergencias, en un momento dado concluyen en un mismo sitio, y tienen orgánicamente un mismo propósito.

Una de las razones de ser de la crítica es la de su curiosidad siempre afanosa, que se manifiesta de manera múltiple, pero particularmente en su inagotable capacidad de hacer y mantener ciertas preguntas, generalmente sin respuesta total; de sugerir comparaciones, muchas veces arbitrarias; de suponer procesos de elaboración y desentrañar orígenes y buscar delimitaciones exactas para el objetivo sometido a examen. Cosa que, en cierto modo, viene a ser lo que Anatole France decía de los sistemas filosóficos: "simples juegos para entretener la eterna infancia del hombre". En cualquiera de las dos formas reseñadas la crítica no viene a ser, a la larga, sino tanteo tan inseguro como infructuoso, por cuanto no logra demostrar jamás verdades ni conclusiones absolutas. Y esta infructuosidad y esta inseguridad constituyen otro de los puntos de contacto que hermana a las dos formas, convirtiéndolas nada más en medios distintos de arribar a un mismo fin.

En cierto momento la crítica documentada, erudita, y quizá prejuiciosa a fuerza de sabiduría, se confunde con la crítica placentera, simplemente perceptiva, y quizá también prejuiciosa en sentido distinto. Ambas levantan los brazos en señal de desaliento cuando han llegado a la conclusión de haber realizado un esfuerzo baldío, y de haber tratado, a través de un derroche inútil de fuerzas, de aprehender lo inaprehensible, de ver a través de un velo impenetrable, de captar aquello que no tiene captación posible: la substancia irreal y fantasmagórica de la poesía.

Esta precisamente ha sobrevivido a la crítica o ha crecido junto a ella, desenfadada y sin temores, a la manera de la rosa junto a la ortiga, nada más por obra de su invulnerabilidad. Crítica y poesía tienen que ser formas reales no sólo encontradas, sino mortalmente antagónicas. La una, si hubiese en esto un proceso congruente y lógico, tendría que excluir imperativamente a la otra, puesto que el mundo aparentemente sólo estaría en capacidad de albergar a una de ellas, si no fuera que la poesía, que no en balde se originó en un proceso casi sobrenatural por lo inasible e indefinible de su naturaleza, que la hizo algunas veces confundirse con el don divino, logra siempre escapar al asedio y la búsqueda constante de la crítica, hurtándole toda respuesta y soslayando la persecución, a la manera de una esfinge móvil y fugitiva.

LA CRITICA FRENTE AL FENOMENO ESPIRITUAL

Esta visible ineptitud de la crítica, sea cual sea el sentido y orientación de ella, se origina acaso en su incapacidad para sistematizarse y afirmarse como hecho y elaboración positiva. Igual que toda actividad que actúa teniendo como materia esencial el espíritu humano y las múltiples manifestaciones y formas de éste, la crítica no ha logrado, en su larga existencia, afirmarse sobre bases ciertas, determinar puntos de partida precisos que le permitan formular conclusiones, definiciones y conceptos fijos, y arribar al campo de las verdades definitivas e incontrovertibles. El espíritu humano continúa siendo, pese a los avances de ciencias y pseudo-ciencias que se han lanzado a su conquista, la realidad más inconquistable y la verdad más inasequible, inasible y abstracta de la humanidad. Y la crítica no puede menospreciar el hecho de que su función corresponde precisamente, en la parte más vital, a un trabajo de vivisección y análisis del espíritu. De aquí su ineficacia para actuar, como entidad metódica, sistemática y en lo posible científica, sobre una realidad que escapa al método, al sistema y a la ciencia, en gracia de sus propias cualidades naturales. De aquí también que en la crítica más aparentemente metódica y sistematizada con respecto a la poesía, haya siempre un fondo doloroso de empirismo unido a un sospechoso subjetivismo, y que esto justifique el designarla como labor de exploración a ciegas, de desorientado tanteo y de a veces amargada conjetura.

Mas, como por algo se ha de comenzar, la crítica, en su lucha por lograr su integración como sistema y como entidad que responda a fórmulas y métodos reconocidos, ha ideado ciertas condiciones sin las cuales su ejercicio no es posible siquiera virtualmente. De allí lo que afirmáramos al principio acerca de que, dentro del conjeturar y deducir del crítico, el tiempo y el paisaje desempeñan uno de los papeles más sustanciales y dignos de consideración.

TIEMPO COMO FACTOR DE HUMANIDAD EN LA POESIA

La visión del tiempo aporta al crítico, por ejemplo, el conocimiento de las fuerzas sociales, la noción filosófica, los fenómenos económicos, las normas educativas, las ideas generales predominantes, en una palabra las influencias externas que inciden en la formación de un temperamento y una personalidad poéticas, para darles figura y consistencia humana. A través de la comprensión de todos y cada uno de estos elementos, el "quid divinum" de la poesía va explicándose como una concepción humana, insertándose, por decirlo así, en la vida real, no obstante seguir siendo, en esencia, realidad y concepción, de una naturaleza distinta.

Dentro del fenómeno de la cultura no se comprende jamás al hombre desvin-

culado de una fuente común de conocimientos que, partiendo de lejanos tiempos, se ha proyectado con fuerza mayor o menor sobre su época, en una lógica continuidad de siglos. En ningún momento de la humanidad, ni aun en el apogeo de la interpretación poética como simple inspiración o don divino, el hombre ha dejado de estar unido, a veces por lazos invisibles de tan sutiles, a la cultura general de su tiempo. Se encuentra en la antigüedad, a ratos, el florecimiento sorprendente, el crecer poético al parecer espontáneo, sin explicación visible. Pero en esta aparente espontaneidad hay mucho de la fantasía popular empeñada en ver fundamentalmente en el fenómeno poético una manifestación de lo alto. La leyenda va tejiendo sus hilos alrededor del poeta, y se complace en imaginarlo en cuanto más ignorante más inspirado, en cuanto menos culto más sorprendente en la concepción.

Mas, no es sino ingrato suponer al anciano Homero sin más conocimiento que el derivado de su mendicidad y su dolor. No se puede creer en un Shakespeare exclusivamente dedicado a tareas innobles de caballero, sin tiempo ni medios para buscar formas de conocimiento acordes con la mentalidad de su tiempo. El noble Apuleyo, a pesar de su vagabundería, su inestabilidad y su pobreza había cultivado el saber en medida superior a lo que podía esperarse de un hombre que buscaba la sabiduría sobrenatural en los ungüentos de las brujas y en los ritos horrendos de la magia negra. Muchas veces lo vemos desenvolverse en el Foro, con sutil prestancia y altivo continente, mostrándose como un verdadero maestro de letras y un conocedor de las ciencias positivas, en vigoroso contraste con su otra vida de vate mendicante, clamando en las esquinas de Tesalia igual que otros bardos mugrosos y desvalidos:

—“Dadme una moneda de cobre y os relataré una leyenda de oro” . . .

LO QUE HAY TRAS LA IGNORANCIA DEL POETA

Lo que existe tras el misterio de la ignorancia de los poetas antiguos, es que las viejas escuelas humanistas, celosas del prestigio y la dignidad del hombre, fueron influidas por el pensamiento y los métodos herméticos, con mucho del resabio egoísta de los primitivos escribas. Para estas escuelas el origen del saber sólo podía considerarse como un secreto inviolable. El que un hombre mostrara la fuente de sus conocimientos en público, era considerado tan impúdico e indebido como el que se mostrara desnudo por las calles. El ver a un hombre instruirse era espectáculo vedado e indigno, igual que verlo tomar sus alimentos. El nutrirse y el aprender eran funciones que sólo podían realizarse en el absoluto misterio. Los peripatéticos y Sócrates, rebeldes y poseídos ya de un incipiente espíritu democrático, dieron los primeros pasos en el camino de la liberación de tan estrictos y privativos métodos educacionales, llevando el saber hasta la plaza pública. Pero su conducta no tuvo arraigo decidido y firme en las costumbres, y el sentido humanista y clásico se mantuvo, durante mucho tiempo, evitando o por lo menos retrasando la aparición del pedante, tan abundoso en nuestros días —que lee a Petrarca y a Virgilio en el autobús, mientras saborea un grasiento emparedado—, y a quien no podemos menos de tolerar y entender como herencia legítima de tiempos en que la sabiduría comenzó a disolverse y dispersarse y a perder su íntegro sentido sacerdotal.

Así pues, el hecho de que a veces se ignoren los orígenes del conocimiento que anima la capacidad de expresión poética, el lazo que anuda al poeta a la cultura de su tiempo y a la de tiempos anteriores, no significa que él pueda o deba ser, como manifestación de vida intelectual, un ente de generación espontánea.

En gran parte el hacer poético tiene que ser, forzosamente, una aptitud adquirida. Algo habrá que identifique al poeta a la corriente natural, en este como círculo que va formando el conocimiento en el eterno fluir del tiempo. Y aquí es donde vale el conjeturar, y el adivinar los signos ocultos de la poesía cuando se carece, como sucede casi siempre, de elementos de juicio reales; en tal supuesto, el análisis y consideración del tiempo puede ser un auxiliar valioso de la crítica.

Aun cuando la aserción tenga visos de absurda, la verdadera realidad es que en este campo puede obtenerse de una premisa desconocida o sólo entrevista, una conclusión exacta. La hipótesis se convierte en verdad incontrovertible, y en algunos aciertos logrados bajo un principio tal es que la crítica encuentra su apoyo legítimo en la pretensión de convertirse en una función con arraigo y prestancia propios, desposeída de toda abstracción y de todo carácter meramente especulativo, y abre las puertas que la hacen llegar hasta el punto en que se manifiesta trocada en una forma medular y estructural de la cultura.

ALIENTO DEL PAISAJE SOBRE LA INSPIRACION Y LA CREACION POETICAS

Si el poeta toma de su tiempo y de los tiempos idos, y a veces, con acierto profético, de los tiempos futuros, su saber y mucho de su forma exterior, en los hábitos y manifestaciones del paisaje nutre su espíritu y forma su conciencia artística. Las cosas aquí van desenvolviéndose más lógica y coordinadamente. El primer aliento de la integración espiritual, el don emocional primerizo, lo toma el poeta, por lógica razón, del propio terruño. El asomo nutricio del paisaje nativo es lo primero que, desde la niñez, va formando en el corazón y el espíritu del hombre, todavía vírgenes ante las sensaciones externas, una realidad emotiva viviente, in-contrastable. Igual que la loba romana, la tierra da a sus hijos su propia sangre, y en ella su propio carácter. Podrá llevar hasta sus venas amor o furia, pasión o mansedumbre y laxitud. Podrá infundirle su luminosidad o llenarlo con su bruma. De las voces del paisaje nativo va tomando el poeta su propia voz, y de sus fuerzas su propia fuerza. Mientras no ha oído plenamente esa voz ni conocido esas fuerzas no puede decirse que esté en condiciones de utilizar adecuadamente su temperamento, adquirido a la vez, por inexplicable redundancia, del propio ambiente natural en que comenzó a desenvolverse. Por eso no se explica el poeta, todo poeta, sino como una síntesis de su propio paisaje nativo. Podrá, en el transcurrir del tiempo, a través de sucesivos contactos con el mundo, ir adquiriendo otra visión, ensanchando su perspectiva, pero de antemano llevará fija en la conciencia la voz pura de los primeros años, y el recuerdo de los primeros contactos con el paisaje. Cuando esta realidad se altera es que adviene la mixtificación de la poesía, y el campo sagrado de ésta se hollado por simuladores y tráfugas del propio paisaje, que, con un sentido errado de la universalidad, y llenos de un falso aliento cósmico, ensayan modulaciones que no son las propias, y prostituyen el acento legítimo de la poesía, en fuerza de renunciar a su propia identidad, y crearse otra de tipo bastardo. Pero cuando se trata del poeta auténtico, en exploración y conquista audaz por mundos desconocidos, le saltará siempre, por universal que sea su tono, y a veces en un grado casi imperceptible que sólo puede ser captado por el oído experto, la voz nativa, que va como unida a la propia sangre, en un acompañamiento irrenunciable de la vida poética.

Esto sin duda requiere consideración más amplia, y a ella iremos en otra oportunidad.

San Salvador, 1953.

PETRONIO, PERSONAJE INOLVIDABLE Y SINGULAR

Por GUSTAVO PINEDA

Flor de Castidad llamaban mis amigos a Petronio; y este elogio, un tanto paradójico, por lo que respecta al refinado romano, fue responsable del innmercido prestigio que disfrutó durante su paso por este mundo.

Por lo que antecede se ve, pues, que nuestro valer no depende siempre de nosotros mismos, pues no somos lo que somos, sino lo que se supone que somos. Gracias a esto algunos hombres pueden levantar en vida su propio monumento y atenuar otros el desencanto que puede infiltrar en su alma el escepticismo, como el que vierte la sentencia de Balzac, según la cual la gloria es el sol de los muertos.

Para divagaciones creo que basta con las precedentes, pues mi intención es hablar de una vida y no de sus circunstancias accesorias.

Petronio era un hermoso animal. Tenía

la personalidad de un terranova, sin la pelambre y la fastuosa cola de aquél y era



de menor tamaño. Del color no es lícito hablar, como de un específico rasgo distintivo, dado que en tal materia era desconcertante. Por la cabeza y el cuerpo era plumizo, café y negro; por las patas, amarillo grisáceo; y por la cara y el pecho, blanco, con motitas de un negro sucio.

Tenía del terranova la robusta complejión, y es lástima que tuviera en la cabeza cierto airecillo petulante.

De rabo no andaba muy bien que se diga, pues le nació incompleto. Un lamentable fragmento de cola, corto, grueso y velludo. Un amigo lo definió por medio de una greguería: El gordo dedo de Petronio, enguantado de felpa.

Sus orejas eran hermosas, pero las echaba a perder porque las usaba pegadas a la cara, inmóviles, como si las tuviera anquilosadas.

Por sibarítica convicción, Petronio era recoleto. Se pasaba el tiempo tirado en el corredor. Debo aclarar, sin embargo, que se daba su escurridita muy de mañana, con motivo de prestar atención a ciertas indelegables exigencias, que por propia iniciativa realizaba fuera de la casa. Satisfecho el cotidiano menester, regresaba con un peculiar trotecillo. Muy formal trasponía el zaguán, el largo pasillo, el zaguán interior y, ya en sus dominios, se llegaba por la escudilla y se daba el gran atracón.

Su vida discurría, pues, entre el buen yantar y el buen reposar. Era gracioso cuando volvía de su gira matutina y encontraba vacío el trasto. Con visible disgusto se aproximaba a la cama de la señora y le presentaba su reclamo, por el expeditivo procedimiento de presionarla una y otra vez con la pata, hasta que era atendido. ¡Había que poner remedio al mal inmediatamente!

Petronio contaba con un admirable medio de expresión: su posterior apéndice. Por ejemplo, cuando llegaba un extraño, el peludo y gordo muñón oscilaba lentamente receloso. En cambio cuando los chicos comían helados, encogía, estiraba y esponjaba su raro instrumento caudal, expresando ansia, goce anticipado o desesperanza. Y cuando, por fastidiarlo, lo dejaban sin su parte, se retiraba mohino, enarbolándolo como índice acusador.

Por lo común, Petronio era persona seria, poco adicta a las bromas; no obstante tenía sus preferencias, pues no sólo se dejaba acariciar de algunos amigos, sino que hasta les tendía una pata, mientras los observaba en forma amigable.

Puedo asegurar que era melómano. Cuando sonaba la música, se acercaba al aparato y se echaba muy formal. Los empalagosos vales vieneses lo transportaban a no sé qué paraíso. Los escuchaba entornando los ojos y conteniendo el aliento, como quien degusta su licor preferido.

En el parvo ámbito de nuestra vecindad, no tenía amigos. Los rehuía como un anacoreta. ¿Había llegado a la melancólica conclusión, como el viejo Plauto, de que el perro no es más que un lobo para el perro?

Más de una vez en sus giras mañaneras se había encontrado con colmillos hostiles, pero sabía rehuir el ataque. Sin mostrar cobardía, eludía el reto. Una mañana vio frustrada su táctica. Cuatro enormes perros lo atacaron en forma tan sorpresiva como despiadada. Recibió la agresión de frente y rodó por el suelo. Levantándose con presteza mordió cuellos y rasgó lomos y orejas. No salió tan bien librado, porque tuvimos que curarle varios desgarrones y una oreja casi desprendida.

Los amigos decían de Petronio cosas fantásticas, a base de puras patrañas. Objeto de especiales comentarios era su señera soltería. ¡Nada más falso! Se le juzgaba por las apariencias, como suelen hacerlo los hombres. En este aspecto Petronio no era más que un egoísta, de esos que se entregan por partes, con cálculo y medida. Su moderación era evidente, pero de eso a que fuera misógino mediaba un abismo.

Nos habíamos dado cuenta de que allá por junio o julio, se daba una escapadita de dos días. Era de verlo por esa época. Muy a las cuatro de la tarde empezaba a dar vueltecitas por toda la casa, como quien ha perdido la noción de la estabilidad. Luego se ponía determinativo, dejando traslucir sus intenciones, al limitar su itinerario a tres puntos: la cocina, el lugar en que le ponían las raciones y el zaguán. Reforzaba su política oprimiendo a la cocinera con la cabeza y dándole significativos toquitos con las patas. Mientras paseaba daba intermitentes gruñidos, que a ratos se volvían amenazadores. ¡Cualquier negligencia hubiera sido peligrosa!

Luego de limpiar su cazuela se volvía a echar, y ya anocheciendo se las arreglaba para que le abrieran el zaguán y salía disparado. Atravesaba el pasillo como bólido, trasponía el zaguán exterior y se lanzaba a la calle. Se detenía frente a una apartada casa de vecindad, vacilaba unos momentos como recordando y, ya seguro, se echaba sobre el andén con la despreocupación de un "cínico".

No tardaba en levantarse, se aproximaba al zaguán y pagaba su primer tributo al húmedo rito, apoyando la pata en la puerta, bajo de la cual observaba después, haciendo ruido con las narices.

A continuación se echaba de nuevo y esperaba confiado.

Inopinadamente hace su aparición una juvenil perdiguera, que prodiga mil carantoñas al galán, encantada de su puntualidad. Después de las recíprocas operaciones olfatorias, se quedan quietos por unos momentos.

Siendo Petronio tan retraído, es de preguntarse cuándo, cómo y dónde ha conocido a su guapísima compañera, pero estas preguntas están condenadas a quedarse insatisfechas.

Vuelta la pareja de su pasajera inactividad, se olfatean una vez más y seguidamente se entregan a los azares del deporte. Juegan a preseguirse en la calle y los andenes, deteniéndose de cuando en cuando para mordisquearse y rodar luchando por el suelo, para volverse a perseguir con renovado ardor. Finalmente los dos animales se quedan en reposo, por breves instantes. No tarda Petronio en repetir la aspersión, más copiosa que la anterior, y su compañera se las arregla para hacer lo mismo en el mismo punto. En la escena ya hay suficiente electricidad; y a partir de ahí las cosas se tornan serias, cobrando un sentido más específico. Los animales saben lo que quieren y buscan impacientes el ansiado desenlace. El sapiente hocico de Petronio recorre el cuerpo de la hembra y se estaciona por ahí, goloso, y tiene la sensación neta de que la vena del termómetro se tiñe con avidez. Sobrevienen algunos escarceos y esguinces premonitorios y el macho no espera más. Adopta la postura hereditaria y acomete brutal, mientras la bestezuela escucha trémula la voz de la especie. La escena se va repitiendo con decreciente vehemencia durante interminables horas, hasta que Petronio la da por terminada.

El tunante regresa ya de noche, seguro de haber pagado con largueza su débito conyugal. Se echa sobre el corredor. No se duerme. Se queda quieto, con la mirada errátil. En sus ojos hay una sombra de melancolía, acaso de reproche. Pareciera monologar y decirse que lo abruma la indiferencia que lo rodea. Cree merecer honores y distinciones especiales, complementadas con pormenores reconfortantes, como un bañito tibio, un gorrito protector y un aromático ponche. Entre una y otra infantil divagación lo va dominando la modorra y no tarda en hundirse en profundo sueño.

Mientras duerme, lo observo. Me resulta cómico el espectáculo que ofrece. Hay en la punta de su nariz y en uno de sus ojos un movimiento nervioso, a turno; y a breves intervalos sus orejas suben y bajan, con ritmo acompasado. Alza luego una pata, distiende las uñas, las encoge, y por unos momentos queda su extremidad a merced de un perezoso vaivén, suave e isócrono. De pronto se inmoviliza, pero no tarda en estirarse, y, afirmando la espalda en el suelo, hace flexiones con las patas traseras como manio-brando una bicicleta invertida. Cambia de posición y hace esfuerzos por levantarse y sufre al no lograrlo después de varios amagos. Por fin lo consigue y con las patas tensas, da unos pasos igual que los caballos, fantasmales y absurdos, que vemos correr en el cine, aprisionados por la “cámara lenta”.

Durante algún tiempo estuvo recibiendo Petronio doble ración, pues la aventura le había despertado un apetito feroz.

Un día hizo su aparición por la casa un pequinés, tan gracioso como feo. Menudito, inquieto, de sedoso pelo amarillo, casi rubio. El bicho monopolizó la general

atención. Petronio pasó eventualmente a segundo término, y esto le agrió el carácter, amargando sus horas. Cuando el perrillo se le acercaba, se volvía furioso contra él, amenazador y gruñón. Seguramente le diría que era un estúpido advenedizo. Tal conducta molestaba a los chicos y lo sancionaban arrojándolo al patio. Petronio se iba agachado y lamentable, como bajo el flagelo de una maldición.

A pesar de sus pasajeros infortunios, Petronio era querido por todos, “bien amado” sería quizá la calificación más representativa de aquel sentimiento. De pequeño se le acunó en solícitos cuidados y mimos; y ya de adulto supo siempre de deferencias y afectos. Por eso le hería hoy el contraste.

En el correr de los días lo notamos inapetente y algo más retraído; y contra sus buenas costumbres, dio por salir de noche, regresando tarde. No le importaban las reprimendas ni aun los azotes, antes bien parecía desafiar el castigo, tanto que al fin optamos por dejarlo estar.

Así las cosas, sobrevino un día algo terrible. Fue que momentos después de haber salido el animal a gozar su noctámbula gira, vinieron a avisarnos que acababa de ser arrollado por un camión. La noticia produjo conmoción y negros sentimientos. La casa era un manicomio. Ordenes, gritos, carreras y hasta disimulados sollozos. Un atolondrado aplastó al imperceptible pequinés, el cual murió sin exhalar ni la más leve queja. ¡Se lo llevó Petronio!, comentó alguien en tono patético. La exclamación sonó entre el desconcierto como un responso tragicómico.

Grandes y chicos nos lanzamos a la calle. No lejos de la casa yacía el infortunado Petronio en el desamparo de la vía

pública. Alrededor de su cuerpo inanimado, algunos curiosos hacían comentarios. Debió haber muerto instantáneamente, pues tenía el cuerpo casi partido en dos. Alguien dijo que cuando ocurrió la desgracia el animal dormía a media calle.

Colocado en un saco, emprendimos el regreso. En un predio baldío de la vecindad cavamos una profunda fosa. Uno del grupo corrió a la casa y trajo algo envuel-

to: ¡el pequinés! Lo colocaron entre las yertas patas de Petronio, como en póstuma reconciliación.

Un irrespetuoso, con la inconsciencia que produce a veces el dolor, marcó el lugar con dos palos, unidos en forma de equis. En uno de ellos había escrito: “Petronio-Flor de Castidad”, que, como se ve, era un epitafio conmovedor pero falaz.

Legislación escolar

Reportaje Sobre el Primer Congreso Pedagógico Centroamericano

Por SALVADOR ESCOVAR BALLESTEROS

TRANSFORMACION SOCIAL

El acta de Independencia Política de Centroamérica, suscrita el 15 de septiembre de 1821, produjo una situación social diferente a la que se había venido planeando hasta entonces "desde arriba", y el pueblo no esperó el retorno de Fernando VII como se creía, sino que exigió la consolidación de una República con aspiraciones democráticas.

La liberación de los esclavos y la amortización de casi todas las propiedades de la Iglesia, a igual que la separación de la religión y la política fueron una prueba evidente de que se ansiaba un cambio total en la vida de los pueblos sojuzgados hasta ahí por la Corona española.

El propósito popular era transformar el medio ambiente y al hombre mismo, para lograr un progreso verdadero. Las situaciones sociales y naturales inherentes a la dominación hispana, debían cambiarse por otras más humanas, que representaran el afianzamiento de la libertad y la democracia. Y si las aplicaciones coloniales de la cultura estuvieron dirigidas a formar hombres útiles a la Iglesia y al Gobierno español (esclavos, encomenderos, colectores, artesanos y funcionarios) las nuevas corrientes progresistas ayudaron para que pudiera surgir en Centroamérica una sociedad más amplia e integral, donde el hombre lograra una vida más feliz en la tierra, en beneficio colectivo.

Se abrieron nuevos caminos de superación social, tales como el establecimiento

de escuelas para el niño pobre y el niño rico; la de los ciudadanos libres; construcción de caminos y carreteras; se originaron nuevos negocios; más comercio y mejores cultivos; se ejerció libremente las profesiones y los oficios; las ciudades quedaron menos tristes y se levantaron puentes y edificios.

Este cambio de una mente colonial a una mente de ciudadanos libres y progresistas, era entonces la tarea de los encargados de la cultura popular, para buscar en armonía con los dirigentes políticos y administrativos, los fundamentos de un Estado en que se aglutinarían las fuerzas de la dinámica histórica.

Y tanto los elementos directores, como los otros núcleos de la nueva organización social surgida en Centroamérica, derivarían de la escuela que se proyectaba con base laica y científica, el arranque socialista de la Educación contemporánea.

EVOLUCION DE LA ESCUELA

El desarrollo de la enseñanza se había logrado de acuerdo con la trayectoria seguida por otros núcleos sociales más adelantados, y cuya experiencia se trataba de aprovechar en los estados centroamericanos. De la escuela teocrática que existía en la etapa pre-hispánica, que era centro de vinculación cultural destinado a mantener el predominio de las castas sacerdotales y militares, dueñas de la riqueza pública, se pasó con la Colonia Española a la escuela escolástica (para servir a la nobleza), llegando después, con la Reforma y la Independencia Política, a la escuela individualista y liberal, que debía converger más tarde, a la nueva escuela social, de contenido científico y universal.

El medio natural de Centroamérica, transformado ya en cultura antes de la invasión hispana, pero que por carecer de la rueda y la forja de los metales siempre se considerará en una clasificación simple, fué mejorado en cierto grado durante la Colonia, por la acumulación del conocimiento de la "conducta exterior" de los invasores, sobre todo por sus nuevos objetivos materiales o inorgánicos (de la flecha y los utensilios de piedra, al carro y al arcabuz, de las pirámides a las catedrales), pero esa cultura con todo y eso, fué superada pronto por la cultural "simbólica de la conducta humana", al arribo de la Escuela Social que establece la etapa post-independiente, entre cuyas características fundamentales puede citarse lo siguiente: Constitución Política, Escuela Laica, leyes democráticas, fábricas, ferrocarriles, comunicaciones, literatura, arte, sufragio universal, etc.

En este grado de cultura centroamericana, la mayor influencia de la Escuela sobre las vinculaciones sociales marcará el progreso ascendente para los Derechos de la Sociedad, como antes se afirmaron los Derechos del Hombre, y más atrás todavía, los de Dios y el Rey.

CENTROAMERICA ESTA SIN VERTEBRAS

La aproximación del Siglo XX indujo a los sectores más evolucionados que

operan siempre en Centroamérica, a formar una especie de balance en su panorama cultural, llegándose a la conclusión que no se había logrado plenamente lo que se propuso la Reforma ni la democracia científica en la primera etapa de la vida independiente, pues los obstáculos y “vueltas hacia atrás” habían sido muy frecuentes. Se planeó entonces un estudio concienzudo de la Escuela y sus vinculaciones sociales, por ser en ese bastión cultural, donde debía buscarse la solución del problema angustioso de nuestra falta de cultura e integración nacional.

Al quedar liquidado el régimen colonial español, no había verdaderamente un patrimonio cultural en el Istmo, como tampoco lo había en México. “Esto es tanto más extraño y paradójico —apunta el Prof. Luis Chávez Orozco— cuanto que la Nueva España había sido la Colonia en donde primero se creó la imprenta, en donde se fundó la primera Universidad de América y en donde había mayor número de instituciones de enseñanza”. De tal manera que en Centroamérica, que no estaba en el primer plano del interés de España, como lo estuvo México y el Perú, su progreso cultural era nulo.

El movimiento de Reforma no tuvo tiempo de influir más en la cultura y en la orientación de nuestros pueblos por haber estado sus dirigentes, al comienzo de su ciclo histórico, preocupados en asuntos militares y de organización administrativa, pero sí dejó enclavado en el alma popular de estos cinco países, el conocimiento del valor social del hombre, que aflora en un éxito moral, cultural y económico.

Una vez disuelto el lazo de la Federación, la cultura quedó al garete, y fuimos un pueblo de tradiciones falsas, reanudándose un rumbo político-social sin vértebras, carente de vinculaciones internas como lo son la solidaridad y el estilo colectivo de una nación, multiplicándonos en grupos sin cohesión y habiendo perdido el comento de la unidad que nos hubiera llevado a una situación natural y de cultura positiva.

La escuela que había venido funcionando, siguió durante varios años el sistema lancasteriano, que aunque no llenaba las aspiraciones progresistas, logró todo un triunfo en su lucha por mantener el principio de la enseñanza laica, que tanto combatieron los cómplices de Rafael Carrera.

En los últimos años del Siglo XIX se hicieron también muchas reformas novedosas en Italia, Francia y los EE. UU. y las ideas sobre una Escuela más científica y de contenido social, venían con mucha frecuencia de Francia y México, por medio de publicaciones y libros pedagógicos. En México mismo, se celebró el Primer Congreso de Pedagogía, organizado por el maestro Justo Sierra —a fines de 1889 y principios de 1890— en que campeó el ideal de la enseñanza obligatoria, gratuita y laica; fundando esa premisa en que la Educación es el medio indispensable para la actividad individual y por lo tanto el ser humano tiene derecho a recibir los elementos indispensables que lo capaciten para la lucha por la vida. Y además, como una clarinada hacia el porvenir, Justo Sierra logró en el congreso que organizara, la resolución que decía “que se abrigaba la esperanza de

que con la enseñanza adecuada a los campesinos, se va a alcanzar una germinación de una nueva Edad de Oro”.

Con todos estos estímulos del exterior y del propio medio ambiente, los maestros de escuela de Centroamérica se prepararon a organizar una nueva legislación escolar que pudiera ayudar mejor a la transformación del “niño desorientado”, hijo del “hombre dogmático” de la Colonia, en el “joven positivo” en función social, que llegase a representar al pueblo que siempre es fecundo en principios espirituales y estéticos, que dan forma y estilo a la cultura centroamericana.

Fué así como se organizó en 1897 el Primer Congreso de Pedagogía, concurriendo todos los Estados de la antigua Federación, dándole todo su apoyo Guatemala y El Salvador, y su cálido aplauso Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

LA FE EN EL SIGLO XX

En la época en que se realizó el I Congreso Pedagógico de Centroamérica había en las escuelas un entusiasmo “cosmopolita” y se pedía que los jóvenes estudiaran Humanidades e hicieran el análisis del hombre y sus necesidades sociales, a la luz de las doctrinas científicas, siendo frecuente escuchar entre los estudiantes el ansia por llegar a “poner al hombre en el lugar social que le corresponde” en vez de tratar en “salvar su alma al indio y al pobre, enviándola a un cielo ultraterreno”.

El pueblo repudiaba la Escuela metafísica, y exigía una cátedra científica, positiva, que no dejara a la juventud en la ignorancia de las luchas sociales, del triunfo de la ciencia en los laboratorios de Europa, y alzaba toda su fe en los “derroteros político-sociales”, en los cuales veía la fuerza motriz del Siglo XX.

Los temas de mayor trascendencia que se debatieron en este Congreso, y que debemos subrayar, fueron el problema de la cultura indígena, la escuela en función social, despojada de las cadenas coloniales que determinados elementos se empeñaban en mantener todavía, y un mayor interés en la educación de la mujer y del niño de edad pre-escolar. También se podrá encontrar que en las resoluciones de tan interesante evento cultural del magisterio centroamericano, muchos problemas quedaron sin solución, otros se evadieron y muchos no fueron ampliamente comprendidos y todavía aguardan de las nuevas juventudes del magisterio, su solución histórica, como lo demanda el progreso de Centroamérica.

ESCUELA Y UNIDAD

“Debemos hacer una conciencia centroamericana: realizar una Educación Pública con carácter social, en que también esté empeñado el interés particular”.

Esa filosofía tan progresista, que parece haberse publicado hoy en la prensa nacional, no es más que uno de los fundamentos ideológicos que promovieron en 1893 el I Congreso Pedagógico Centroamericano, celebrado en la Ciudad de Gua-

temala del 10 al 25 de diciembre de aquel año, y el cual fué inaugurado por el Presidente José María Reyna Barrios y su Ministro de Instrucción Pública, Lic. Manuel Cabral.

LAS CINCO DELEGACIONES

En ese certamen de tanta trascendencia para la evolución de nuestra legislación escolar, estuvieron presentes todos los Estados que integraban la unión morazánica, así:

GUATEMALA: Prof. Sóstenes Esponda, Dr. Darío González y Prof. Francisco Muños;

EL SALVADOR: Dr. Nicolás Aguilar, Prof. Francisco A. Gamboa, Director General de Instrucción Primaria y Dr. Sergio Luski, Director General del Instituto Nacional;

HONDURAS: Don Alberto Membreño;

NICARAGUA: Lic. José María Izaguirre y Prof. Santos Toruño; y

COSTA RICA: Prof. Juan F. Ferraz, y que figuró como único centroamericano en el Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano celebrado un poco antes del Congreso que reseñamos.

El Presidente Carlos Ezeta y su Ministro de Instrucción Pública, don Esteban Castro, de El Salvador, fueron de los más interesados en el éxito de esta primera jornada centroamericana de Pedagogía, según se hizo constar en la memoria del conclave.

Aparte del interés técnico de los congresistas, estuvo el empeño revolucionario del Prof. Sóstenes Esponda —alma de la junta— de romper la indiferencia y apatía de las clases sociales de mayor recurso económico y hacerlas cooperar en la Educación Nacional —que no sólo es tarea del Estado— superar las condiciones materiales y sociales del magisterio mantenidos casi por el suelo, y además, ayudar a la construcción de centros de instrucción popular.

En el preámbulo del Congreso de acuerdo con los apuntes del mismo, y que se encuentran en la Biblioteca Nacional de México (Clasificación A-III-9-I) se hizo destacar que los puntos principales a discutir, serían los siguientes:

“1) ¿Qué organización convendría dar a Centroamérica en materia de Instrucción Pública?

2) ¿Qué medios lograrían unificar el sistema de enseñanza en todo Centroamérica?

3) Dar a la Educación la importancia que se merecía; y

4) Que el niño ya no fuera para el maestro un enigma, sino un compañero de juegos, de diversiones y estudios”.

Y en el reglamento del Congreso, se machacaba sobre estos temas:

“Art. 2.—Este Congreso tendrá por objeto:

1) Discutir los puntos concernientes a la Instrucción Pública consignados en los IX Temas adjuntos;

- 2) Investigar los medios prácticos de unificar la enseñanza en Centroamérica; y
- 3) Dar estímulo a la iniciativa particular, a fin de interesar e ilustrar por medio (con la cooperación) de la opinión pública”.

TEMAS Y RESOLUCIONES

Los temas discutidos, tuvieron este orden:

I) ¿Cuáles serían los medios más eficaces de civilizar a la raza indígena, en el sentido de inculcarle ideas de progreso y hábitos de pueblo culto?

II) Si es conveniente y posible la unificación de la Enseñanza en Centroamérica, ¿cuáles serían los medios prácticos para llevarlo a cabo?

III) ¿Será de importancia en Centroamérica la instrucción en las Escuelas de Párvulos o preparatoria a la elemental? y en caso de ser así, ¿qué sistema debe adoptarse para que esté más en armonía con la medida de las necesidades del pueblo de Centroamérica?

IV) ¿Qué organización convendría dar en Centroamérica a la Escuela Elemental para que satisfaga a sus fines individuales y sociales? ¿Qué ramas debe enseñarse en ellas y con qué extensión, y cuál es el tiempo que el mismo debe emplear en cursarse?

V) Si es conveniente la Escuela Elemental Superior o Complementaria, ¿en qué forma debe establecerse?, ¿cuáles deben ser las ramas de enseñanza en ella y cuál el tiempo en que deben cursarse?

VI) ¿Qué importancia debe darse en Centroamérica a las Escuelas Normales, y cuál debe ser su organización para formar maestros idóneos?

VII) Si la inspección tiene verdadera influencia en la buena marcha y progreso de las escuelas, ¿cuál debe ser su inspección, y qué cualidades deben adornar al inspector?

VIII) ¿Será de utilidad práctica introducir el trabajo manual en las escuelas? Y si lo es, ¿cuáles serán los medios más eficaces para implantarlo con éxito seguro y qué clase de trabajo debe adoptarse?

IX) ¿Es bueno o inconveniente el internado en los establecimientos de Educación? Si no es aceptable, ¿qué sistema puede sustituirlo con ventaja?

Dado en Guatemala, el día 7 de abril de 1894.—(f) Sóstenes Esponda, Antonio Lazo Arriaga y Carlos Velásquez.

Al finalizar el I Congreso Pedagógico de Centroamérica, se habían aprobado las siguientes conclusiones:

TEMA I—EDUCACION E INSTRUCCION

1) La enseñanza para la raza indígena práctica y educativa, esencialmente de deberes morales para con Dios, consigo mismo, el prójimo y los animales. La Enseñanza Primaria será gratuita, obligatoria y sostenida por el Estado.

2) Se recomienda escuela de párvulos adaptada al indio.

- 3) Los programas serán reducidos, amenos y prácticos.
 - 4) Escuelas Rurales en Centros aislados.
 - 5) Escuelas Normales para cada sexo y para indios. Los programas adecuados, atención a los problemas agrícolas.
 - 6) En las escuelas normales superiores se enseñará... (motivo de estudio subsecuente).
 - 7) Escuelas elementales para adultos.
 - 8) Textos adecuados para la enseñanza indígena.
 - 9) Dispensas en el servicio militar obligatorio a los estudiantes.
 - 10) Procurar que en las cárceles y los cuarteles los indios mejoren. Protección indígena.
 - 11) Leyes protectoras, penas para quien maltrate o coarte las garantías individuales. Recomendárselo a las autoridades.
 - 12) Nombrar en cada República un Protector General de Indígenas, que vele por sus intereses y mediante delegados departamentales y municipales.
 - 13) Todo funcionario debe fomentar el interés de la raza indígena.
- Se emitirá un Código Rural, que promueva el incremento de la agricultura, dé garantías a los indios, persiga la vagancia, la embriaguez y defraudaciones en su trabajo.

Fundación de Asilos y Hospitales para ancianos y huérfanos.

La prohibición para que los indios no hablen sólo sus dialectos, pero que continúen usando sus trajes y costumbres.

Esfuerzo por que no duerman en el suelo, desterrar el abuso de los curas en servicios de cofradías. Procurar crearles necesidades de civilización. Que los terrenos comunes que aún no estén reducidos a propiedades particulares sean lotificados entre indios y no enajenables por ladinos en 8 años. Promoverse entre ellos el comercio y las pequeñas industrias.

TEMA II—UNIFICACION DE LA ENSEÑANZA

- 1) Es posible, conveniente y necesaria la unificación de la Enseñanza Pública en Centroamérica.
- 2) Se recomienda un pacto de los 5 gobiernos por medio de plenipotenciarios cuyo contenido sea ley fundamental y organice la Instrucción Pública para Centroamérica.
- 3) El carácter laico o religioso de la enseñanza oficial, sobre leyes de cada Estado, no será obstáculo en la Unificación de la Enseñanza científica. El Congreso recomienda Asambleas periódicas cada año de este mismo género, agregando Exposiciones Escolares de Centroamérica.

TEMA III—ENSEÑANZA PRE-ESCOLAR. JARDIN DE NIÑOS

- 1) Es de vital importancia en Centroamérica el establecimiento de escuelas para párvulos también con base indispensable de moral.

- 2) El sistema que debe adoptar el Estado más en armonía será el de Froebel.
- 3) Serán gratuitas y concurrirán niños de 3 a 6 años.
- 4) Que sean mixtas, y dirigidas por mujeres, y que para llenar este objeto funden normales especiales.
- 5) Deben ser esencialmente educativas.

TEMA IV—DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS

1) La Educación pública elemental no tiene por objeto exclusivo instruir sino educar en concepto, desarrollo físico, intelectual, moral y estético, se organiza siguiendo el sistema progresivo de grados, en cada escuela, tantos profesores como grados existan, ni más de 30, 40; las materias de enseñanza se distribuirán en 6 cursos anuales, de 10 meses cada uno. El Congreso declara que la Educación Pública no debe ser mixta. En la Educación Pública Elemental comprenderá las materias:

Lectura y Escritura, Idioma Nacional, Historia General e Historia Patria, Nociones de Geografía General y de Centroamérica, Instrucción Cívica, Aritmética, Nociones de Geometría, Ciencias Físicas y Naturales, Agricultura e Higiene, Contabilidad, Moral y Urbanidad, Inglés, Dibujo y Música vocacional, Gimnasia, ejercicios militares (a varones), Trabajo Manual y Economía Doméstica (a niñas).

La Comisión tuvo en cuenta la legislación escolar en materia de enseñanza y los programas vigentes hoy en Argentina, Chile, Guatemala, El Salvador y Costa Rica.

TEMA COLATERAL

Higiene de la Escuela de Centroamérica sigue bajo el plan pedagógico higiénico que aconseja la ciencia, recomendado el americano o el francés. Se aplicarán los reglamentos y horarios al alumno atendiendo a la Educación moral y estética, y con una dirección más racional de sus actividades intelectuales y físicas. Se recomiendan también colonias de vacaciones para niños débiles y enfermos. Servicios médicos. Y Escuelas nocturnas para adultos, de 7 a 9 de noche, en que se enseñe: Lectura y Escritura, Aritmética, Moral, Castellano, Economía Política y se disertar sobre Geografía e Historia Patria.

TEMA V—ENSEÑANZA PRE-VOCACIONAL

1) La Educación elemental superior o complementaria, no obligatoria y gratuita, es conveniente. Para los varones, las ramas de enseñanza serán: Elementos de Agronomía, Mecánica, Física y Química Industrial, Elementos de Psicología y Lógica, Aritmética mercantil. Geometría aplicada a las artes, Contabilidad, un idioma extranjero: Inglés, Francés o Italiano, Instrucción Cívica, Estudio Comparado de las 5 constituciones de Centroamérica, Elementos de Educación Política; y

para mujeres: Horticultura y Floricultura, Elementos de Física y Química aplicada a las artes y oficios femeninos, Higiene, Contabilidad, Economía Doméstica, Idioma extranjero, obras manuales (aguja, corte, embutidos) y Oficios de casa.

2) El plan de estudios se practicará por 3 años en cursos semanales.

TEMA VI—ENSEÑANZA NORMAL. FORMACION DE MAESTROS

Las Escuelas Normales son de tanta importancia que sin ellas todo esfuerzo a favor de la Instrucción será infructuoso. Para su éxito, hay que enaltecer al profesorado, ascenderlo a las mejores escuelas, inmovilidad, sueldos de 600 pesos al año, derecho a jubilación, y a montepíos para las viudas e hijos legítimos, exceptuarlos del servicio militar, de todo cargo concejil.

La Escuela Normal que es esencialmente educativa, profesional y pedagógica, podrá organizarse así:

Director, profesores numerarios, profesores auxiliares, empleados de administración. (Buen servicio). Las asignaturas: (varones), objeto de la Escuela Nacional, Moral y Urbanidad, Principios de Geografía General, Gramática (incluyendo raíces griegas, etc.), Retórica, Inglés y Francés, Aritmética, Algebra, Geometría, Nociones de Trigonometría. (Para mujeres). Aritmética y Elementos de Algebra y Geometría, Geografía e Historia Universal y de Centroamérica, Ciencias Biológicas, que comprenda instrucción patológica, Zoología y Botánica, Física, Mecánica, Química Industrial, Nociones de Mineralogía y Geología, Higiene General y Escolar, Lógica deductiva e inductiva, Sociología, Pedagogía, Legislación Escolar, Nociones de Derecho Natural y Constitucional (sólo para varones), Contabilidad, Nociones de Agricultura, Comercio, Industria, Economía Política, Nociones de Horticultura y Floricultura (para mujeres), Música, canto, caligrafía, dibujo, pintura, ejercicios militares y gimnásticos, y para mujeres, calistenia y gimnasia (propia de su sexo y trabajo manual).

Cada Escuela Normal tendrá anexada una Escuela Modelo Primaria en la que los normalistas harán sus prácticas bajo dirección de profesores, y las becas para los mejores alumnos de la Enseñanza complementaria, admisión de jóvenes de otros Estados, y habría 2 escuelas normales para cada sexo, con un período de enseñanza de 5 años, válidos dichos estudios en los Estados de Centroamérica (de los títulos para maestros de Educación Primaria).

TEMA VII—INSPECCION Y ORIENTACION ESCOLARES

La inspección tiene influencia en la marcha de la Escuela, y debe ser técnico administrativo-informativo, y comprenderá: aplicación, leyes, reglamentos, métodos adoptados para enseñanza, censo escolar, conducta y aptitud de maestros, asistencia, conducta, carácter, aplicación, aprovechamiento y estado físico de los niños, estado de los edificios escolares, mobiliarios, útiles, textos escolares, etc.

Los inspectores tendrán además, funciones derivadas de la materia de inspección, encomendadas así: intervenir en el nombramiento de directores o maestros sobre circunscripción. Conferencias. Convocar y presidir durante las vacaciones, las asambleas seccionales, orientar al profesorado. La inspección escolar tendrá empleados "ad hoc". Estos empleados serán maestros normalistas que hayan enseñado durante 5 años.

Los cinco Inspectores Generales de Centroamérica formarán el Consejo Centroamericano de Educación Pública, y tendrán derecho sobre iniciativa de legislación escolar.

TEMA VIII—ARTES MANUALES

Es positivamente útil introducir el trabajo manual a las escuelas de Centroamérica, que responda a la necesidad de la juventud, para prepararla mejor en la vida por medio de labores prácticas, lo que es un ideal no sólo de los niños sino también de las familias, en que haya hábitos de economía y de aprovechar el tiempo. El trabajo manual según manera de los "Slojd" suecos, u otros equivalentes, es considerado como una educación integral.

Debe basarse la enseñanza del Trabajo Manual sobre productos del suelo del país para perseguir estos resultados: sentar principios de prosperidad en la variedad industrial, agrícola y comercial, promoviendo exportaciones a sitios hoy desatendidos; librar al país de los peligros de ver repentinamente amenazada o destruida su riqueza por el desprecio del producto regional y establecer más intercambio comercial entre los cinco estados de Centroamérica. El Trabajo Manual del Kindergarten, en papel cartón, sobre métodos de Bougartz y M. Fensi, necesariamente debe ser para niños de corta edad, como preliminares indispensables al trabajo manual tanto pedagógico como económico.

TEMA IX—INTERNADOS ESCOLARES

La Educación escolar, conservando la vida familiar es preferible al internado público o particular, principalmente tratándose de niños, pero si la familia no es moral es mejor pensionado.

El internado particular tiene menos inconvenientes que los oficiales, pues éstos sólo son una necesidad en escuelas establecidas en Penitenciarías, correccionales, casas de huérfanos, asilos y otros centros donde se educan niños desamparados. Son aceptables los internados de las Escuelas Normales de Provincia.

TEMA ADICIONAL

LA EDUCACION DE LA MUJER

Es urgente más esmero en los encargados de la educación de la mujer. Hay

que darle preferencia a la educación física de las jóvenes de Centroamérica, más cuidado en los preceptos de Higiene, fomentarles hábitos que tiendan a ese fin. Sin desconocer el derecho a las aptitudes que la mujer centroamericana tiene para perseguir si desea la más entera educación científica o literaria en las Universidades nacionales, no conviene impulsar por ahora a la mujer en este sentido, antes bien se procurará para que desempeñe su misión en el hogar. El Congreso indica como ocupación adicional a la mujer, el profesorado, taquigrafía, estadística, etc., y recomienda al Gobierno y a las empresas particulares, que en igualdad de condiciones dé a las mujeres preferencia en dichos empleos, con igual remuneración que a los hombres.

También se recomiendan bibliotecas circulantes, gratuitas, educación amena, instrucción primaria. Se declara conveniente la fundación de una revista o periódico pedagógico, dedicado exclusivamente a la Educación de la mujer, así como conferencias culturales y obras de filantropía, especialmente para la mujer de la clase pobre y alejada de los centros adelantados. Y escuelas dominicales para las obreras.

Los pedagogos y los estudiosos en temas de Cultura (antropología y sociología) tienen en este reportaje narrativo, material de sobra para numerosos comentarios.

RECUERDO DE ANTONIN ARTAUD

Por IONE ROBINSON

Se le llamó también “poeta maldito”. Su persona, su gesto, sus palabras han sido objeto de controversias interminables. Se puede aseverar que ellas han servido para hacerlo más conocido del público que su propia obra literaria, por ejemplo, la suscitada en torno de un texto intitulado: “Para poner término al Juicio de Dios”, que fué escrito especialmente para las emisiones de la radio, pero que nunca llegó a ser transmitido. Indudablemente que la vida aventurera del primer partidario que tuvo el surrealismo hará algún día correr la pluma de un biógrafo. La vida de Artaud pareciera ser el más extraño de los destinos humanos.

Nació en Marsella en 1896; fué actor de cine, de teatro, de radio; autor de obras para la escena, de guiones fílmicos, poeta, viajero, traductor y novelista se desborda su actividad tras de presentarse

en el tablado con Dullin, al fundar, en 1927, el Teatro Alfred Jarry, donde se presentan de 1927 a 1929: “El Ensueño”, de Strindberg, un acto de la “Partición del Mediodía” y “La Cigüeña”, de Max Rebur, escogida, según las propias palabras de Artaud: “con un propósito sistemático de provocación”.

Fascinado por el cine, ingresa en él desde 1919 y de él se desaparece en 1932. Sus primeros poemas fueron publicados por “Le Mercure de France”, en tanto que su obra capital, “El Pesa Nervios” aparece en “Les Cahiers du Sud”, el año 1927.

Fué Artaud el director del Buró de Indagaciones Surrealistas y uno de los principales autores de los “Discursos al Papa y al Dalai-Lama” que aparecieron en el número 3 de la “Revolución Surrealista”. En 1935 monta “Cenci”, en la que tam-

bién actúa, escrita por él mismo, según obras de Shelley y de Stendhal.

En el año 1936 efectúa su prodigiosa visita a México, cuyo espléndido fruto fué el "Voyage au Pays des Tarahumaras". Este mismo año, se ve agobiado por su mala salud y tiene que internarse en un sanatorio, lo que no le impide escribir sucesivamente "Les Nouvelles Revelations de l'Étre", después "Les Létres de Rodéz", dirigidas a Henri Parisot.

Por último, en 1946 salen a luz las que se califican como sus obras maestras "Van Gogh, el suicidado por la Sociedad" y "CI-Git".

"He elegido el dominio del dolor y de la sombra tal como otros escogen el de las luces y de la exaltación de la materia.

"No trabajo en la extensión de un dominio cualquiera.

"Trabajo en la única permanencia que existe".— ("El Pesa-Nervios", Cahiers du Sud, 1927)."

* * *

Me imagino que principio a comprender a tan extraño poeta francés, Antonin Artaud, o Artaud, el muchacho, apodo que se daba a sí el mismo.

Quizá todos seríamos genios si tuviéramos todos el valor para decir lo que llevamos dentro del corazón, para exponer lo que deseamos, el porqué de que seamos desdichados, de que nos encontremos desesperados.

Debe de existir una razón por la cual la raza humana fué creada. Y no sabemos aún por qué estamos tan corrompidos, por qué estamos tan enfermos.

Me parece que la alocada voluntad de poderío que cubre nuestro mundo como una nube de arena es la causa de nuestra ceguera y de nuestra prematura muerte en vida.

Comienzo a sentirme inquietada por este hombre Antonin Artaud, quien ha dicho y parece que sea verdadero, que: "...las cosas ni están todavía terminadas de hacer..." y que "la razón de ser, todavía no se ha descubierto".

Por todo el curso de mi vida no olvidaré jamás el primer día en que le vi. Fué durante una exposición de sus dibujos en la Galería Pierre, en el otoño de 1947. Estaba yo embebida admirando sus retratos tan intensos, como tallados con los crayones, cuando Artaud apareció ante mis ojos, descendiendo por la pequeña escalera de la galería. Su rostro emaciado y escuadrado por una larga cabellera en desorden me impresionó a la vez que me asustó. Mas, en seguida, cuando estudié detenidamente este rostro, sus rasgos me parecieron de una increíble belleza; sus ojos grises y azuláceos como si fueran de acero, profundamente incrustados encima de los pómulos salientes, me fascinaron por su mirada penetrante y extraña, como si Artaud poseyera una visión interior más allá de lo que solemos considerar como certidumbre en nuestra vida cotidiana.

Le volví a ver una noche de otoño, en Ivry. Llovía. Pierre Loeb trataba en vano de calmar mi agitación motivada por el pensamiento de que tenía que entrar a un manicomio. La cita se había fijado para las diez horas. Escuchamos, uno a uno, los diez repiques del reloj de la Alcaldía.

Y sabíamos que Artaud tenía en sus manos la llave para entrar o salir cuando lo quisiera, circunstancia que llamaba vivamente mi atención, como americana que soy. Me parecía fuera de todas las reglas... y cuando el reloj estaba sonando sus horas, una forma frágil apareció como una sombra entre los árboles, y una

voz quebrada nos llamó. Vacilante y agarrándose a los hierros de la verja, Artaud apareció en la puerta, dándome la impresión de alguien que hubiera caminado por miles de noches sin descanso y que se encontrara en la última etapa del agotamiento.

Trabajosamente pudo meter la llave en la cerradura y abrírnos. Apenas si pudo hablar. Tuve que encender unas cerillas para dar luz que nos guiara al través del siniestro jardín por el cual nos condujo hasta aquella estancia donde vivía desde hacía dos años.

Jamás olvidaré la imagen de este aposento, en el cual, una gran cama, ocupaba el centro, sobre el piso de parqué sin alfombra alguna. En uno de los rincones estaba una mesa de madera con cicatrices de golpes fuertes dados con un martillo y cortadas producidas con un cuchillo. Cerca de la puerta, un enorme muñeco exhibía huellas similares. Los muros estaban rayados y excavados con golpes de cuchillo.

Sobre el piso advertí cortezas de madera, tantas como si se hubiera aserrado ahí un árbol. Sobre otra mesa, en desorden, pomos y redomas de drogas mezclados con cuadernos escolares de cubiertas de diversos colores. Artaud ensayaba el equilibrio de mantenerse de pie repegado a su lecho, como un navío que flotara en alta mar.

Después, lo volví a ver a menudo, en esta clínica del Dr. Aquiles Delmas, en Ivry, y siempre le encontré mostrando las huellas de una tortura física terrible, de un agotamiento creciente; pero cada vez Artaud tenía nuevos cuadernos escritos de su puño y letra y más y más dibujos.

Un jueves, 4 de marzo, tuve que ir a la Galería Pierre, y Pierre Loeb me dió la

noticia de que había muerto. Me quedé sin poder soltar una palabra. Cayó mi vista sobre un cuadro de Miró que mostraba un enorme sol rojo brillando sobre la parte superior de un paisaje en el que retozaban animales de lo más extraño.

—¿Cuándo murió? —pregunté a Loeb, cuando pude quitar mi vista de ese cuadro.

—Hoy en la mañana, a las seis; el individuo que solía llevarle el desayuno lo encontró sentado sobre el borde de la cama, como si tratara de vestirse. La muerte le debe de haber sorprendido fulminantemente. . .

Recordé que el domingo precedente había vuelto a Ivry para saludarle. Le escuché, estando él semidesnudo y tirado sobre el lecho en desorden, su proyecto de buscar la caricia del sol de mediodía, en Antibes; todo lo tenía dispuesto, la quinta en que viviría, el ama que le atendería y tres meses de gastos pagados por adelantado.

Ahora, bajo el fuego del rojo sol del cuadro de Miró, recordaba precisamente haberle oído decir entonces:

“Perdóneme por esta ruda operación que me haré; pero es el único medio para calmar mis dolores; es el tratamiento médico chino que se denomina la “acupuntura”.

Le vi cómo, fríamente, tomó un gran cuchillo, y colocándose la punta sobre el cráneo, buscó un sitio para hacerla girar en cierto modo mientras que con una brasa en la otra mano, buscaba en el vientre un sitio para aplicarla. Un suplicio para otro que no fuera Artaud.

“Deseo partir para siempre de esta horrible cámara de tortura. He terminado con Ivry; no volveré jamás”, me dijo.

Se revolvió pesadamente sobre el lecho,

jadeando como quien asciende a una alta montaña, mientras su rostro se estremecía por la angustia del dolor.

Al verlo así, pensaba en esta sociedad que permitía que padeciese de tal suerte, y recordaba a Van Gogh, quien “no se ha suicidado en un arranque de locura, en el trance de no querer ya ser, sino, por lo contrario, cuando acababa de descubrir lo que él era y por qué lo era, cuando la conciencia general de la sociedad, por castigarle del delito de haberse rebelado contra ella, lo empujó al suicidio.”

Recordaba también a todos los que, en la última exposición de Van Gogh, efectuada en l'Orangerie, Artaud les dedicó esta advertencia:

“Desconfiad de los bellos paisajes de Van Gogh, turbulentos y pacíficos. Son como una intermitencia de salud entre dos accesos de fiebre. Son como la fiebre, entre dos retornos de una insurrección de buena salud.

“Cierta día, la pintura de Van Gogh, armada con fiebre y con buena salud volverá para lanzar al aire una polvareda de un mundo encarcelado que su corazón no pudo sobrellevar”.

Yo padecía al verlo en su suplicio; cuando se volteó para tomar con la punta de su cuchillo una dosis de láudano —tan difícil de obtener—, le pregunté:

—¿Qué gusto tiene el láudano, señor Artaud?

—Es algo horrible, tiene un sabor repulsivo; pero no puedo privarme de él.

Tratando de distraerle, le hablé de mis esfuerzos para publicar, en los Estados Unidos, su admirable libro sobre Van Gogh, en cuyas páginas, dos seres dotados de un genio igual, se encuentran juntos.

Con la más exquisita delicadeza Artaud me expresó su agradecimiento por

mis intenciones de hacer traducir su libro al inglés y venderlo a algún editor de mi país.

La hija de Pierre Loeb estaba sentada en la orilla de la cama; miraba a Artaud con ternura, parecía muy conmovida, a punto de llorar. Acarició con sus manos de largos y finos dedos la cabeza de Artaud y murmuró: “Hace mucho frío en vuestra estancia; permitidme traer un leño para la chimenea”. Y se levantó para cumplir esto; su padre la ayudó a ponerlo en el fuego y Artaud moviendo escépticamente la cabeza, musitó: “Mi querido amigo, es demasiado grande este leño, y vais a llenar de humo esta miserable pieza”.

Se me ocurrió entreabrir la puerta, y por un momento filtró sus rayos el pálido sol de marzo, al que pronto cubrieron las nubes.

El peluquero entró para afeitarlo; Artaud, con su cuchillo en la mano le indicó que volviera a hacer su trabajo hasta que nosotros hubiéramos partido. Entonces le pedí que me dejara tomarle una foto, a lo que accedió, pero indicándome que pusiera a Florence Loeb en primer término y a él en un rinconcillo.

Sin embargo, yo aproveché para sacar rápidamente unas instantáneas, efectuando un verdadero tejemaneje con las cortinas; Artaud lo advirtió y me gritó ásperamente que no lo molestara más. Cuando iba yo a correr las cortinas, sonriendo como para excusarse de su rudeza, me dijo: “Déjelas como están, quiero ver el cielo aunque esté gris”.

Artaud nos habló de los poetas; Eluard, el degolista; Aragón, el comunista; de Bretón, luego del escultor Giacometti.

—Pero Eluard no es degolista, replicó Pierre Loeb, es comunista.

—Bah, esto de los marbetes políticos no tiene importancia para mí; si el hombre se ha perdido a sí mismo es porque la cultura ha destruído a la personalidad humana —repuso airado.

Artaud dice en las “Cartas de Rodez” textualmente:

“Las gentes son unas bestias y la literatura algo vacío”.

“Ya no existe la persona; el alma está loca; no existe el amor, ni tampoco el odio; todos los cuerpos están podridos y las conciencias resignadas”.

Al día siguiente de su muerte quise visitar su tétrica estancia, donde estuvo prisionero por dos largos años. Ahí estaba tendido, sobre aquella cama terrible; parecía dulcemente dormido con la boca entreabierta. En la estancia ardía el fuego que irradiaba extraños fulgores. El lecho mostraba agudamente el relieve de tulipanes incrustados en la cabecera.

Sus cabellos caían sobre su frente: lo más singular es que las horas que llevaba de muerto le habían envejecido como si muchos años hubieran pasado. Amortajado con lienzos blancos, impolutos, tal blancura ponía extraño contraste en aquella pieza tan miserable y tan sucia.

Una joven francesa y un poeta español, le velaban, sentados en el sofá, cerca del fuego; nos saludamos secamente; ellos fumaban cigarrillos, indiferentes. Tomé asiento a su lado, y clavé mis miradas en el fuego.

Mi mente vagaba por un campo florido, tratando de escapar al pensamiento obsesionante de la muerte y de rehuir su espantoso olor.

Una felicidad de liberación me invadió cuando Pierre Loeb, en cuya compañía había yo venido, decidió que partiésemos para no perder el último viaje del metro.

* * *

Cuatro días permaneció Artaud en su terrible cámara mortuoria. Intervinieron en cierta pugna los parientes y los amigos.

Artaud no había jamás concebido una muerte como la que tuvo: él soñaba acabar pulverizado por una explosión o que su cuerpo fuese esparcido a los cuatro vientos sobre las montañas de Tibet, o en cráter del Popocatepetl que tanto amó, en el México de sus ensueños.

¿Quién habría de decirle que aquella familia a la cual abandonó en Rodez pretendería para él, unas exequias religiosas que él hubiera detestado?

Cuatro largos días pasaron disputándose el cadáver. La radio y la prensa habían hablado mucho sobre la muerte de Artaud. Al fin, se arreglaron los funerales, “como debían ser”, con toda su complicación usual. Como algo irónico, una enorme corona lucía un ancho listón rojo con las inscripción: “A mi hijo querido; a nuestro llorado hermano”.

Amigos y parientes se mezclaron sin reticencias; el cochero colocó sobre los caballos enormes paños negros. George Braque levantó la cola de su casaca, y se pasó nerviosamente una mano sobre su cabellera gris. La hermana, la sobrina, el cuñado, severamente vestidos de luto se pusieron a la cabeza. El féretro fué colocado ritualmente sobre el carruaje fúnebre. Giacometti se hizo a un lado como rehuendo la presencia del ataúd.

Al fin, el cortejo inició la marcha, lentamente, con la trágica majestad de la pompa y destacándose el vistoso sombrero bicorne del auriga. Por casualidad yo me encontraba entre los parientes y cerca de Braque, Roger Vitrac y Pierre Loeb.

Seguimos el cortejo y pasamos frente a la Alcaldía, a la estación del metro y

luego a lo largo de una cuesta que nos condujo a las tristes calles de Ivry.

El cochero tenía que azotar a los caballos para que pudieran subir, y todos jadeábamos.

Braque no había soltado palabra; pero de súbito me dijo:

“¿Adónde cree usted que vamos?”

Al fin llegamos a la cumbre, y luego seguimos por una larga avenida limitada por un muro blanco, sobre el cual se asomaban los ramajes desnudos de los árboles. La campana dobló y uno de los palafreneros bajó elegantemente para abrir la puerta del cementerio. Entramos como si actuáramos ante las cámaras, para proseguir entre las grises tumbas; una mujer obesa, con gafas negras, a la entrada, en aquel horizonte, figuraba una pintura surrealista viva; ante las tumbas, ante el espacio, ante nada.

Dos sepultureros saludaron respetuosamente. Y caminábamos, caminábamos, al parecer sin término. Braque volvió a decir: “¿Adónde vamos?”

De pronto, llegamos. Artaud descendió a su fosa sin que nadie dijera un discurso, y le vimos entrar en la tierra, a él, que siempre vivió entre las nubes.

El cortejo se dispersó. Yo tomé el metro y miré el paisaje grisáceo de la Alcaldía, con su reloj que marcaba exactamente las 11.15 horas y moviéndose en él, como sombras, a poetas, pintores, escritores que, teniendo como fondo una nubecilla del humo de una chimenea fabril allá lejos, se despedían unos de otros tras de haber venido a despedir para siempre a Antonin Artaud, a quien juzgaban como el más grande de las letras de Francia después de Baudelaire.

El Papel Social del Médico en la Antigüedad (Sumeria, Asiria-Babilonia, Egipto)

Por el Dr. FRANCISCO MONTERROSA GAVIDIA

(Conferencia pronunciada en la Escuela de Medicina el 18 de Julio de 1955).

INTRODUCCION

Motivo de gran satisfacción es para mí el hecho de haber sido designado por las autoridades de la Escuela de Medicina de la Universidad de El Salvador, para iniciar esta serie de pláticas sobre el papel social del Médico a través de la Historia. Y digo inmerecidamente, no al impulso de falsa modestia ni porque sea el lugar común de rigor para iniciar discursos y conferencias. Digo así, porque ni mis conocimientos en la materia ni las disciplinas médicas que constituyen mi especialidad son un respaldo intelectual suficiente para emprender la aventura en que hoy me embarco. Sin embargo, he aceptado tan honrosa designación, porque indudablemente es deber de los académicos egresados de estos claustros corresponder, acuerpar y fomentar ini-

ciativas como la actual, tendientes a despertar, entre el estudiantado de medicina y el Cuerpo Médico en general, interés por este tipo de investigación y estudio, de rigor y nada nuevo en otros países más avanzados que el nuestro.

Y es que para apreciar el actual adelanto de la Medicina y en especial, para comprender y valorizar las tendencias modernas de una ciencia tan antigua como el Hombre, para poder desenvolverse en esta época de grandes transiciones y revoluciones sociológicas, en que todas las artes, las ciencias y en general, la totalidad de la actividad humana tiende a desarrollarse en función eminentemente social, son necesarios una visión panorámica de la ruta recorrida, el estudio e interpretación filosófica de las diferentes

etapas vividas, el análisis de las causales históricas que han servido de timón e impulsado a los movimientos sociales hasta llegar al momento actual, vértice crucial en que la humanidad se está jugando su futuro por muchas generaciones.

Por eso el Médico actual, técnico altamente especializado, factotum de la Salud Humana, servidor del conglomerado, eje alrededor del cual gira y especula grande e importantísima parte del movimiento social presente, no puede quedarse al margen y encerrarse en el uniforme horizonte intelectual de una especialidad médica. Hoy, el Médico no puede jugar un papel pasivo porque él mismo sería la primera víctima, por su indiferencia, de las conmociones y la dinámica del medio en que vive y a nadie escapa que su proyección social tiene que ser en función de cultura médica general, cultura general y conciencia del trascendental papel que le corresponde en este maremagnum de fuerzas ideológicas encontradas que en estos momentos arrastran a la Humanidad.

Pero, dirán muchos, la ciencia médica es tan absorbente y amplia, el ejercicio profesional tan duro, la lucha por el diario subsistir tan extenuante, que no dejan al Médico tiempo de leer, investigar ni mucho menos de escribir fuera de aquello que aumentará su acervo de conocimientos técnicos, y que le sirve para mantenerse "al tanto" del avance de la medicina.

Si a duras penas se alcanza a conocer el presente, ¿para qué preocuparse por el pasado y por el futuro?

Esto es un sofisma. Si bien el Médico debe ser un técnico "al día" en sus conocimientos, si no posee el sentido de la filosofía de la medicina, si no tiene un

"back-ground" intelectual amplio que abarque más allá de las cuatro paredes de la patología y la terapéutica, si no tiene concepto de las relaciones de causa y efecto que han jaloneado su ciencia hasta el estado actual, si no conoce los problemas sociales del momento ni su proyección al futuro, el Médico, decimos, será un buen diagnosticador y curador de individuos, pero nunca un pivote alrededor del cual se gesten movimientos sociales ni podrá defender sus derechos gremiales y actuar en consecuencia con el momento histórico que vive.

Siempre queda tiempo para leer. Siempre queda tiempo para volver la vista hacia horizontes más amplios y para reflexionar, deducir y planear acción médico-social. Y recordamos aquel sabio aforismo que por viejo es de más actualidad: "El Médico que sólo de medicina sabe, ni medicina sabe".

*

Estoy seguro de que esta circunstancia ha sido uno de los móviles que han impulsado a las Autoridades de nuestra Escuela a organizar esta serie de conferencias. Por lo que a mí respecta puedo asegurar y estoy seguro de que me lo creerán, que no soy autoridad alguna en materia de historia de la medicina. Fuera de algunas lecturas llevadas a cabo por curiosidad, no tengo en mi haber ninguna otra preparación que respalde mi audacia de esta noche. Sin embargo, no se me tomará a mal, a pesar de sus deficiencias y errores, el modesto esfuerzo que representa el trabajo que hoy presente que no es, ni con mucho, un estudio original: No es más que una simple recopilación de datos históricos, tomados de

diferentes textos y obras de consulta cuya lista doy al final. Sin embargo, me he esforzado y ojalá logre mi intento, en dar una pintura aproximada del papel del Médico en tres avanzadas culturas de la antigüedad. Debo advertir sin embargo, que ya iniciado en la estructuración del trabajo me di cuenta de que no era posible dar una idea del papel social del Médico en un grupo y una etapa histórica determinada sin hacer referencia, por somera que fuese, 1º al grado de cultura general del grupo y 2º a los conocimientos médicos de la época. Así pues, hago fervientes votos, porque lo que a continuación expongo sea de vuestro agrado y pueda desenvolverse ante vuestros ojos, el panorama del Médico actuando en algunos de los más destacados episodios del pasado de la humanidad.

*

Periodos de la Medicina Antigua.

De acuerdo con Gordon, se puede dividir la Medicina de la Antigüedad en tres grandes períodos: 1º El período más prolongado, se inicia con los albores de la humanidad y termina con los primeros datos históricos fidedignos, más o menos 7.000 a 8.000 años antes de Cristo: Es el período pre-histórico. 2º Período proto-histórico, se inicia al terminar el anterior y se prolonga hasta la escuela filosófica Ioniana (600 años antes de Cristo). El 3er. período va de los filósofos ionianos hasta la caída de Roma.

Primer Período o Pre-Histórico.

Aunque el Génesis da al género humano una antigüedad de 5.705 años, actual-

mente la ciencia sostiene que el lapso en que el Hombre pasa de su más cercano antecesor a su estado actual, como dice Osborn "No se calcula en miles sino en cientos de miles, y nos aproximamos al período en que se calculará en millones de años".

Sin adentrarnos en las aún oscuras especulaciones de los geólogos y paleontólogos, se puede afirmar que el "Pithecanthropus erectus", (500.000 años antes de Cristo) u Hombre de Java, que aparece al final de la época terciaria, en el período pliocénico es por sus características una especie de eslabón perdido entre nuestro antroipoide antecesor y el Hombre. Le siguen siempre con caracteres antropoides, el Hombre de Piltdown (100.000 años antes de Cristo) y el Hombre de Neanderthal (400.000 años), aún intermedarios y lo mismo sus similares los de Heidelberg y de Spy. El Hombre de Cro-Magnon tiene ya características como las actuales. Se han descubierto otros fósiles humanos que no encajan bien en los mencionados, por lo que se cree que son razas intermediarias entre ellos. Todos los anteriores pertenecen al período paleolítico o de la piedra tallada. El paso de Cro-Magnon a Hombre neolítico o de la "piedra pulida" es gradual y aparece hace aproximadamente 25.000 años.

Estos semi-hombres y hombres primitivos vivían en cuevas o en zonas lacustres. De su cultura sólo podemos inferir por los fósiles que se encuentran en los lugares en que vivieron y por sus primitivas pinturas rupestres, algunas de gran agilidad y expresión. Sirvenos también de guía para conjeturar sobre su cultura lo que conocemos de las razas salvajes actuales ya que lógicamente se pueden establecer términos de comparación, aunque co-

mo dice Guthrie, “el salvaje primitivo de los tiempos modernos puede representar un tipo degenerado, mucho menos inteligente que sus antecesores pre-históricos y, además, el contacto del Hombre blanco limita el campo para la investigación antropológica”.

Cultura Médica entre los Primitivos.

La paleopatología, o sea el estudio de las enfermedades en los restos paleontológicos, revela que la enfermedad precede al Hombre: Se han encontrado abscesos en las piernas de los dinosaurios y se han revelado bacterias en peces fosilizados. En los fósiles del Hombre Primitivo se han encontrado lesiones óseas, neoplásicas y raquílicas. Un esqueleto del Hombre de Heidelberg era de un póttico con marcada cifosis. Virchow, en un estudio notable, demostró cambios patológicos en los huesos del *Pithecantropus erectus* y del *Neanderthal*. Huellas de fracturas y dislocaciones son frecuentes en huesos humanos prehistóricos, muy de acuerdo con el rudo género de vida de esos antepasados nuestros. Las lesiones dentales son frecuentes y, de acuerdo con la lógica, las enfermedades actuales no reveladas por esos fósiles óseos deben haber sido frecuentes.

Con una patología tan amplia, la mentalidad ruda de aquellos hombres de la edad de piedra debe haber tenido un concepto sobrenatural de la enfermedad, como lo tienen muchos primitivos actuales y, de acuerdo con Sigerist, el curandero, en las sociedades primitivas, jugó un papel más importante que el Médico en la sociedad moderna: Era al mismo tiempo mago, hechicero, sacerdote, jefe y probablemente, el bardo que

trasmitía las tradiciones del grupo. Constituyen, según Guthrie, “La clase profesional más antigua en la evolución de la sociedad”.

Hay evidencia de que el Hombre de Cro-Magnon (20.000 años antes de Cristo) ya se cuidaba del enfermo y del herido (Gordon).

Fueron los primeros en no abandonarlos a su suerte, y tomar cuidado de ellos.

En la cueva de los Tres Hermanos, perteneciente a este tiempo, en los Pirineos, se encuentra la figura de un curandero con tales atavíos y en tal actitud, que indudablemente está exorcizando a los que le rodean. Debe tomarse en cuenta que en esta etapa de la edad de piedra el Hombre vivía en cavernas, no conocía la agricultura ni domesticaba animales y no tenía organización tribal. Eran grupos aislados que cazaban, pescaban y tallaban la piedra para hacerse instrumentos domésticos y armas. Indudablemente, para estos seres, las enfermedades eran producidas por malos espíritus y sus prácticas médicas, quirúrgicas y terapéuticas eran en función de exorcizar y no basadas en algo racional. Aun el concepto de la Divinidad es posterior a esta época. Probablemente la intuición y la observación de los animales fueron la base de sus prácticas médicas, aunque el *shaman* o *mago* las ejerciera como magia. Abrir un absceso, detener una hemorragia por compresión y aun la trepanación (que aún se practica entre los pueblos de tipo prehistórico), sacar una espina y sangrar fueron prácticas todas destinadas a luchar contra los malos espíritus que les atormentaban.

En esos rudos tiempos, en que la integridad física era indispensable para la lucha por la vida y en que todo, bueno

o malo, era regido por espíritus, el Hombre que podía atraerlos o rechazarlos era el mago, el curandero, el hombre más importante de la horda o el clan.

Tal vez en tiempos aun más remotos, cuando el Hombre-Antropoide, si así se le puede llamar, no había ni siquiera concebido la idea de espíritus malos causantes de enfermedades, sus primeras medidas curativas, puramente intuitivas como frotar sus miembros inflamados, lamer sus heridas o aplicar hojas frescas en sus partes adoloridas fue una cosa que

cada individuo hacía instintivamente por sí. Luego alguien, más hábil, habrá tomado a su cargo en la horda el cuidado de los otros llegando a ser venerado y temido por sus poderes.

¿Podríamos considerar esta primitiva medicina, en que un curandero aplica una fisioterapia y cirugía primitivas (ya que la terapia por drogas aún no existe) para exorcizar malos espíritus y en que sus poderes actúan sobre el paciente infundiéndole fe, como la más antigua antecesora de la medicina psico-somática?

S U M E R I A

La civilización más antigua de la Baja Mesopotamia, la de los Sumerios, aparece ante los ojos del historiador ya en plena evolución. La Mesopotamia, cuna de la humanidad, fue el escenario de una serie de civilizaciones avanzadísimas que se suceden unas a otras, mezclándose entre sí. De 5 a 4.000 años antes de Cristo, surge la aurora de la Historia con los Sumerios y ya para entonces simultáneamente, surgen las tribus errantes que fundan el Bajo Egipto. Para entonces, el hombre prehistórico ya conoce el lenguaje, el fuego, la escritura ideográfica y pictórica y los metales, ya hay jefes que se llaman reyes y una organización social que ha evolucionado de la horda primitiva, al clan, a la tribu y al pueblo; y ya conocen las drogas soporíferas, ya fabrican ladrillos y se inician en la agricultura. Todo esto lo revelan las ruinas sumerianas, anteriores a Ur de Caldea.

Medicina entre los Sumerios.

3.500 años antes de Cristo, el saneamiento ambiental está representado por

cloacas de aguas negras que las conducen a tanques callejeros, de donde eran removidas. Hay baños en las casas, hechos con ladrillos a prueba de agua y suficientes ventanas para la iluminación y ventilación.

Los médicos usaban sellos y en el Código de Hammurabi (2.000 años antes de Cristo) ya hay leyes que regulan la salud, haciendo hincapié en la higiene y la profilaxis. Ya los médicos se especializaban en cirugía y medicina general, y estaban en parte, diferenciados de los magos. Lepsius, citado por Gordon, después de estudiar tabletas de ladrillo grabadas, opina que la primera cultura médica se desarrolló en esa antigua región. Los médicos usaban sellos desde 3.000 años antes de Cristo.

Cuando ya en Babilonia y Nínive se establecen las civilizaciones que van desde Hammurabi (2.000 años antes de Cristo) hasta Nabonid (538 años antes de Cristo), estas civilizaciones heredan la cultura Sumerianas y Caldeas, compenetrándose con ellas. Hammurabi, con su Código, que se encuentra en la transición de

ambas civilizaciones ya establece regulaciones para el ejercicio profesional: “Por abrir un absceso a un caballero, 10 Shekels de plata. Si a un esclavo, 2 Shekels. Pero si el médico mata al caballero, se le cortarán ambas manos. Si es un esclavo el difunto, debe reponerlo con otro, y si el esclavo pierde un ojo, debe el médico pagar la mitad de su valor”. A pesar, como dice Guthrie, que dichas represalias deben haber contenido un tanto la ambición de los cirujanos de Babilonia, ya existía una profesión médica bien organizada. Esto se demuestra con una tableta encontrada, probablemente de origen Sumérico, que contiene el primer anuncio que un médico hace de su arte: “O’Edig, Mago, Servidor de Dios, Girra, quien socorre a las madres en el Parto, Ur Luglen-diad, el Médico es tu sirviente”. Vemos, pues, que los obstetras fueron los primeros en utilizar medios de publicidad para dar a conocer su especialidad.

El Médico en Babilonia

Al principio, la medicina y el sacerdocio estaban unidos. Luego, en tiempos posteriores (Gordon) aparece una casta seglar de médicos, diferenciada de la sacerdotal sin que esta última pierda su carácter médico. Los médicos seglares curaban por medios naturales todas aquellas dolencias causadas por lesiones y violencia; en cambio, el médico-sacerdote se dedicaba a las dolencias internas, causadas por malos espíritus o seres con poderes sobrenaturales como dioses, demonios, brujas, mal de ojo o estrellas adversas.

Pero aun el médico seglar no podía apartarse de las creencias de la época y

en su ejercicio profesional ponía tintes de magia y adivinación. El Médico-Sacerdote (llamado “Assipu”) y el Médico-Seglar (Asu) recibían enseñanza y en especial los sacerdotes médicos. Estos pertenecían a la más elevada casta y eran los intermediarios entre los pecadores enfermos y los Dioses que los castigaban o bien los Dioses que daban salud, en especial EA, Dios de las Profundidades y otros muchos, entre los cuales se destacan, *Ninurta*, Dios (o Patrono como diríamos hoy) de los médicos y su esposa Gula. El símbolo de Ninurta era la Serpiente. Los sacerdotes-médicos eran también astrólogos, ya que las estrellas regían el destino humano.

A cada signo del zodiaco correspondía un grupo de enfermedades. Tal era la influencia de la astrología, que se proyecta hasta Hipócrates, quien dice que “la astronomía tiene no leve sino que importancia esencial en el arte de curar” (citado por Gordon).

Herodoto, citado por Guthrie, da un dato interesante sobre el ejercicio profesional en Babilonia, fenómeno muy similar a lo que ocurre en nuestros días: “En Babilonia —dice— todo el mundo era médico por afición a tal punto que era costumbre dejar a los enfermos en la calle, para que si alguno de los transeúntes habían padecido de la misma enfermedad o conocía a alguien que la hubiera padecido pudiera dar su consejo”.

Los Asirios Babilonios regularon el ejercicio profesional y el cirujano o “Asu” estaba exento de la ley de “vida por vida” y sólo se le cortaba la mano si el paciente moría. Las tarifas médicas eran reguladas por la ley y no se podía cobrar si el enfermo no se curaba. La

ley ignoraba a los Sacerdotes-Médicos mensajeros de Dioses y Magos, a salvo de las consecuencias de sus errores por su carácter sagrado.

Los enfermos eran tratados en las plazas, igual que entre los hebreos y no eran llevados a los templos, como lo hacían griegos y egipcios. Los médicos de Asiria-Babilonia alcanzaron gran renombre en la antigüedad y era conveniente que cuando un soberano de un país amigo se enfermaba, recurriera al Rey de Babilonia solicitando los servicios de magos y médicos. Hasta los Faraones de Egipto, en más de una oportunidad, recurrieron a tal sistema, tal como lo hizo Amenofis IV, a quien fue enviada la estatua milagrosa de *Isthar* de Nínive, acompañada del médico de la Corte.

El Papel del Médico en el Antiguo Egipto

La historia de Egipto Antiguo, una de las más subyugantes de todas las de la antigüedad, se extiende por 4.500 años, a través de 26 dinastías, desde los Reyes de Menfis, que mantuvieron la supremacía del Bajo Egipto durante 6 dinastías, los Reyes de Tebas, que les suceden con 24 dinastías, con hegemonía del Alto Egipto, más 2 dinastías, la de los Reyes Sacerdotes de Etiopía y los Reyes del Sais, en la Región del Delta. Se inicia la historia de Egipto con el arribo de tribus errantes, salidas de la oscuridad de la prehistoria, raza cuyos orígenes son discutidos y las que algunos, como Maspero, creen de origen semítico y llegadas del Asia; en cambio los griegos les creían originarios del Sur, del Centro de Africa. Sean de donde fueren, estos hombres desarrollaron una civilización admirable

introduciendo la escritura, primero jeroglífica, luego en signos. Inventan el Calendario (4.200 años antes de Cristo), introducen el papiro en lugar de la tableta de arcilla y dejan construcciones monumentales que deben haber requerido un gran conocimiento de las matemáticas y de la ingeniería.

La ciencia médica en Egipto es tan antigua como el país mismo, (4,000 años antes de Cristo), el Rey Athotis, hijo del Rey Menes, fundador de la primera Dinastía, escribe un manual de Anatomía. Es el período de los Reyes-Médicos, el Rey Usaphais (3,100) se destaca en el estudio de la Angiología. Casti y Zoser, de la quinta y sexta Dinastías, fueron médicos notables y el último fue conocido por SA (curador y médico divino).

Los Reyes tenían sus médicos, quienes eran personas de gran relevancia en la corte, y eran honrados por sus amos.

La medicina, en Egipto, era una medicina eminentemente teúrgica, lo que se demuestra por el gran número de divinidades relacionadas con la Salud y la Ciencia de curar. Los más importantes eran:

That Dios de la Sabiduría. Curó a Horus de una picada de escorpión y especialmente era invocado para las enfermedades del ojo. Tenía cabeza de Ibis y se le atribuyó el descubrimiento del enema, debido a la observación de los hábitos de dichas aves.

Sekhmet era el Dios de los nacimientos.

Neith, patrona de los médicos y auxiliar de las mujeres en el parto. Traía la peste y expulsaba los demonios que poseían a la gente mientras dormía. Algunos la identifican con *Sekhmet*.

Isis era la diosa-hechicera y curaba por medio de encantamientos.

Ra, el Dios Sol, fue el descubridor de la medicina.

Lo curioso es que todos estos Dioses, y otros menores eran a su vez atacados por las enfermedades (Gordon). *Isis* sufrió de un absceso mamario. A *Ra* lo mordió una serpiente venenosa y fue curado por *Isis*. Horus padeció disentería. Los eclipses eran enfermedades de *Ra*.

Una cultura que relacionaba tanto la mitología religiosa con la medicina, tenía que reflejarse en el ejercicio profesional de dicha ciencia y los médicos pertenecían a la clase sacerdotal y la ciencia de curar era enseñada en las *Casas de la vida*, junto con otras ciencias, a los aspirantes al sacerdocio. Los maestros eran los sacerdotes ya iniciados, quienes jugaban el papel de Líderes en la vida egipcia, al grado de haber ejercido el Poder Real durante la 25 dinastía. Había afamadas escuelas Médico-Religiosas en Sais, Menfis, Tebas, Letópolis y ON.

La ciencia médica egipcia siempre fue Teúrgica y la intervención de los Dioses en las epidemias y enfermedades fue siempre directa.

No puede dejar de hacerse mención de la literatura médica egipcia. Aunque se han perdido gran parte de los papiros que contenían la sabiduría médica de la época aún se conserva el Papiro de Ebers, que no sólo es el libro de medicina más antiguo que conocemos (A. Joachini, citado por Guthrie), sino que es el libro de toda clase más antiguo que existe. En 110 páginas hay 900 recetas y data de 1,500 años antes de Cristo. Con cada receta da el conjuro que debe acompañarla y es un verdadero tratado de anatomía, patología, fisiología y terapéutica.

La medicina egipcia no alcanzó la al-

tura de la de Asiria-Babilonia, debido a que nunca se separaron la magia de la medicina. Sin embargo, en ciertos aspectos técnicos, tales como la conservación de los cadáveres, aún no han podido ser superados.

* * *

RESUMEN. Dejo a mi estimado Colega, Dr. Roberto Masferrer, la misión de presentaros el panorama de la medicina y del médico en otras civilizaciones antiguas, especialmente en Grecia y Roma, India, Japón y China, entre los Hebreos y los Persas. Pero para terminar, voy a exponer un breve resumen del análisis y exposición que hemos hecho en lo relativo a los Tiempos Prehistóricos Sumeria, Asiria-Babilonia y Egipto:

- 1º—El papel social de Médico (o más bien, del Curandero) en la prehistoria, sólo puede deducirse en parte, por la paleopatología y las pinturas de las cavernas. Métodos auxiliares son el estudio de las tribus primitivas actuales y del-folklore médico popular. El Curandero en esas remotas épocas fue mago y hechicero al mismo tiempo que bardo de la horda. Curaba por instinto y por imitación de los animales. Probablemente era temido por sus poderes e indudablemente la sugestión jugaba un gran papel.
- 2º—En Egipto, el médico era al mismo tiempo sacerdote y un gran líder social. Ejercía la magia. La medicina, absolutamente teúrgica, no alcanza la altura de la de los Babilonios y Asirios. Casi no hay Dios en la Mitología Egipcia que no tenga que ver con el arte de curar.

3º—La medicina en Asiria-Babilonia se divide, lo mismo que los médicos, en dos tipos: La medicina interna, religiosa, ejercida por médicos-sacerdotes y la Cirugía, ejercida por médicos —Seofares—. Desde el punto de vista científico racional, esta última marca un avanzado progreso sobre

todas las culturas médicas de la época.

Sólo me resta dar las gracias a la estimable concurrencia por su bondadosa atención y atenerme a su benevolencia para excusar las fallas de este modesto trabajo.

Arqueles Vela

OBRA DOCTA Y OBRA DE FANTASIA

Por DAVID VELA

En la hora del alba, después de vivir la noche del éxodo editorial, echando sus poemas por debajo de las puertas de los periódicos cerrados, Arqueles Vela se encaminó por "El sendero gris y

otros poemas", 1919-20, llevando en su alforja indecisa reminiscencias del modernismo de Darío, pereclitado hacia su eternidad, hundido en honda sima, es verídico, pero reposado en el fondo como un ojo de húmeda curiosidad, poblado de pensamientos ágiles como peces, ondeantes a la luz de la crítica meridiana; quien dejase caer allí una piedra, oiría una música abierta en ondas concéntricas y repetida por mil ecos, en las oquedades rocosas, asordinada sobre los musgos y líquenes, seguida en contrapunto por el rumor del viento en las frondas, medida por intensas fermatas de meditación, de exultación anímica y de melancolía. Darío, a pesar de la indiferencia de viajeros presurosos, o el descuido de viajeros ensimismados, seguirá siendo un pozo encantado, cuya hondura cósmica no puede sondearse porque nos distrae infantilmente —el arte es juego juvenil y primitivo— la imagen multitudinaria del universo y de la vida que juega en el espejo



ARQUELES VELA.—Retrato
Héctor Xavier

de la superficie, danzando al compás de una música Kaleidoscópica. Un gran poeta contemporáneo, Neruda —el Neruda anterior al verbalismo político y a las disonancias espirituales de un mentido arte de propaganda y de combate—, nos dijo una vez que pensaba apurar la esencia del estro dariano, como antes agotara la de Quevedo —oro puro del siglo de oro—, para transportar su enorme arsenal de pensamientos poéticos al tono de la sensibilidad contemporánea; y nos imaginamos al peruano desnudo a fuer de ser sincero (“por eso, ser sincero es ser potente, —de desnuda que está brilla la estrella, —el agua dice el alma de la fuente —en la voz de cristal que fluye de ella”, como dijo Darío), recogiendo en la playa nicaragüense una caracola irisada, para escuchar el rumor del mundo en el corazón petrificado en la emoción: el corazón de Darío.

También llevaba Arqueles en su bagaje los juegos escépticos y autoanalíticos de los decadentistas, las negaciones iconoclastas de Dadá y las primeras claves de la insurgencia vanguardista de la post-guerra, que a través de los montes aplanados, de los lagos incendiados, de las ciudades ciegas y sordomudas, de los ejércitos de cruces supervivientes en los cementerios, apiñaba la angustia y la esperanza, como al final de un ciclo maya, aguardando que esparciera sus tenues luces otro amanecer, aunque siguieran cantando pájaros de fuego en los árboles de nudoso, de retorcido y seco suicidio de una *volta* dantesca. Era la hora de llevarse el Quetzal en el pecho —no de arrancárselo de él, para realizar una íntima vocación de vagamundos y una voluntad indomeñable de mendigar pensamientos, sentimientos, en las puertas de las ciudades de rancia tradición, en las ciudades ardidas de nueva fiebre, en las atónitas aldeas; cuando estaba racionada la solidaridad humana y el hombre, redescendido del mono, no sabía lo que quería, pero se alzaba en dos patas, firmemente seguro de lo que no quería. Toda la humani-

dad podía llorar el verso de Darío, porque el divino tesoro de la juventud alondra se había ido para no volver, disecada entre la catedral y las ruinas paganas, donde ya nadie atisbaba para sorprender desnuda a Anadiomena.

También llevaba Arqueles una gota del amargo ajeno del pobre Lelián: el batallón de la pobreza uniformada de harapos, el olor cómplice de los hospitales, las gesticulaciones y los gritos del manicomio humano, la ciencia carcomida de dudas y contradicciones, y el espíritu avergonzado, como un murciélago a plena luz. Arqueles no sabe el porqué de existir; pero tiene un vago presentimiento de su destino: vagar... Irá por la calle desierta, entre el ulular del viento, chafando hojas secas o sobre nieves cegadas por el sol; ni siquiera sabe dónde podrá enterrar a su corazón... mas en la soledad, sin pedirle nada a la vida, extraviado en las veredas brumosas del paisaje, tiene un impulso vital generoso, capaz de hacer rebotar su corazón como una pelota o de quemarse las manos haciendo malabares con las palabras para divertir a un niño a la vera del camino; desnudo de frío, macilento de hambre, como un árbol seco en los jardines del invierno, canta un risueño en su noche y se desmereza imitando el vuelo de la alondra por la mañana, porque se ha hecho inmensamente rico: su tristeza está hecha de todas las tristezas...

Ese libro se imprimió en México, por el tiempo en que buscaba calor para su inquietud intelectual en los cenáculos, donde a veces se engríe cada quien ingenuamente en torres de marfil o de cristal; o en los corrillos de la esperanza humilde, donde se beben palabras con alcohol; su juicio enaltecedor de los demás, su voluntad de comprensión y una fecunda solidaridad, dispuesta a reconocer la razón de los otros, ya seguro de que la razón no existe, le dio un poco de seguridad en sí mismo, modestamente oculta en el rictus sonriente de la bo-

ca, bondadosa ironía sólo manifiesta a veces en el desenfado para jugar con las palabras —así irritase a la señora Academia—, retraído bajo los mechones negros caídos en desafío sobre la frente y los bigotes sin atusar, decididamente rebeldes. El libro quedó incompleto siempre, pues ya no encontró manos para ordenar —ni editor— su promesa de declamar en el tinglado de la vanidad sus "Poemas Inútiles", que se quedaron en sus entrañas, como hijos no nacidos, sorbiéndole la vida y dándosela a la vez, con carreritas y voces infantiles en los hontanares de su ser. Tampoco llegó a compaginar los "Cerebros de México", que guardó como un coleccionista de cabezas disecadas, algunas reducidas por el tiempo jíbaro, otras ahuecadas por aires de petulancia, o roídas por pensamientos gusanos; algunas hermosas siempre, con luz interior bajo el invierno canoso de la experiencia.

Entonces hizo eclosión el *estridentismo*. Se ha dicho que el libro de Maples Arce "Andamios Interiores" fué el Adán de dicho movimiento literario —niño precoz hasta para la muerte—y que la novela de Arqueles Vela "La Señorita Etcétera" fué la Eva; esos libros hubieron larga prole como patriarcales guías: "El Pentagrama Alegórico", de Salvador Gallardo; "Esquina" y "El Viajero en Vértice", de German List Arzubide; "Avión", de Kin Taniya (Luis Quintanilla); "Urbe", de Maples Arce; "Un Crimen Provisional" y "El Café de Nadie", de Arqueles Vela; los poemas de Pedro Echeverría; los cuadros y retratos de Ramón Alva de la Canal; Las Danzas de Zegri; las fotografías de Tina Modotti y Edward Weston; las máscaras, proyectos urbanísticos y esculturas de German Cueto; los dibujos de Roberto Rivera y Leopoldo Méndez; los cuadros de Rafael Sala, RAC, Emilio Amero, Fermín Revueltas, Xavier González, Leopoldo Méndez y Máximo Pacheco; y tanto y tantos más...

Los miembros de la Academia montaron guardia de día y de noche, en

turnos espantados; las costumbres salieron a gritar su honestidad a la calle; en las ventanas asomaron los pechos mil íntimos pudores; las autoridades pensaron en una restricción de garantías; los turistas abrieron intensamente los ojos y la boca; se pensó en resucitar el santo oficio de la Inquisición. El manifiesto estridentista, sus desordenadas llamadas al orden, los chubascos intelectuales —la silla eléctrica para Chopin, el erasmico elogio de las malas palabras para salir de la locura, violación de la mogigatería...—, alarmaron al Distrito Federal y crearon la primera guerra de nervios en Puebla, donde las paredes se llenaron de carteles sospechosos, que no contenían la amenaza real o acostumbrada. Algunas mujeres prestaron sus cabellos magdalénicos para adornar con banderas olorosas la insurgencia; las que no existían más que en la fantasía, como mujeres soñadas, fueron rematadas en la almoneda de los incubos por Arqueles Vela, y todos hicieron posturas y cada quien tuvo con quien soñar en su soledad.

El centro de operaciones fué El Café de Nadie, revestido de espejos, de humo y de profundo silencio; allí podían callar todos al mismo tiempo, sin las interferencias molestas del inesperado acuerdo; la cortésia vulgar llegaba algunas veces a sentarse inútilmente a sus mesas, como una mujer asueñada, en busca de hombre para pasar la noche; los teorizantes pagaban su café y se iban sin tomarlo; cuando se apagaban las luces y las sillas se montaban sobre las mesas, todos esperaban el milagro inconfesado: los poetas serían millonarios y se levantaría la Urbe, Estridentópolis, con un templo erigido a la verdad, donde la vida sería claramente insoportable. La primera tarde del movimiento estridentista, como el silencioso *five o'clock tea* de los ingleses, dio ocasión para que Arqueles Vela disertara sobre El Café de Nadie —y lo hizo en un libro—; Maples Arce, List Arzubide, Gallardo, Rivas, Aguillón Guzmán y

Ordaz Rocha compusieron poemas; Revueltas, Méndez, González y Charlot expusieron sus cuadros; German Cueto hizo llorar y reír a sus máscaras; todo a descompás de una música estridentista; fué un éxito porque no vino nadie a interrumpir la actividad cerebral de los inconformes. Ya no llegó a publicarse el diario ARQUELES, que amenazaba con el amarillismo de su nombre, y el estridentismo, afirmado en varios números de su revista IRRADIADOR, fué enterado por última vez en 1925, mientras Arqueles Vela hacía "Un Viaje Redondo", deseoso de conocer el torbellino descendente del maelstrum; así se hundió en las grandes ciudades de Europa y en el pequeño corazón de los hombres.

Un afán de servicio, calentado y enfriado en muchos solsticios y equinoccios, lo llevó a las aulas, y extendió su docencia a la redacción de libros serios, como complemento de sus escritos periodísticos; por ejemplo, insatisfecho con el fracaso económico de la revista IMAN, que era voz hispanoamericana en París, convenció a un muerto, Emilio Faguet, para componer un librito de "Iniciación Literaria", para reunir en 214 páginas la inquietud literaria de todos los tiempos, desde las prédicas de tolerancia de Confucio hasta las intenciones de avasallamiento mundial de Hitler. Los cursos de extensión universitaria lo movieron a escribir la "Historia materialista del arte"; la "Evolución histórica de la literatura universal", 437 páginas; su "Literatura Universal", 578 páginas; "El arte y la estética—Teoría general de la filosofía del arte", 268 páginas; "Teoría literaria del modernismo—Su filosofía, su estética, su técnica", 368 páginas; los "Fundamentos de la Literatura Mexicana", 120 páginas; los "Fundamentos de la historia del arte", 192 páginas.

Tal actividad no le dejó tiempo para satisfacer un capricho personal: refundir las crónicas que publicó bajo el seudónimo de Silvestre Paradox, cuando era jefe de redacción de la revista "El

Universal Ilustrado", y entre meditaciones y clases, prolongadas durante las vacaciones por gentileza y sentido de responsabilidad docente, mantuvo ahorrada a su fantasía y archivado el coitejo de su sensibilidad con la vida. Muchos de sus amigos literarios han dictaminado que Arqueles debería escribir simplemente lo que habla, o escribir su biografía para enseñanza de caminantes.

En 1943 accedió a tales instancias y acaso a recónditos requerimientos, al publicar sus "Cuentos del Día y de la Noche" 240 páginas—, con reminiscencias de cosas oídas o vistas —tal vez también de unas cuantas cosas vividas— en odres viejos de psicología, con un estilo muy personal, para revivir el gusto de la primitiva literatura narrativa. Aunque la vida está hecha de días y de noches, y los sucesos se presentan vestidos de brillante luz o entre luctuosas sombras, pero siempre misteriosos, enmascarados de realidad, atados por hilos tenues, por hilos invisibles, a sus propias causas; ya huidizos, como arrastres en la selva, ya proyectados valientemente sobre nosotros, como tentáculos tentadores; ya sueltos en su nativa originalidad, ya colgados de otros, en larga tradición de colas prehensiles; a pesar de todo eso, el nombre del libro se encontró de cuclillas en los zocos en donde el narrador de turbante y de turbante presencia, habla desde las profundidades del tiempo, hechiza con sus palabras de música popular, como quien encanta a la misma serpiente de la curiosidad, hace el juego mágico de lo que fué y se agosta, y lo que pudo ser y queda inminente, tal en los cuentos de las mil noches y una noche, inconclusos mientras exista un hombre que se siente en el ruedo del "han de estar y estarán"...

Si fuese necesario clasificar con crueldad de entomólogo coleccionista los cuentos de Arqueles, satisfaciendo la manía erudita que registra el género, la orientación y el estilo, diríamos que son

de intenso surrealismo, escritos con la misma libertad con que corre la vida, por anchos y estrechos cauces, remansada en ternura o apresurada en rocosas violencias. El relato parece artificioso, por su propia naturalidad; acaso el recuerdo de las cosas pensadas, de más permanentes perfiles; sin embargo, los cuentos tienen una hechura literaria palpable, porque este diablo cojuelo no se queda en la picaresca que levantaba los techos y las ropas de las gentes para verlas en su intimidad, asoma más bien por las ventanas de las almas y enciende las penumbras interiores para ver los retratos que desvisten los muros de todo pudor, sorprendiendo en su mayor descuido posturas y gestos que no salen a la sociedad, ausculta sentimientos e impulsos retraídos del trato humano, por humanos precisamente; se sienta en las sillas rotas, jamás ofrecidas a las visitas, y en la camas aun impregnadas de pensamientos nocturnos, con paciencia psicoanalítica; cuenta luego las cosas sin querer, como para ocultarlas o para desprendérselas, aunque nos dé la impresión de que practica groseramente un deshauco de almas y amontona en la calle los muebles y efectos de una vida, particularmente los que faltan, los que sólo corporizan la ambición y la esperanza.

El respeto al idioma le impide recoger las palabras, para usar únicamente las más propias, las que siempre se tienen a mano; y en la acción tampoco rinde pleitesía a la farsa, porque la vida tiene suficiente dramatismo y desnuda gracia. No hay mala intención hacia los otros, ni el menor regodeo personal; además, como ha dicho Francois Mauriac del novelista y el dramaturgo, sería imposible, más que ridículo, que el autor quisiera mandar sobre sus personajes, que tienen vida propia y actúan y reaccionan espontáneamente, como esencias humanas, en las que se magnifica algún modo, algún impulso naturales, y se agranda o minimiza alguna peripecia del ser, alguna trama seleccio-

nada en el diario acontecer del día y de la noche.

Arqueles Vela nos da ahora una novela "La Volanda" —simple nombre volandero—, cuya tesitura y estilo continúa y condensa los de sus cuentos. Está escrita con juvenil alegría, con una condescendencia comprensiva, con garbo mental y fácil pluma, mojada en las aguas bullentes de la vida, ondeada de reminiscencias. Los académicos fruncirán el ceño por las libertades idiomáticas que se vio precisado a tomar el escritor y más por los juegos de palabras, intencionales, verdaderos diacríticos intelectuales para responder con fidelidad a los secretos que la existencia confía a la luz meridiana en las cuatro esquinas de la diaria actividad social, porque la vida —localizada en no importa qué parte—, con intemporal pujanza, es el protagonista proteico, que llora entre las crenchas de una mujer, sube la sangre al rostro de los coléricos, renguea ilusiones y desgracias entre los pepenadores de basura, alienta dúplices impulsos, tiernos o asesinos, produce nobles figuras políticas y risueños histriones y, permanentemente, cae y se levanta en sucesión de éxitos y fracasos.

Sin duda corre gran amargura por estas páginas despreocupadas y algunos hechos y caracteres se dibujan con nerviosos rasgos de apresurado caricaturista; pero no hay acrimonia; la suave crítica jamás se acerca a los planos recalitrantes de la censura; ni el moralista miope ni el malicioso encubridor asoman su preocupación y propósitos convencionales. Ciertos pasajes de la vida cívica de México aparecen en forma esquemática, vistos por dentro con delectación anecdótica, para que no absorban los motivos de la novela sino concurren, como incidentes de la vida, a decorarla o desnudarla, sin alterar sus formas eternas y sus cambiantes valores, eximidos de toda culpa en el proceso del relato.

Arqueles ha hecho una original novela, tan sólo juntando recuerdos y en-

contrándolo todo bueno y gracioso, en su prístina naturalidad; si ríe a veces, ante la comicidad de la acción, nunca rebuscada, lo hace con paternal complacencia; y si expone lacerías y ver-

güenzas, con suma objetividad, no se indigna ni se duele; probablemente piensa que de todas maneras vale la pena de vivir la vida y que todos los hombres están tocados por la gracia.

Recuerdos de las Naciones Unidas

(Anécdotas de Vishinsky)

Por ALFREDO MARTINEZ MORENO

Centenares de delegados, empleados y visitantes, conversando en una infinidad de lenguas y dialectos, recorrían los pasillos y ocupaban los salones de la antigua sede de las Naciones Unidas, en Lake Success, Nueva York, en las postrimerías del año 1949. Era aquello un verdadero enjambre humano, que lo hacía pensar a uno en los tiempos bíblicos de la Torre de Babel. Por lo menos, esa era la primera impresión que se recibía al visitar el edificio principal de la Organización Mundial, pero pronto se daba uno cuenta de que la confusión de lenguas era sólo aparente, pues en verdad privaba allí un auténtico sentimiento cosmopolita, una aspiración común y ecuménica de lograr un entendimiento internacional.

Ese espíritu de confraternidad podía constatarse al caminar por los corredores del mencionado edificio y ver a un elegante delegado inglés, impecablemente vestido, en amena charla con un barbudo representante de Yemén, luciendo su pintoresco traje del desierto y su alfanje con pomo de pedrerías, o a un modesto empleado latinoamericano de la Organización pasar del brazo de una bella hindú, con su lunar en la frente, signo inconfundible del abolengo de casta.

Ese era el ambiente en que se iban a desarrollar los debates de la Cuarta Asamblea General, y a pesar del optimismo que dominaba en aquel momento, el espectro de la guerra fría estaba presente por doquier. Las grandes potencias habían enviado a

Los más distinguidos estadistas. Allí estaban Ernest Bevin y Héctor McNeill del Reino Unido; Dean Acheson, Warren Austin y Phyllip Jessup de los Estados Unidos de América; Robert Schuman de Francia; Andrei Vishinsky y Jacob Malik de la Unión Soviética. Los temas del programa de trabajo, en la esfera política, abarcaban no sólo los casos de China y de las antiguas colonias italianas, el problema de los miles de niños griegos llevados por la fuerza a los países vecinos, el asunto de la internacionalización de Jerusalem, con su corolario de diferencias entre los árabes y los israelíes, sino también el punto crucial en la pugna actual del mundo: el tema del mantenimiento y de la consolidación de la paz.

Este último punto del temario era el que más interesaba a los delegados soviéticos, que aspiraban a convertir el más alto foro del mundo en tribuna de propaganda. Ellos habían pedido su inclusión en la "agenda" y se habían preparado para sacar el mejor provecho del debate. Inició el fuego del ataque el brillante Delegado de Ucrania, Manuisky, antiguo menchevique moderado convertido a última hora en fiero bolchevique. Luego de hacer la apología de la paz, el elogio del sistema comunista y la crítica del capitalismo, como era costumbre entre los representantes del bloque soviético, se dedicó a condenar, con todos los medios que su elocuencia le permitía, a los "provocadores de la nueva guerra". Siguió luego el as-

tuto Delegado de Polonia, Julius Katz-Suchy, quien repitió los consabidos estribillos contra el "imperialismo de Wall Street", el "gobierno monarca-fascista de Grecia" y la "camarilla del Kuomintang". Las furiosas diatribas soviéticas fueron continuadas por el delegado de Bielorrusia, para proseguir en boca de Vladimir Clementis, el infortunado Ministro de Relaciones Exteriores de Checoslovaquia, quien sabiéndose en desgracia, se esmeraba en complacer a su amo Vishinsky lanzando toda clase de mandobles vocales contra los gobernantes de los países occidentales.

Vishinsky, el temible fiscal de las "purgas" del Partido Comunista Ruso, se había reservado para dar remate adecuado al plan de propaganda. Era Vishinsky un hombre de baja estatura, de cabello blanco, la tez también muy blanca, que se tornaba roja, como su ideología, a medida que avanzaba en la exposición. Tenía una figura sumamente agradable, que a primera vista podía confundirse con la de un patriarca, figura que no correspondía a su temperamento frío, calculador, férreo. Nunca he conocido a un hombre que reuniera en sí tantas condiciones como orador y polemista. A su voz fuerte y clara, que hacía temblar a veces a su oyentes, se unía una especial facilidad para lanzar, en forma de catarata, las ideas que surgían de su cerebro privilegiado y unas dotes únicas para tergiversar los hechos y para fundamentar en sofismas difíciles de vislumbrar los temas de su

argumentación convincente y aparentemente lógica. A estos recursos había que agregar su vasta erudición, enciclopédica, que lo facultaba para defender o atacar con brillantez cualquier posición difícil, desde una tesis marxista hasta los principios del romanticismo o la ciencia de los átomos. Conocía a perfección el arte de la polémica: sabía cuándo interrumpir a los contricantes, aunque fuera violando el reglamento de los debates, cuándo hacer uso del humor o de la sátira y cuándo ensañarse contra un pobre oponente que había osado referirse con desdén o agravio al comunismo internacional. Daba a veces la impresión de estar convencido de lo que afirmaba, y al cambiar súbitamente de opinión, el cinismo le brotaba a flor de labios. Por consenso casi unánime de los delegados que lo conocieron y lo vieron actuar, fué uno de los más grandes diplomáticos y hábiles polemistas que han existido, un hombre que indudablemente estaba tocado por los destellos del genio.

El delegado ruso, como lo dije anteriormente, se había reservado para el final, para el golpe de gracia de la campaña de propaganda, y sin duda alguna logró su propósito. Habló con vigor y mímica durante tres horas, tres horas de tensión en que sólo se oía la voz agitada de los traductores, tres horas en que la representación máxima de la elocuencia eslava, valiéndose de todas las artes de la oratoria y de la persuasión, trató de convencer a la opinión pública mundial sobre la pureza de intencio-

nes de la política soviética y sobre la perfidia de las democracias occidentales. No hubo un solo delegado, ni aun entre los más enconados adversarios de Vishinsky, que no reconociera que su discurso había sido una pieza magistral, de profundo contenido humano.

Tocó responder, en carácter de legítimo contradictor, al eminente parlamentario inglés Héctor McNeill, hombre de amplia experiencia diplomática, formado en las lides de la Cámara de los Comunes, cuyo asiento estaba contiguo al del delegado ruso. Improvisando la contestación, el tema de su brillante discurso se limitó a expresar lo que estaba en las mentes de la mayoría de los delegados: completo escepticismo sobre los propósitos pacifistas de la Unión Soviética. Para expresar la idea de que nadie creía en los cantos de sirena que acababan de escucharse, inició su alocución, si la memoria no me es infiel, en la siguiente forma:

“Señor Presidente, señores delegados: *El Profesor Vishinsky* (el delegado ruso sentía fobia hacia los profesores y reiteradamente había expresado su criterio al respecto) acostumbra siempre ilustrar sus interesantes discursos con anécdotas, chascarrillos y parábolas. Yo, como buen discípulo del *Profesor Vishinsky*, para expresar gráficamente mi punto de vista, voy a relatar un cuento del fabulista ruso Krylov, escrito en 1860.

“El cuento se inicia como toda relación de este género: había una vez, en el reino animal, una víbora temi-

da por todos los demás miembros de la fauna (volviéndose hacia su vecino) —dejo al señor Vishinsky que interprete quién es la víbora— y que, por fama de su perversidad, se encontraba sola en la floresta, pues ningún animal se atrevía a acercársele por temor a sus venenosos colmillos. El reptil languidecía en aquella tremenda soledad y desesperado decidió recurrir a Belcebú, ofreciéndole su alma a cambio de la voz del ruiseñor, en la esperanza de atraer hacia sí, con voz tan melodiosa, a algunos habitantes del bosque, o por lo menos a un pájaro cantor. Belcebú accedió y de pronto se escucharon en la selva trinos dulcísimos y cantos arrobadores. Todos los animales se sintieron extasiados con aquella música que les parecía celestial pero sin embargo, cautelosos, se mantenían a prudente distancia de la víbora, y ésta, exasperada por actitud tan poco amigable, increpó a uno de ellos inquiriendo si su voz no era de su agrado. “Claro que sí”, fué la respuesta, “tu voz nos encanta, nos deleita, nos hechiza, y aun nos conmueve, pero no te creemos, víbora, mantente lejos, mantente lejos...”

La carcajada general que se escuchó en el Comité Político de la Asamblea General fué cortada de un tajo por la voz vibrante de Vishinsky solicitando un punto de orden y solicitando la palabra, a la que naturalmente no tenía derecho todavía, pero que el Presidente del Comité, Lester Pearson, de Canadá, siempre complaciente, se la concedió.

Rojos de ira, pero seguros de sí

mismo, el delegado ruso respondió sin titubear un momento a su colega inglés en una forma que es significativa de sus grandes facultades como parlamentario. Dijo más o menos así:

“Señor Presidente, señores delegados: El discípulo McNeill nos acaba de referir un cuento muy interesante. Me agrada sobremanera que para ilustrar su opinión haya citado el cuento de un escritor ruso, pues indudablemente los escritores rusos son superiores a los ingleses. Lo malo con el discípulo McNeill, lo que lo hace ser un alumno tan poco aventajado, es el hecho de que desconozca el resto de las fábulas de Krylov, pues éste, allá por 1861, escribió la siguiente:

“Había una vez, en el reino animal, una víbora temida por todos los demás miembros de la fauna. Recalco, temida por todos... Pero es el caso de que la víbora no estaba sola en la floresta, sino que había allí también un calumniador (volviéndose hacia su vecino) —dejo al señor McNeill que interprete quién es el calumniador—. La víbora y el calumniador se enfrascaron en una discusión, sobre sus respectivos méritos, la cual tornóse violenta, pues ambos reclamaban para sí el derecho de ocupar el primer lugar, decidiendo finalmente someter la controversia al juicio arbitral de Belcebú. Este accedió a dirimir la disputa y luego de estudiar a conciencia el problema, emitió un laudo tan apegado a la verdad que en todo el bosque se escuchó como trinos dulcísimos o cantos

arrobadores. Dijo Belcebú, en tono severo: víbora, tu ponzoña es venenosa, tu herida es mortal, pero tú, siempre que puedes, atacas de frente, a plena luz del día; en cambio tú, calumniador, te escondes en las sombras de la noche para atacar a traición, en la oscuridad, en las tinieblas... Y desde entonces, señores delegados, el calumniador está de primero... no en la floresta, sino en el infierno.”

Réplica tan ingeniosa, rápida y contundente, hizo reconocer hidalgamente al delegado inglés, al volver a hacer uso de la palabra, que “en la historia de la diplomacia moderna, no ha habido un ruiseñor como el Profesor Vishinsky.”

El debate prosiguió por algunos días y en él intervinieron varios de-

legados de menor categoría intelectual, y al ponerse a votación el proyecto de resolución ruso, el delegado de Argentina, doctor José Arce, irritado por la insistencia de Vishinsky de que la moción se votara párrafo por párrafo, y aun línea por línea, lo que prolongaría indefinidamente la discusión del tema, al ser llamado a votar en forma nominal, tomó el micrófono en la mano y pronunció el adverbio que casi siempre está en los labios de los representantes soviéticos, un sonoro *nyet*, su voto negativo en ruso. Pero Vishinsky, que se encontraba ese día de buen humor, al tocarle el turno de votar en nombre de su delegación, se inclinó sonriente hacia el micrófono y dijo en claro y rotundo español: *sí*.

AL PIE DE LA CIUDAD

Por MANUEL MEJIA VALLEJO

—Trae la cabra, muchacho! —se oye una voz que rueda hasta el cauce lleno. Y otra voz, ahora infantil, sube tropezando por los barrancos:

—¡Ya voy!

El niño soba con la palma de una mano los ijares del animal, cuyos ojos lamen con suavidad las cosas, largo rato. Su paso trepa los riscos, y la ubre roza las hierbas untándolas de leche y vaho tibio.

En un descanso de la loma se detiene la cabra para comer hojas de una rama. El niño aguarda a que los belfos escojan los retoños recién brotados para que ella rumie después mientras la ordeñan. Siempre fué así. Y más ahora, cuando el rental murió ahogado al arrastrarlo las aguas crecidas por el invierno.

—“Estas lluvias nos favorecerán” —había dicho el padre, días antes. “Las corrientes arrastrarán mercancía, y podremos sacarla cuando baje el cauce”.

Así dijo el padre, y el niño saldría con él a buscar baratijas entre las piedras y en los hoyos de los desagües. También asegurarían los enormes canastos que sirven de cernidor. Luego, en el fondo, hallarían lo que una ciudad grande tiene para perder: monedas que caen a los transeúntes por los enrejados de las alcantarillas, anillos, o aretes, o prendedores que dejan ir por lavamanos y baños las señoras. En una ocasión, él, mientras arreaba la cabra, encontró una piedra fina que dio de sonreír al padre. Desde entonces ejercieron con mayor empeño la profesión de buscadores de desperdicios. Por eso el padre estuvo alegre con las lluvias torrenciales, y exclamó: —“Cuando merme el raudal hallaremos buena mercancía”.

Pero el niño estuvo triste porque ese raudal ahogó al cabrito, y ahora las ubres revientan de leche sin el espumoso afán de aquella trompa punteada. Por eso ahora quiere más a la cabra y siéntese un poco hijo de ella. A veces mascaba hierba y caminaba en cuatro patas, y arrimaba el rostro a la ubre deseoso de balar para decir al animal que se sentía en algo hijo de él y así consolarlo por el recental muerto en los desagües crecidos.

Cuando la cabra termina de mascar las hojas de la rama, vuelve su cabeza para mirar suavemente al niño. El niño se llena de ternura, y acaricia a la cabra bajo los ijares. La cabra permanece quieta, asequible su posición junto al niño. El niño se le arrima y habla en lenguaje inventado por él, mitad voz, mitad balido. La cabra mira barranco abajo, hacia los desagües, con mirada que apacigua la loma. El niño recuesta su cabeza en los ijares. Son tibios y se hinchan con la respiración apacible. Una mejilla da a la ubre y la salpica la leche al gotear de las tetas blandas. El niño sonríe al calor de esas entrañas, pero se entristece al recordar al cabrito ahogado en los desagües. Le gustaba verlo raboteando alegremente aferrado a los pezones henchidos. Y cuando su padre le dijo: —“El cabrito se ahogó en El Río”, él lloró, y fue a buscar inútilmente el pequeño cadáver, como hacía cuando, con su padre, iba a buscar alguna joya, o monedas en el fondo del cauce y en los pedregales orilleros.

De los desagües para arriba quedan los barrancos. Y cauce arriba, tras los barrancos, está la ciudad. Para él, ciudad es edificios altos, mucha gente, muchos carros. A veces acompañaba a su padre cuando éste subía a vender el producto de su trabajo: un anillo, chispas de arete, eslabones de cadenas de oro, medallas descortadas. Los compradores miraban con desconfianza, y, sin muchas preguntas, de mala gana, pagaban a su padre con qué obtener un par de pantalones, dos o tres libras de carne y arroz, unos kilos de frisol y maíz.

—“Por aquí se van las monedas cuando la gente las pierde” —explicó cierto día su padre señalando una reja de la alcantarilla. Sabía que al llover, el agua arrastraba por los caños tales objetos. Por eso comprendió la alegría de su padre, cuando dijo:

—“Estas lluvias nos traerán buena mercancía”.

Pero también sintió ira dolorosa porque esas lluvias, al aumentar el caudal, habían ahogado al cabrito, y ahora la leche rociaba las malezas, y la ubre se veía sola sin aquella trompa punteada. Sin embargo, a su manera quería esas aguas turbias que venían de tantos rincones de la ciudad y traían baratijas u objetos finos para la familia. El mismo ayudó a su padre a cavar nuevos canales, zanjas cruzadas; así podían hurgar en el fondo y sacar todo lo que relucía. En ocasiones era necesario atarse pañuelos a la nariz, pero de esa brega dependían todos, no sólo su familia, sino otras cuyos ranchos trepaban por los barrancos hasta mucho más abajo de la ciudad. Era un trabajo honrado y difícil. Otros robaban. Es verdad que a veces, cuando hundían sus pies en las aguas sucias, sentían vagamente que eran desperdicios de la ciudad, que de pronto salían al aire de las alcantarillas,

que rodaban botados a la inclemencia de los barrancos. Arriba estaba la ciudad, ellos más abajo, arrojados por ella. Sin embargo, la ciudad daba de comer, daba trabajo, y no la maldecían. Pero el mundo del niño eran los matojales de la loma, esos deslizaderos de tierra amarilla, y su cabra. Antes también era el cabrito. Pero el cabrito desapareció en una de las zanjas que labrara con su padre en el desemboque de las aguas negras.

Era una labor dura y honrada. Sin embargo, nunca decían que trabajaban en eso. Algo les hacía callar. Únicamente lo comentaban entre las familias que vivían en los barrancos, en la tierra de nadie, abajo de la ciudad. Su familia y otras más. —“El Río”, lo llamaban. Si alguien decía: —“Aguas negras”, guardaban un silencio enojado. Nunca hablaban de las rachas insufribles que a veces traía el viento. Esa corriente era “El Río”, y de él vivían, y a sus orillas crecían matas fértiles. Allá arriba estaba la ciudad. Acá abajo estaban ellos, y vendían después, allá arriba, el producto de la búsqueda incansable entre las aguas y en las piedras ribereñas.

—¡Apúrate con la cabra, muchacho! —le repite su padre desde el patio de la casucha, encima, a mitad de la falda.

—¡Vamos ya! —contesta despejando su cabeza y su rostro de los ijares y de la ubre. La cabra mira a los desagües y bala con ternura, su cabeza extendida hacia la ausencia del crío. El niño dice: —“Se ahogó el cabrito allá en las zanjas que yo y mi papá hicimos. Se lo llevaron las aguas crecidas, por eso estás sola, sin el crío” —y vuelv e acariciarle la ubre, sintiéndose otra vez algo hijo de ella, un poco recental con ganas de leche. Entonces arrima su boca a una teta y empieza a chupar. La cabra se deja, y aparta los remos traseros para dar más libertad a la ubre y al niño. La leche fluye tibia y amorosa del pezón, resbala por las comisuras. Es sabrosa la leche de cabra, suave la ubre plena, amables los ijares que se hinchan dulcemente con la respiración. Ella permanece inmóvil, otra vez madre de un pequeño ahí, aferrado suavemente a la ubre llena de leche.

La voz del padre se deja oír, brava, allá sobre el barranco:

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Traes la cabra, o bajo yo?

—Voy, papá. ¡Ya vamos! —responde el niño, irguiéndose y azuzando delicadamente a la cabra que reemprende camino hacia el estrecho patio de la casa.

Así sucedió meses atrás. Porque un día la cabra apareció mascando hierbas de la loma. —“Mire lo que encontré en los desagües” —dijo en ese entonces el niño cuando llegó a la casucha empujando al animal. Pensaba que era un ternero barrigón, manso y un poco extraño.

—“Es una cabra. La perdería su dueño” —dijo el padre; “en cualquier rato viene a llevársela, o ella misma regresará”.

Desconcertado, el niño giró su cabeza de la cabra al padre, del padre a la cabra.

—“Le pediré al Niño Dios una cabrita igual” —dijo, pero rectificó, insinuando otra posibilidad:

—“Mejor, pediré al Niño Dios y a Papá Noel dos cabras para el que la perdió, y así me quedo con ésta. ¿No te parece?”

Era un trato justo. El padre no quiso decir nada. Vio a su hijo salir abrazado al animal, que parecía a gusto con él, y tomando pala, azada y canastos, se dirigió a los desagües.

Toda la tarde pasaron juntos cabra y niño. El niño miraba azorado a los rodaderos de gente por si el dueño volvía. —“De noche no vendrá” —se tranquilizaba, pero temía que el animal se perdiera en la oscuridad, barrancos abajo, o regresara al sitio de donde vino.

Se rascaba la cabeza sentado en una piedra, hasta que se vació la oscuridad y él mismo formó parte de la noche. Cuando volvió a la casucha, la madre estaba inquieta. Y el padre. El niño también, con aire de culpabilidad. Nadie dijo nada. Después el niño se revolvía en su rincón, bajo la colcha de retazos, sin conciliar el sueño. Algo le remordía. Al fin, ya muy entrada la noche, preguntó a su padre:

—“¿Se embravaría Dios si yo amarrara un lacito a la pata de la cabra?”

—“No se embravaría Dios por eso”.

—“¿ Y si también amarrara el lacito a una estaca?”

En medio de la oscuridad de su cuarto, el padre imaginó a la cabra allá abajo en la loma, imposibilitada para huir; entonces sintió ganas de llorar. Sólo dijo, abiertos los ojos al techo:

—“Dios no se enojaría, muchacho”.

Y nunca averiguaron de dónde vino la cabra. Simplemente un día apareció mascando ramas en los barrancos, y se quedó en la familia.

En lo alto, contra el cielo gris, se destaca la figura del padre: alta, flaca, impresionante. El sombrero de paja oscurece el rostro y mancha de sombra la camisa remendada. El hombre —lo sabe el niño— ha estado huraño desde la víspera, cuando llegaron de la ciudad unos agentes. Alegó, protestó, rabió hasta la noche. Después se juntaron muchas familias del barranco. Los niños jugaban, ajenos a la preocupación de los mayores.

—No podremos defendernos —había dicho el padre la víspera.

—¡Diablos! —comentaron otros, echando hacia atrás los sombreros raídos.

—Es el último anuncio, dijeron los Agentes. El plazo vencía ayer. Ahora pregunto: ¿a quién hacemos daño? ¿Robamos, pues? ¡Diablo! Estos barrancos no tenían dueño. Los ocupamos años atrás, y a nadie hacemos mal con los ranchos, ni con las cabras. Las aguas negras nos pertenecen. De nadie era El Río.

Volverían los Agentes para ejecutar la orden. Los Agentes también eran la ciudad. Por los barrancos trepan ahora otros hombres, hacia el rancho del padre. Difícilmente van llegando y se paran a conversar exaltados. El niño dice a uno de ellos, señalando imprecisamente el raudal de aguas negras:

—Allá se ahogó el cabrito. Era mío, y tenía orejas pardas.

El otro mira el cauce, y calla. —“Todos nos ahogaremos”, dice para sí, y

vuelve con los demás a planear la resistencia. O la fuga hacia otros barrancos, más abajo todavía.

—Años atrás —dice un viejo—, yo tenía mi pedazo de tierra sembrada con maíz y plátano. Maldita la hora en que abandoné las montañas. ¡Maldita la hora en que todos nacimos!

El niño se arrima al viejo y quiere hablar aunque nadie oiga, minúsculo en el grupo de tantos amargados:

—Tenemos un pato y una gallina —dice—, y juego con ellos cuando no estoy en los caños con mi papá. Yo quiero mucho a los patos y a las gallinas. La gallina pone huevo cada dos días, y el pato nada en el zanjón. A mí me gustan los huevos, pero son para mi mamá enferma. Mi papá dice que algún día se aliviará, y le lleva más huevos de gallina. A veces también le lleva leche de vaca, si puede, y hasta avena en tarros muy bonitos. Yo juego después con el tarro sin avena. El último tarro se lo llevó El Río. Yo estaba triste por haber perdido mi tarro sin avena. El Río también se llevó al cabrito.

Y vuelve a señalar imprecisamente, cauce abajo. Otros hombres más suben por los barrancos hasta la covacha. Las voces forman un raudal de ira negra.

—¡Nos echan, pues!

Una ruda solidaridad los aprieta. A veces, cuando se trataba de discutir qué caño tocaba a cada cual, qué desemboque de aguas debía explotar cada uno, se peleaban, y llegaron hasta la riña violenta. Ahora quieren defender su derecho contra la ciudad. Pronto llegarán los Agentes, y ellos estarán listos. ¿Para qué? En realidad lo ignoran. Nada pueden contra esas fuerzas. Simplemente se apretujan con impotencia rabiosa, ahí, en el patio, en los desfiladeros que dan al Río.

—Allá vienen —dice alguien que acaba de juntarse al grupo y señalando hacia unas callejuelas enmalezadas, hacia las covachas que más arriba desafían los derrumbes. Los hombres se ponen agresivamente nerviosos. El padre hablará a nombre de ellos. Aunque nada queda por hacer, se reprocharían si más tarde no pudieran decirse: —“Luchamos hasta lo último”.

Arde ya en sus rostros la expresión del esfuerzo fallido. También les molesta que extraños vengan y se pregunten: —“¿Es posible tanta miseria? Viven como animales, como gusanos del lodo”. Algo de vergüenza se les enreda en su ira ante el inevitable despojo. Y cuando asoman por uno de los deslizaderos que hacen de camino a la ciudad, se apaga el murmurio de voces en agrio silencio que les chiporrotea.

—Cuando yo tenía mi pedazo de tierra, allá, tras aquellas montañas... —comienza el viejo, pero no termina la frase. Nadie escucharía su recordación de greda querendona. Tampoco él desea hablar. Simplemente dijo algo para no callarse ante la proximidad de los Agentes, cuyas voces se escuchan y cuyos gestos de incredulidad se tienden hacia los véricuetos de los barrancos. Frente a la silenciosa agresividad del grupo, merman su paso y toman rostro de cumplir un deber, de atenerse a órdenes superiores.

—Se nos vienen encima —dice el padre, cerrando los puños y los caminos.

* * *

—¿A dónde llevamos la cabra?

—A la ciudad, hijo.

El hombre y el niño van, uno junto al otro, por las calles bulliciosas. En cada esquina se detiene el chico y pregunta señalando las rejas del alcantarillado:

—¿Por aquí también caen monedas, papá? Es mucho rodar hasta los desagües de los barrancos. Hasta el Río, allá abajo.

—Es mucho rodar.

La cabra estremece nerviosa los pasos ante buses y motocicletas. No hay ramas en la ciudad, ni barrancos para trepar sin peligro. No hay paisaje. Hay rejas para los alcantarillados, hay monedas que ruedan por las cañerías, hay eslabones de cadenas de oro, hay anillos y aretes que después brillan húmedamente abajo, entre el agua sucia de los barrancos. El niño mira las vitrinas con joyas y alhajas. No hay agua turbia entre ellas. Brillan secas y limpias tras los vidrios, sobre tapetes aterciopelados, en estuches cromados hasta lo increíble.

—Apúrate, muchacho —dice el padre.

Los pies descalzos del niño dan contra el pavimento. Resbalan las pezuñas bifurcadas de la cabra. El padre jala la cuerda que la aprisiona, y azuza:

—Por aquí, pues.

El sol ha comenzado a arder. Relumbra en los vidrios altos de las ventanas, en las azoteas, en el metal de los automóviles. Cuando pasa un heladero, la sed del niño se le queda mirando.

—Cómprate uno, muchacho —dice el padre, y rebusca en sus bolsillos una moneda. El niño sonríe. Le gusta la ciudad. Le gustan los helados. Despapela el suyo y empieza a chuparlo, como si se aferrara a la ubre de la cabra. También sabe a leche dulce, y el frío agrada a su lengua. En los barrancos no hay helados para su sed.

El padre se ha sentado en su escaño de la acera, una mano sobre el lomo de la cabra. El niño se acomoda junto a ellos. Con voz endulzada, lamiendo palabras y labios, pregunta:

—¿A dónde llevamos la cabra?

El hombre agacha la cabeza, aprieta la mano sobre el lomo, y rehuye:

—No vamos a tener dónde guardarla. Nos echaron de los barrancos.

El niño lo sabe. Fué dura la escena. Estaba con su madre ordeñando la cabra cuando llegaron los Agentes. —“Buenos días” —saludaron. Nadie respondió. Luego se les enfrentó su padre: —“No pueden echarnos. ¿A dónde iríamos? No tenemos tierra. No tenemos ranchos. Nada tenemos”: Los Agentes hablaron de epidemias, de moral, de higiene, de órdenes definitivas. Subían las voces, los rostros reaccionaron violentamente. Hablaron mucho, hasta que se acabaron las

palabras. Al empezar el gran silencio, la madre y el niño dejaron la cabra a medio ordeñar y sintieron miedo cuando el padre se lanzó contra uno de los Agentes que sacaba al patio los humildes bártulos de la covacha.

Ahora el niño se queda mirando a su padre, y con infantil asombro habla:

—Si no te quitan aquel Agente, los habrías matado a todos —y vuelve a saborear el frío azucarado. Se siente muy seguro junto a su padre. Su padre sería capaz de vencer al Diablo en buena pelea, y, llegada la hora, de echar por otro cauce el Río. Pero ante un movimiento brusco de la cabra, vuelve a preguntar:

—¿A dónde la llevamos, papá?

El hombre levanta la cabeza, una mano sobre el lomo de la cabra, otra sobre el cabello enmarañado de su hijo.

—A la carnicería, muchacho.

—¿Hay barrancos en ella?

—No. No hay barrancos en la carnicería.

El niño saca de su boca la punta del helado, se limpia con el brazo, y la pregunta se silencia en la lengua azucarada. Aún no piensa en que lo pueden separar de la cabra. De su cabra. La quiere más desde que ella le dio la leche tibia de sus ubres. Le gusta recordar cómo los ijares estaban calientes y se hinchaban con la respiración. Le gusta recordar la blandura del pezón entre paladar y lengua. Le gusta pensar que puede volver barranco abajo, y consolarla del cabrito ahogado en las zanjas que labrara con su padre. Le gusta sentirse un poco hijo de ella, y arrimar el rostro a la ubre henchida, y mamar en la falda, entre las ramas verdes. Pero los echaron de los barrancos, y la cabra no estará con ellos.

—¿Es buen hombre el carnicero? —se resigna bordeando un extremo del helado en el escaño de la acera. El padre calla. Su hijo nunca comprendería.

—Cuando estemos en otra parte, por ahí —y con amplio gesto de brazos señala todos los suburbios—, tendrás otra cabra, y riscos para que salte por ellos.

Sabe que nunca habrá otra cabra, ni riscos para ella y el hijo. Ignora dónde se acomodará después. Ignora dónde se acomodarán todas las familias de los barrancos, allá abajo, a donde ruedan los suburbios. Los Agentes vinieron otra vez para decirles con amenazas definitivas: —“No pueden vivir en los barrancos. Todos serán echados de los barrancos”. Su mundo tendrá una cabra menos, unas ramas menos, un cauce sucio menos. La ciudad habrá de extenderse a su costa, y nadie puede contra ella. La ciudad son hombres firmes que lotifican y cubren cauces de aguas negras y arrojan desperdicios en las afueras. Habrá que buscarse otras covachas, apretujarse con nuevas familias en algún extramuro. La ciudad crece, y los arroja. No habrá barrancos, ni cabras para su hijo. No habrá monedas, ni aretes, ni eslabones de cadenas de oro. Pero habrá hambre, y ellos se acostumbrarán.

—Mire, papá —reclama el niño—; así hacía él antes de ahogarse —y frunce un ala de la nariz y las comisuras labiales en remedo cariñoso del cabrito. Luego, señalando con brazo curvo el alto volar de los zamuros más allá de las torres:

—Vienen del Río.

—Del Río —habla sin gana el padre hacia el firmamento rayado por el negror de las aves de rapiña. El niño sigue mirándolas, y al recordar el cabrito muerto, su ira infantil adquiere plumas y vuela a las altas alas hasta alguna nube, arriba, hasta el azul más lejano. Pero la ira se endulza en el helado llevado a su lengua, se difuma en los ojos grandes que se abren a los automóviles. Entonces exclama:

—¡Tantos aparatos, papá! En los barrancos no pueden andar carros ni bicicletas.

—No pueden.

Se ahogarán. No lo dicen. Simplemente lo piensan con vaguedad. Nerviosa por el tránsito y el crepitar de vehículos, la cabra tiembla adherida al hombre. Su ubre se ha llenado de nuevo. El niño piensa en ramas verdes a mitad de la falda y en el pezón tibio y blando.

—Vamos, muchacho. ¡Vamos, cabra! —dice el padre abandonando el escaño. Aún dista la carnicería, y arde el sol en las espaldas, en el cemento, en los metales.

—Vamos, cabra —trata de aquietar el brío estremecido del animal ante los enormes autobuses y el traqueteo de las motocicletas. Se temple la cuerda que la dirige, se blanquean los nudillos en la mano del hombre. La otra mano aprieta un brazo del pequeño.

—Vamos, cabra! —azuza en mitad de la calle, en veleta el rostro ante los vehículos que le chirrían dentro.

—¡Apártese, bruto! —grita el conductor de un camión rojo, al compás de un seco ruido de llantas y frenos. Apenas tiene tiempo el hombre para salvar al niño. La cabra patalea y puja bajo los hierros del parachoques.

—¡Demonios! ¿No sabe por dónde camina? —vuelve el conductor aventando su cabeza por la ventanilla.

—¡Vea, pues! —dice uno de los curiosos que ya rodean el sitio. ¿Le tumba la cabra y todavía está reclamando?

En apurado silencio el padre brega por sacar el animal. Un policía se arrima para ayudarlo, sereno ante la argumentación chillona del conductor. El niño ensancha sus ojos oscuros, detenida la respiración en el sollozo. Las bocinas de otros vehículos ensordecen la calle.

—¡Retroceda! —ordena al del carro el policía, sus manos y las del padre en prensa sobre los músculos desmadejados del animal que echa un balido ensangrentado. Cuando se libera, es inútil su esfuerzo por andar. Los remos traseros se han zafado de la paleta.

—Le destrozaron el caderamen —dice alguien, exprimiendo en el ceño su conmiseración. Toma el policía el número de la patente, y habla al gentío que se apretuja:

—Circulen. Nada ha pasado...

El pequeño se contorsiona por el dolor de la cabra, siente ganas de balar a lo alto. Algo grande ha muerto dentro de él, bajo el parachoques. No quiere la

ciudad. A los barrancos no van camiones, ni motocicletas. Allá hay pájaros sobre las ramas. Hay lomas empinadas por donde subía su cabra. Hay nidos, y pichones, y grillos verdes y árboles.

—Nada ha pasado. Circulen —repite el policía a los transeúntes en corrillo. El padre lo mira con resignado asombro mientras levanta la cabra, y con ella en brazos se abre camino por los desagües secos de la calle, tras de él su hijo y la mirada de los curiosos.

—Ya no podrá subir los barrancos —solloza la voz del niño.

—En la carnicería la curarán —responde la voz amarga del padre. —Vamos, muchacho.

Con miedo arrastran sus sombras, ciudad adentro.

LA MÚSICA EN HISPANO AMÉRICA

LA SINFONIA INDIA DE CHÁVEZ

Por PABLO PALOMINO

Una de las obras sinfónicas más importantes de tema indígena que se haya compuesto en nuestro país es la “Sinfonía India”, de Carlos Chávez. Estrenada en el extranjero, alcanzó pronto grandes elogios de la crítica, y se ha considerado como expresión genuina de lo que en gran música se puede hacer con temas simples del folklore indígena. Las palabras del propio Chávez son esclarecedoras al respecto: “la música indígena de México es una realidad de la vida presente, y es, además, una realidad como música”. La obra fue estrenada por su autor en 1936, en los Estados Unidos, poco después la presentó aquí, bajo su dirección, la Orquesta Sinfónica de México. El éxito no se hizo esperar y los comentarios elogiosos se multiplicaron. La obra es, en efecto, una de las composiciones más logradas de Carlos Chávez

que une a su riqueza tonal un colorido instrumental y una originalidad temática excelentes. Luis Herrera de la Fuente, titular de la Orquesta Sinfónica Nacional, decidió iniciar el último programa de la temporada que acaba de concluir, precisamente, con la “Sinfonía India” de Carlos Chávez. El programa incluyó también la presentación de un solista de renombre, Adolfo Odnoposoff y una gran obra del repertorio contemporáneo: “Carmina Burana”, de Orff.

Adolfo Odnoposoff tiene un largo historial de triunfos en Europa y en Suramérica; pertenece a la escuela romántica del violoncelo. Y del suyo obtiene sonidos limpios y poéticos. En la interpretación que hizo de las “Variaciones sobre un tema rococó”, op. 33 de Tchaikowsky, creímos advertir frecuentes titubeos; el solista no se hallaba comple-

tamente seguro, y el acoplamiento defectuoso con la orquesta hizo que esos titubeos se convirtieran en defectos de ejecución, sobre todo en los agudos. En la segunda parte de la obra —no, por cierto, una de las más bellas del compositor de la “Patética”—, Odnoposoff logró un asentamiento mayor y pudimos ver al artista en pleno uso de sus facultades. Cabe recordar que hace años, durante una serie de conciertos en Viena, cuando aún vivía el beethoveniano Félix Weingartner, Odnoposoff grabó con Angélica Morales y Auber, el “Triple Concerto”, de Beethoven. En esa sesión Angélica Morales obtuvo un triunfo memorable. “Carmina Burana” de Carl Orff es probablemente la obra que más comentarios desató a raíz de su estreno en México, en 1955. En aquella ocasión, Herrera contó con solistas de primera línea, esta vez, Rosita Rimoch y Julio Julián no estuvieron afortunados; muchas veces los artistas, aun hallándose en plenitud de forma, tropiezan con circunstancias adversas, que escapan enteramente a su control. Queremos creer que éste haya sido el caso de la soprano y del tenor mencionados.

Orff, en su simplificación de medios

de expresión, en su búsqueda de música pura, a base de contrastes rítmicos, en su total desligamiento de todo lo que constituyó la gran aportación del alto barroco y el romántico, obtiene una gran verdad: el hastío. Es tan escueto, tan rígido, tan carente de sugerencias y sutilezas, que su música se vuelve primitiva. Para quien escuche diez veces “Carmina Burana”, esta composición no pasará de ser un acertado encuentro de contrastes y ritmos de “crescendos” y “diminuidos”, de altibajos sonoros, en los que coro y orquesta se combinan con bien lograda técnica, para dar expresión a un conjunto de poesías medievales, cuya autenticidad artística no deja de ser discutible. El asiento armónico o fondo, desde el cual se destacan los juegos rítmicos que dan vida a la obra, es siempre el mismo. En los recitativos solistas, Orff se refugia en una técnica no ya próxima al canto llano extrañamente emparentada con ciertos operistas del XIX. En resumen: no creemos que la tendencia representada por Orff alcance nuevos triunfos ni forme prosélitos. La interpretación fue digna, por lo que se refiere a la orquesta, a los coros y al barítono.

LA MUSICA MODERNA BRASILEÑA

Por JULIO ANTONIO COSS

El nombre de Villa-Lobos va íntimamente ligado al de Brasil. En efecto, a pesar de que existen varios compositores brasileños de talento, la vida musical de este país se encuentra absorbida por la gigantesca producción del autor de “Bachianas Brasileiras”.

Héitor Villa-Lobos nació el 5 de marzo de 1887 en Río de Janeiro. A través de toda su vida ha desplegado una incansable serie de viajes por todos los rincones de su patria, con el fin de adentrarse en las características específicas de la música folklórica brasileña. Ya en

1901 frecuentaba los círculos de los "choros", pequeños conjuntos populares compuestos de instrumentos de viento, guitarras, panderos, cavaquinho y contrabajos. Cuatro años después visitó Espíritu Santo, Bahía y Pernambuco, siempre con el mismo afán de estudiar el folklore. Afán que lo iba a llevar, tiempo después a Mato Grosso, Sao Paulo, los Estados de Minas Geraes, y en fin, por casi todas las regiones de su país.

La notable riqueza de la música del Brasil se debe al exuberante folklore que emana de los tres elementos étnicos predominantes: indio, africano y europeo. La influencia de la música folklórica indígena, aunque leve por el fuerte contacto de lo africano, ofrece caracteres interesantes que la hacen ser usada por varios compositores brasileños. Ya en el siglo XVI Jean de Léry (*Histoire d'un voyage en la terre du Brésil*) describió las ceremonias rituales y guerreras que pudo observar, llegando, inclusive a transcribir melodías indígenas. Desgraciadamente las prácticas de la música folklórica de los indios del Brasil se conservan en regiones apartadas, lo que hace difícil su estudio y asimilación. En cambio la influencia de la música africana, con su exuberancia de colorido, es la que domina, y aun en la actualidad, fusionada con la influencia europea, no ha perdido sus caracteres propios y es la fuente más rica de toda la música brasileña, cuyas características son los ritmos binarios, las síncopas obstinadas que derivan en polirritmias, así como restos de antiguas escalas pentafónicas, hexafónicas y modales, que conservan un carácter descendente.

A pesar de la diversidad de fuentes de que dispone Villa-Lobos, o tal vez por eso mismo, su desarrollo es disímolo y

brusco, si tomamos en cuenta lo heterogéneo de sus obras y la mediocridad y grandeza que se observa en cada una de ellas. Villa-Lobos, no obstante haber partido de la base firme que presupone el nacionalismo, no ha llegado a alcanzar la cumbre de un Bartók o de un Falla. No ha llegado, ni siquiera, a adquirir las características propias, y a la vez geniales, de un Carlos Chávez. Pero precisamente sus contradicciones y el drama interno que suscitan, son las que lo elevan sobre la mayoría de los músicos americanos, encerrados dentro de formas y conceptos estereotipados. Si Villa-Lobos se encuentra desorientado y sus trucos modernistas lo envuelven cada vez más, no es tanto por su exceso de producción sino, más bien, porque no ha encontrado el camino del realismo musical, tan fácil para hablar de él y tan difícil de conocer. Y si en muchas obras se vislumbra el toque maestro es por su poderosa concepción creadora. Las diversas obras de Villa-Lobos constituyen una serie de altas y bajas, de elementos disímolos. Comparemos su "Prole do Bêbé" con su cuarteto número cuatro, sus Chóros o su "Rudepoema". Se notan claramente los diferentes planos de concepción y de tratamiento. No nos debe extrañar, por consiguiente, la falta de unidad en sus "Cancões típicas brasileiras", compuestas de 1919 a 1935, sus "Serestas" (1925-1941) o sus "Tres poemas indígenas" (1926).

Villa-Lobos comenzó a escribir las "Bachianas brasileiras" en 1930; terminándolas en 1945. Esta obra, basada en el ambiente melódico y contrapuntístico de la música folklórica del Nordeste del Brasil y compuesta en homenaje a Juan Sebastián Bach, es una de sus partituras

más logradas. Otras obras importantes, entre varios cientos más, son "Cirandinha" (1925), "Saudades das Selvas brasileiras" (1927), "O Martirio dos Insétos" (1925), Noneto para flauta, oboe, clarinete, saxofón, fagot, celeste, arpa, batería y coro mixto (1923), "Uirapurú" (1917), "Vidapura" (1918), "Mandú-Carárá (1940) y "Descobrimiento do Brasil" (4 suites. 1937).

La etapa indigenista del nacionalismo musical brasileño está representada por Oscar Lorenzo Fernández (Río de Janeiro 1897). Sin embargo, sus obras demuestran una magnífica variedad de ritmos obsesionantes que son característicos no de la música folklórica india, sino de la influencia africana. Su "Imbapara", primer poema de una tetralogía: "Imbapara", poema indio, "Nau Ca-tarineta", poema blanco, "Macumba", poema negro y "Maioral", poema sarta-nejo, está realizado con temas melódicos del folklore de los indios "parecís". Puede decirse que su primera obra de marcado acento, es "Concao Sertaneja" (1924), a la que siguieron "Reisado do Pastoreio" (1930), "Visoes Infantis" (1927), "Concierto folklórico" para violín y orquesta

(1942) y el trío brasileiro. Su ópera "Malazarte", estrenada en 1931, contiene temas folklóricos y populares, trabajados acertadamente. El argumento está basado en las aventuras del pícaro héroe popular brasileño Pedro Malazarte.

No obstante la tendencia nacionalista de Francisco Mignone (Sao Paulo 1897), su obra está influida fuertemente por el verismo italiano, por lo cual no traspone la fase más rudimentaria del nacionalismo. Sus principales obras son los ballets "Maracatú de Chico-Rei" (1939), "Batucagé" (1936), "Babaloxá" (1937), "O Espantalho" (1941), "Yora" (1946) y una sonata para piano. Es también necesario citar a Camargo Guarnieri. (Sao Paulo 1907), autor de varias "Toadas" y los ballets "Danza brasileira", "Danza Selvagen" y "Flor de Tremembé", esta última una de sus mejores realizaciones. Tampoco hay que olvidar su Concierto para violín y orquesta, el que obtuvo el primer premio en el concurso "Samuel S. Fels", celebrado en los Estados Unidos en 1942. Radamés Gnattali (1906), Dinorah de Carvalho (1908) y Joanidia Sodre (1903) son sólo conocidos en su país.

Datos Sobre el Movimiento Literario en El Salvador

Por MANUEL ANDINO

(Conferencia leída por su autor en la Biblioteca Nacional, la noche del 12 de agosto de 1954, durante el Segundo Seminario del Libro Salvadoreño).

Señoras,
Señoritas,
Señores:

Ante todo, mis agradecimientos más sinceros a la Comisión Organizadora del Segundo Seminario del Libro Salvadoreño por la honra, muy inmerecida por cierto, que me ha concedido al acordar que dé una conferencia en este salón de la Biblioteca Nacional, en donde tantas voces ilustres se han escuchado. Yo no soy conferenciante —otros dicen que la palabra es conferencista— y las cuartillas que voy a leer en seguida no constituyen en realidad una conferencia, con lo que tal vez defraude un poco los propósitos de la mencionada Comisión, y de los estimados oyentes. En ellas, en estas cuartillas, no hay conceptos profundos, brillante exposición de ideas, esbozo de tal o cual escuela literaria o científica, aspectos que constituyen la médula de algunas conferencias. Apenas contienen datos dispersos sobre el movimiento literario y periodístico operado en El Salvador en los últimos años del siglo XIX y en los primeros quince años del presente. Dicho movimiento marca una etapa interesante e importante en el desarrollo cultural salvadoreño y centroamericano. Tal su característica, un intérprete del pensamiento y de la sensibilidad de los poetas y escritores istmeños.

Voceros, expositores de ese movimiento fueron en primera línea el "Diario del Salvador", "La Quincena", el "Repertorio del Diario del Salvador" y varias

revistas, desgraciadamente para las letras, de vida efímera, entre ellas una, "Espíritu", dirigida por Juan Ramón Molina, otra, por Julián López Pineda y "Omni-bus" editada por los hermanos José y Antonio Dutriz, en cuyas páginas burbujeaba la prosa de Francisco R. González (Fósforo), guatemalteco, y de Luis Lagos y Lagos, escritor salvadoreño de vida pintoresca, aventurera, llena de luces y de sombras, vida que está esperando al crítico auténtico que la fije en su verdadero valor. Porque sobre Lagos y Lagos se ha tejido una leyenda que oscurece su verdadera personalidad. Las anécdotas sobre su vida bohemia, muchas de ellas falsas, en nada aumentan el prestigio de su figura de escritor. Confieso que releendo algunos de los artículos de Lagos y Lagos he sufrido casi una desilusión. No es, en mi concepto actual, el humorista en quien creí en mis mocedades. Parte de su obra está condicionada a circunstancias políticas que le conquistaron simpatías populares. Escribía sí en prosa suelta, ágil, picante, abusando, a veces, de términos efectistas para mantener la atención del lector. En "Vademecum", escrito en Chile, hay páginas que valen como crítica social y literaria. En lo general es un escritor con personalidad. Por eso creo en la necesidad de un verdadero crítico que fije su justo puesto en la literatura nacional, así como la de otros escritores catalogados como humoristas: Salvador J. Carazo, Manuel Mayora Castillo (Jil Sol), José María Peralta Lagos y Ramón Quesada. ¿Todos ellos son en realidad humoristas o simples costumbristas?

Figura central, animador del movimiento intelectual a que me refiero cuartillas atrás, en sus aspectos literario y periodístico, fué don Román Mayorga Rivas. Ello es un hecho evidente. Para comprobarlo basta ojear el "Diario del Salvador", el "Repertorio del Diario del Salvador" y "La Quincena", publicaciones que le dieron prestigio al país en los círculos intelectuales de Hispano América. En sus páginas está presente, vivificándolas, don Román, ya sea como autor de trabajos literarios de mérito, ora como difundidor del pensamiento de los más famosos escritores americanos. Las tres publicaciones mencionadas marcan un jalón en la vida espiritual de estos pueblos, quiérase o no reconocerlo así por aquellos que creen, ingenua o pedantescamente, que la vida literaria y periodística salvadoreña ha empezado con ellos.

Algunos de los enemigos del periodista Mayorga Rivas decían que don Román era un advenedizo, sin derecho, por lo tanto, a inmiscuirse en los asuntos salvadoreños; que en su tierra natal, Nicaragua, era un desconocido, etc. Pero la verdad es otra. Cuando don Román vino aquí por segunda vez y fundó el "Diario del Salvador" ya había ocupado en el mencionado país puestos públicos de importancia, como se puede ver en la biografía suya que publicó la revista "El Porvenir de Centro América", editada en esta capital, en su número de agosto de 1896. Van en seguida algunos datos de la biografía citada:

Nació en León, Nicaragua, dice el biógrafo, en 1862. Allí hizo sus estudios de primeras letras. Tenía doce años cuando vino a El Salvador para ser alumno del colegio que dirigían don Hildebrando Martí y don Anselmo Valdés en esta

capital (don Hildebrando Martí fué también maestro de don Alberto Masferrer. Nota personal).

El movimiento literario salvadoreño, después de 1876, debe a Mayorga Rivas su iniciación, con la fundación de "El Cometa", que él hizo con el entusiasmo de su juventud y su afición por las letras. En ese periódico escribieron Manuel Delgado, Santiago Méndez, Francisco Vaquero y otros tantos que después figuraron en el Gobierno y en la literatura.

Mayorga Rivas nació para periodista. Muy joven, casi un niño, figuró en la prensa de El Salvador. Con Federico Proaño y Francisco Castañeda fundó el "Diario del Comercio", en 1878. Y fué colaborador asiduo de "La Opinión Pública", de "La Nación", de "El Pueblo", de "El Ciudadano" y de la revista literaria "La Juventud", en cuyas páginas escribió prosa y verso que le valieron aplausos en toda la prensa española.

No tenía 18 años, y fué autor de la "Guirnalda Salvadoreña", antología de gran importancia para las letras de El Salvador. Esta obra consta de tres gruesos volúmenes: significa una labor meritoria y sirve de punto de partida para el estudio de la poesía salvadoreña. (Nota personal: Don Román me confesó que muchas de las composiciones que aparecen en "La Guirnalda" las tuvo que corregir, pues estaban muy mal escritas).

"El Estudiante" fué un periódico que fundó con el doctor Gregorio Meléndez y el doctor Pedro Arévalo Mora, cuando eran los tres muy jóvenes. Este periódico fué de poca duración; pero valió mucho por lo levantado de sus miras y por lo pulcro de sus redacción.

Cuando se fundó en El Salvador la Oficina de Estadística, Mayorga Rivas fué el Sub-Director del Ramo.

En 1884 partió para Nicaragua. Allá fundó un diario, "El Independiente", de grandes dimensiones. Fué un éxito completo. Vivió dos años y creó a Mayorga Rivas una buena reputación como polemista político. Dejó los afanes del diarismo para ir a los Estados Unidos como Secretario de la Legación de Nicaragua.

Vivió en Washington largos siete años. En aquel ambiente sus energías crecieron. En los círculos literarios hispanoamericanos de Nueva York y de Boston ganó un premio de honor. Fué redactor de "La Revista Ilustrada", compañero de Bolet Peraza, y en esa revista escribió mucho con estilo brillante y con novedad de asuntos. Eso le valió renombre en donde quiera que se habla el idioma español. Bolet Peraza, Martí, Pérez Bonalde, Sellén, Ponce de León, Camacho Roldán, Becerra y toda la pléyade de escritores hispanoamericanos residentes en Nueva York le contaron en el número de los campeones del bien decir y le colmaron de honores.

Regresó a Nicaragua con fama envidiable, a fines de 1893. Figuró en el Gobierno en seguida, como Subsecretario de Estado en el departamento de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública. Por ministerio de ley, actuó como Secretario de Gobernación y de los ramos de que era Subsecretario. La política no es para

él; y en busca de espacio tranquilo, vino a El Salvador hace un año, poco más o menos. (Es decir, en 1895, ya que lo anterior se escribió en 1896. Nota personal).

Aquí ha fundado el "Diario del Salvador", alcanzando un éxito nunca visto. Su periódico ha operado una revolución en la prensa nacional. Está constituido a la usanza norteamericana y es honra del país. Ha logrado Mayorga Rivas establecer una empresa nueva, seria, útil y civilizadora. Trabaja sin descanso; y sólo él lleva sobre sus hombros la dirección de un diario tan abundante de lectura, tan pródigo en noticias y tan variado, ameno e interesante. Los viajes le han infundido un espíritu emprendedor, y formádole un carácter práctico, entero y resuelto, amigo de los afanes del trabajo de la prensa, tal como se estila en los grandes centros y como lo reclama la época que hemos alcanzado.

Mayorga Rivas ha sido un innovador en nuestro diarismo. No le han desanimado los obstáculos, y va saliendo victorioso porque tiene fe, perseverancia, trabaja honradamente y sirve con entusiasmo al progreso de El Salvador, al que reputa como su patria, porque aquí se hizo joven y éste fué el lugar en que sus aficiones literarias se desarrollaron. (En otra parte de esta plática me refiero a lo que significó el "Diario del Salvador" en el desarrollo del periodismo nacional. Nota personal).

Mayorga se casó en 1890. Tiene, dice el biógrafo, varios hijos. La prensa y el hogar son su adoración. En la una trabaja de continuo y en el otro es feliz, porque para él tiene todo el tiempo que le dejan libre los afanes de la pluma, que nunca está ociosa entre sus manos. (Nota personal: Como se ve, cuando don Román Mayorga Rivas fundó el "Diario del Salvador" ya tenía una personalidad periodística. En los primeros años de este siglo esa personalidad se afirmó y con ella creció en interés e importancia el "Diario del Salvador". Lo conocí en 1912. En ese año trabajé por primera vez a su lado. Intenté, en un libro en preparación, hacer un retrato de él, mejor dicho, dos retratos: cuando lo vi en plena lucha periodística y cuando lo vi enfermo, vencido, casi al borde del sepulcro).

(Conocí testimonios de la amistad de don Román con los ilustres escritores mencionados, de quienes tuve en mis manos cartas en que trataban a Mayorga Rivas de tú, muy cordialmente, tratando en ellas temas literarios. Una tarde, cuando yo trabajaba en el "Diario del Salvador", me acerqué al escritorio de don Román para hacerle una consulta. El ojeaba unos papeles. Cogiendo unas cuantas cartas, me dijo: "Te regalo parte de mi gloria". Eran cartas de Ricardo Palma, de Martí, de Manuel Ugarte, de Pérez Bonalde, de José María Vargas Vila. Esas cartas me las robó un joven nicaragüense).

Quiero insistir en que ésta no es una conferencia. Es una simple charla, con datos y quizás algunas anécdotas sobre la vida literaria y periodística del país. Algunos de los hombres de pluma que aquí menciono los conocí personalmente; otros de referencia de primera mano. Todos ellos llenos de ideales, con hondo fervor por la cultura, con limpio interés por las cosas del espíritu. Todos con penacho romántico. Pero ¿quién que no es romántico?, como dijo Rubén Darío. Así se da

el caso de don Francisco Gavidia que se da todo entero a las letras, sin más interés que las letras mismas y cuya obra de erudito y de poeta muy pocos salvadoreños conocen, pero que aplauden para darse el tono de cultos. Gavidia ha tenido el coraje, extraordinario en el medio ambiente mercantilista, de ser, nada más, un hombre de letras. Gavidia y otros más, hicieron en su tiempo literatura, no publicidad, propaganda, como cabría señalar en algunos de los casos literarios del presente. Conocí a don Francisco Gavidia cuando era Director de la Biblioteca Nacional, instalada en los salones esquineros del viejo edificio de la Universidad Nacional. Su secretario era el poeta Manuel Alvarez Magaña, un secretario intermitente, pues asistía a su trabajo una semana sí y dos no. Al despacho de don Francisco llegábamos, alrededor de las cinco de la tarde, unos cuantos muchachos líricos, ansiosos de escuchar su palabra autorizada. Allí, Carlos Bustamante, Augusto Castro Ramírez, Julio Enrique Avila, Ramón de Nufio, José Antonio Iriás, Pablo Rubén Montúfar, Horacio Trujillo Ortiz, Jorge F. Zepeda y el que habla. Algunos de los nombrados llegaban también a fumarse los cigarrillos de don Francisco, cosa de que él se daba cuenta y sonreía... Gavidia, a mi parecer, se manifestó como poeta en su juventud. Después se perdió en los laberintos de la erudición. De ahí que encuentre obscura parte de su obra. Bien su cuento "La Loba" y sus poemas "Estancias", pero imposible su "Sooter". Como historiador no me satisface.

Es extensa la obra literaria de Gavidia: poemas, cuentos, ensayos históricos, obras de teatro, etc. Pero esa obra es, en realidad, poco conocida y eso en nuestro país. Al respecto quiero señalar este hecho. En 1928 conocí en París a tres ilustres escritores suramericanos: Ventura y Francisco García Calderón y Gonzalo Zaldumbide. Los tres, al preguntarme por el movimiento literario salvadoreño sólo me preguntaron por Ambrogio: ¿Qué es de Arturo Ambrogio? ¿Qué libros ha publicado últimamente? ¿Todavía vive? Ambrogio es una cifra en la literatura centroamericana... Tales sus preguntas. Ni una sola vez mencionaron el nombre de Gavidia. Conté eso al escritor costarricense León Pacheco. Yo tampoco conozco a Gavidia, me respondió. Pero a pesar de todo, Gavidia vale. Es, indiscutiblemente, uno de los impulsores de la cultura nacional.

En el movimiento de que hablo aparece la revista "Centro América Intelectual", fundada en 1903 por don Daniel S. Meléndez, nicaraguense, impresa en los talleres tipográficos del Centro Editorial Meléndez de su propiedad, centro al que dedicó siempre entusiasmos y energías. "Centro América Intelectual" era una revista científico-literaria exclusivamente. No publicaba avisos ni fotografías de personajes políticos o de bellezas más o menos cursis, como se estila y se explota hoy. El cuerpo de redacción de "Centro América Intelectual" estaba formado por Juan Delgado Prieto, Benjamín Orozco, Atilio Peccorini, Adán Robleto Peña, y Patrocinio Guzmán Trigueros. Entre sus colaboradores cito a: Santiago I. Barberena, Juan de Dios Sandoval, Francisco Gavidia, Julián López Pineda, Augusto C. Coello, Reyes Arrieta Rossi, Rafael Angel Troyo, Salvador Falla, Francisco He-

rera Veládo, Manuel Alvarez Magaña, Félix Choussy y Juan Ramón Uriarte. “Centro América Intelectual” fue justamente elogiada por periódicos de Europa y América. El “Monitor de la Educación Común de Buenos Aires”, se refería a la mencionada publicación salvadoreña en los siguientes términos: “Entre el canje de América que llega a esta redacción se distingue luminosamente “Centro América Intelectual”, revista de San Salvador. Realiza en su país una obra de positiva y vasta cultura desde sus columnas abiertas a todas las manifestaciones de la inteligencia, desde la medicina a la agricultura y desde la estrofa al código, y a todas atiende competentemente”.

El animador de “Centro América Intelectual” fué siempre don Daniel S. Meléndez, nicaragüense, a quien la cultura salvadoreña le debe mucho.

Desde su revista, que mantuvo durante varios años contra viento y marea, difundió ideas, esparció conocimientos. Eso que en otras partes es considerada una tarea noble, aquí se le tiene por una chifladura, por un pecado, cuando no por un delito. Por eso el editor de “Centro América Intelectual”, revista que tuvo resonancias continentales, murió en la miseria, olvidado de todos. Don Daniel S. Meléndez conquistó prestigio para El Salvador, El Salvador ignoró a don Daniel. No hay que extrañarse y dolerse. Son cosas típicas de Centro América, en la que, en ciertos aspectos de la cultura, no ha amanecido todavía.

Cuando se escriba la verdadera historia de El Salvador —y lo digo porque andan por ahí muchas historias— se tendrá que anotar este hecho. En el primer cuarto de este siglo, ningún periódico ejerció sobre el público, en su desarrollo cultural, la influencia que ejerció el “Diario del Salvador”. Y es que el “Diario del Salvador”, tuvo siempre un excelente cuerpo de redactores y colaboradores, que le dieron amenidad y autoridad.

Cuando yo llegué a trabajar a él por primera vez, todavía flotaban en el ambiente de la redacción las sombras y nombres famosos de Juan Ramón Molina, de Vicente Acosta, de Luis Lagos, de Nicanor Bolet Peraza, etc. Trabajaban en él (1912) como Jefe de Redacción don Juan Ramón Uriarte, maestro y periodista de valía, el poeta Juan Antonio Solórzano y Pablo Rubén Montúfar, malogrado por la muerte (murió a los veinticuatro años). Pocos años después trabajaron en el “Diario del Salvador” como editorialistas Mario Sancho, costarricense, y Ricardo Arenales, transformado después en Porfirio Barba Jacob. El “Diario del Salvador” tuvo siempre la colaboración de Salvador Rodríguez González, quien desarrolló en sus páginas temas de derecho internacional, de poetas como Armando Rodríguez Portillo, Jorge F. Zepeda, consagrado como tal por Rubén Darío, en memorable carta sobre su libro “Ritmos y colores de la tierra”; Manuel Alvarez Magaña, ganador en uno de los primeros concursos literarios habidos en El Salvador; Arturo Ambroggi, el único auténtico hombre de letras que ha tenido el país, que firmaba sus crónicas con el seudónimo de A. AM. Eran en su mayoría crónicas sobre motivos urbanos, que tenían un gran público. Trabajar o colaborar en el “Diario del Salvador” era en aquella época consagrarse como escritor o poeta, tal era la autori-

dad que en el orden intelectual ejercía don Román, muy exigente en cuanto a estilo se refería. Sobre el particular soy testigo de lo siguiente: una vez llegó un personaje político, miembro del Gabinete del Presidente Araujo. Llevaba un artículo suyo sobre la visita a San Salvador del Secretario de Estado de Estados Unidos, Mr. Knox. Don Román lo leyó detenidamente y devolviéndoselo al Ministro le dijo. "Las ideas difusas; el estilo pedestre, indigno de ti y de Knox. No te lo publico". A nosotros los reporteros nos hacía redactar dos y tres veces las notas informativas.

Mayorga Rivas innovó el periodismo nacional, comenzando para esa tarea ingente por dotar a su empresa de maquinaria moderna. Trajo una prensa Duplex, la primera en llegar al país, y que todavía está en uso, pues si no me equivoco es la misma en que se imprime actualmente el diario de la tarde "Patria Nueva". Además trajo tipo nuevo para texto y títulos, con lo que la presentación del diario ganó mucho. Don Román trazó nuevas normas para lo que en la jerga periodística se llama la explotación de las noticias, dándole toda la importancia debida a la información extranjera, colocando en primer término la nota nacional. Pero el "Diario del Salvador" no sólo publicaba noticias. Cada número traía el artículo de fondo, escrito casi siempre, y según las épocas, por alguno de sus ilustres colaboradores, entre otros: Vicente Acosta, Rodríguez González, Modesto Barrios, Juan Ramón Molina, Juan Ramón Uriarte, Mario Sancho, Ricardo Arenales y el propio don Román. Además el comentario de la situación internacional, crónicas sobre cosas y tipos de nuestro terruño, versos y prosas selectas de poetas nacionales y extranjeros. Si a esto se agrega que semanalmente publicaba una edición en papel rosado, llamada la edición rosada, que era, junto con el "Repertorio del Diario del Salvador", suplemento literario, precursores de algunas páginas literarias de los diarios del presente, puede considerarse la influencia que desde sus publicaciones ejercía don Román sobre el público salvadoreño al que servía manjares excelentes para su hambre de cultura. Es indiscutible que en el desarrollo cultural del país, Mayorga Rivas ocupa un lugar de primera línea, tanto como escritor, poeta y diarista, como expositor de ideas ajenas. El contribuyó a que el ambiente nacional se ventilara, trayendo a nuestra curiosidad intelectual los nombres y las ideas de escritores suramericanos, antillanos, norteamericanos y europeos, labor que aumentó el acervo intelectual de varias generaciones de salvadoreños.

Un paréntesis: en la época a que me estoy refiriendo, hubo en Santa Ana un apreciable movimiento literario y periodístico. El primero de septiembre de 1910 salió el primer número del "Diario de Occidente", empresa fundada a empeño de los tipógrafos Nicolás Cabezas Duarte y Anselmo Cano, bajo la dirección y redacción del periodista nicaragüense Rosendo Díaz Galiano, quien imprimió al periódico gran movilidad, constituyéndolo en vocero de la zona occidental del país. El "Diario de Occidente" todavía se publica, ahora dirigido por don Alfredo Parada. En una breve historia de la imprenta en Santa Ana, publicada por la "Tipografía Comercial" se apunta que en los comienzos de la Administración del

doctor Manuel Enrique Araujo (1911) se publicaba allá "La Reforma", de pequeñas dimensiones pero el contenido de sus páginas, nutridas de vibrantes y sesudos artículos sobre temas políticos, mantuvo siempre el interés de los numerosos lectores. Colaboradores de "La Reforma" fueron los doctores Francisco José Pacas, José María Andrade, Pedro Jiménez y Camilo Arévalo. Lo que no dice esa breve historia es que también fué colaborador de esa publicación opositora al Gobierno de Araujo el escritor Alberto Masferrer, quien después de los primeros números de "La Reforma" se distanció de los señores profesionales que la fundaron, yéndose con un puesto-consular a Bélgica. También en aquellos años se publicaba en Santa Ana la revista literaria "Sursum", redactada por los poetas Francisco P. Figueroa y Ovidio Cerna Sandoval, los dos de origen guatemalteco y los dos ya fallecidos. Figueroa es autor del famoso poema "La Marimba", reproducido profusamente en diarios y revistas de Centro América, Cuba y México.

El "Diario de Occidente" mantuvo desde los primeros meses de su fundación, una página literaria sabatina que hacíamos unos cuantos principiantes en las lides intelectuales: José Valdés, muerto en plena juventud, cuando todavía se esperaban frutos maduros de su talento indiscutible; Ovidio Cerna Sandoval, poeta exquisito, hijo del inquietante poeta guatemalteco Ismael Cerna, muerto también en plena juventud; Gabriel Villegas Angel, un joven colombiano de fina sensibilidad y el que habla, que no pasó de reportero más o menos lírico. Santa Ana mantenía así su tradición de ciudad amiga y estimuladora de la cultura, como lo prueban algunos antecedentes. Según la breve historia de la imprenta en Santa Ana de que ya he hecho referencia, en los años finiseculares se publicó un semanario titulado "La Juventud", dirigido por varios estudiantes amantes de las bellas letras, algunos de los cuales lograron sobresalir en ellas. Allí: Tomás Valladares Pineda, Benjamín Marroquín y Pedro Alvarez, padre del joven periodista Rafael Alvarez Mónico. También se publicaron "El Santaneco", "El Imparcial" y "El Demócrata". Trabajaron en esos periódicos, caracterizados por su labor de cultura, Manuel Mayora Castillo (Jil Sol), Rodolfo Lorenzana, Ramón Gramajo, autor de varios libros sobre historia centroamericana, y Macario Sagastume (los tres guatemaltecos), José Dolores Corpeño, Carlos Trinidad Guerra, Carlos Vicente Vides (los dos últimos poetas de penacho romántico), Enrique Chacón y Carlos Martínez. Cierro el paréntesis.

Merece párrafos especiales en esta charla la revista "La Quincena". A mi juicio "La Quincena" es la mejor revista literaria que se ha publicado en el país, en lo que va del siglo. Caso extraordinario entre nosotros: vivió varios años, apoyada decidida y fervorosamente por el público salvadoreño que, como no se había civilizado tanto, con esa civilización de gasolina y de cemento que ahora impera, todavía creía en el espíritu. Al frente de "La Quincena" estaban, entre otros literatos, Vicente Acosta, Román Mayorga Rivas, Santiago I. Barberena y Calixto Velado. Por las páginas de "La Quincena" pasaron las más ilustres plumas del continente de habla española. En la poesía: Rubén Darío, Guillermo Valencia, Julio

Flores, Enrique González Martínez, Isaías Gamboa, Rafael Pombo, Amado Nervo, Leopoldo de la Rosa, Juan Ramón Molina, Froilán Turcios y Rivas Groot para no citar sino unos cuantos poetas. Entre sus colaboradores salvadoreños estaba Carlos Serpas, auténtico valor intelectual, de pensamiento europeo, cuya obra, aunque escasa, merece ser recogida y comentada. Sería prolijo señalar los nombres de todos los que animaban las páginas de "La Quincena" con bellos poemas, con prosa excelente y con trabajos científicos o históricos. En "La Quincena" colaboraban hombres de letras, no agentes de publicidad.

Por lo selecto de su material, porque recogía en sus páginas lo mejor de la producción intelectual de Hispano América, "La Quincena" llegó a ocupar puesto de primera fila entre las publicaciones literarias de América, con honra para El Salvador y para quienes la redactaban. Llegó a ser una revista continental, siendo citada a menudo por prominentes hombres de letras de México, de Colombia o de Argentina, cuando tenían que referirse al movimiento literario de los países americanos. Ninguna otra revista salvadoreña ha alcanzado el renombre de "La Quincena", que marca un jalón luminoso en la historia de la cultura nacional.

He reseñado el hecho, insólito por cierto en el ambiente mercantilista en que vivimos, que el público apoyaba dicha revista con entusiasmo. Quiero hacer hincapié en ello. A las pocas horas de ser puestas en circulación las ediciones de "La Quincena" se agotaban tanto aquí como en los departamentos. Cada tantas semanas había mucha gente en ansiosa espera de "La Quincena".

Dicen que las comparaciones son odiosas. Pero algunas comparaciones, aunque odiosas o simplemente penosas, son saludables. Compárese la actitud de la gente de 1906, por ejemplo, esperando con interés la llegada a sus hogares de "La Quincena", con la actitud de la gente de 1954, indiferente en su mayoría a las cosas del Espíritu. El balance es desfavorable para la segunda, que demuestra que es impermeable a las manifestaciones de la cultura y por ende que el país ha retrocedido en ese aspecto. Tengo esta experiencia. En las últimas tres décadas he sido director o jefe de redacción de varios diarios capitalinos. En todos ellos, fiel a mi amor por la cultura, he publicado páginas literarias y cuando por algún motivo de fuerza mayor esas páginas no fueron publicadas, nunca recibí queja de algún suscriptor por la no publicación de aquellas en el día establecido. Menos recibir palabras de simpatía y de aliento por la mencionada sección, salvo la felicitación de algún poeta en ciernes o de algún aprendiz de escritor que deseaban darse a conocer. Otro hecho, otra comparación. Antes las librerías eran eso, librerías, aunque decir esto parezca una perogrullada. Ahora no. Hay almacenes en que se venden numerosos artículos, hasta libros. Y esto de decir que venden libros es un decir. En realidad tienen libros en los estantes, siendo poquísimas las personas que se acercan a ojearlos, a curiosear su contenido. Me refería don Alberto Masferrer, una tarde en que hablábamos de estas cosas, doliéndose él del atraso intelectual del país, que hubo aquí, a principios del siglo, una librería de un señor español de apellido Gonzalbo, que pedía por centenares de ejemplares las obras de los más famosos

escritores franceses, alemanes, italianos y españoles, con venta segura y rápida. Puede algún librero de ahora, decir lo mismo? Creo que no. Aquella era la época en que se leían libros y revistas. Esta es la era de los paquines y de las tiras cómicas. Ante ese hecho, uno piensa que quizá tenía razón el poeta cuando escribió que todo tiempo pasado fué mejor.

En el año de 1912, además del "Diario del Salvador", del "Repertorio del Diario del Salvador", se publicaban en esta capital el "Diario Latino", dirigido por don Miguel Pinto, que no tenía entonces la importancia y el prestigio que alcanzó años después, cuando se convirtió en tribuna de líderes políticos opositores a regímenes gubernamentales que no contaban con la simpatía popular. También se publicaban el periódico "Vox Populi", dirigido por el periodista guatemalteco Alfredo Quiñónez, quien ya había tenido un diario en Santa Ana, alrededor de 1896 de nombre "El Occidental". "Vox Populi" vivió poco tiempo. En ese mismo año fundamos Jorge F. Zepeda y yo la revista "Helios", cuyas dos únicas ediciones tuvo que pagar su editor don Rogelio Caubet, a quien habíamos embarcado en esa aventura editorial. El mencionado año de 1912 se caracterizó por la efervescencia política contra el gobierno del doctor Manuel Enrique Araujo, efervescencia que se reflejaba en un periódico estudiantil, si mal no recuerdo titulado "La Verdad" y que redactaban los fogosos jóvenes Arturo Gómez, Carlos Serpas, Salvador R. Merlos y Rodolfo J. Mendoza. De ese grupo sólo está vivo Salvador R. Merlos, incorregible idealista, siempre verboso y cordial. A la par de ese grupo de tendencias políticas, había el otro, de muchachos soñadores a quienes la política importaba un bledo. Lo único que le interesaba al segundo grupo era la literatura. Eramos de esa tribu lírica: Julio Enrique Avila, José Valdés, Ovidio Cerna Sandoval, José Antonio Irías, Horacio Trujillo Ortiz, Carlos Bustamante, Guillermo F. Hall y Pablo Rubén Montúfar. Había además otro grupo de cultivadores de las letras: Abraham Ramírez Peña, Rafael García Escobar, Salvador Turcios R., Dr. Manuel Quijano Hernández, Salvador L. Erazo y José Dolores Corpeño. Algunos de los componentes de ese grupo acariciaban la idea de organizarse en centro de estudios, en academia. La idea tomó forma al fundarse el "Ateneo de El Salvador", con la ayuda del Presidente de la República, doctor Manuel Enrique Araujo, a quien había interesado en el asunto José Dolores Corpeño, del personal de la secretaría presidencial. La primera reunión se efectuó una noche de septiembre de 1912 en la oficina del Director General de Correos. Asistieron Alvarez Magaña, Corpeño, Armando Rodríguez Portillo, Salvador Turcios R., J. Fernando Chávez, Miguel Angel García, Augusto Castro Ramírez, José Antonio Irías, Manuel Masferrer y otros. Entre los propósitos que impulsaron la fundación del "Ateneo de El Salvador" estaban la de unir en un centro literario y artístico a los jóvenes intelectuales no sólo de El Salvador, sino de los demás países de Centro América y laborar por el florecimiento de las letras patrias. Inmediatamente después de fundado, el Ateneo empezó a publicar una revista, la que todavía se publica. El primer número de la Revista del Ateneo salió bajo la dirección de Manuel

Alvarez Magaña. Redactores: Jorge F. Zepeda y el que habla. Cuando preparábamos el segundo número fuimos eliminados por negarnos a insertar en él la prosa bárbara de un famoso ateneísta. El Ateneo ha tenido muchos altibajos, sobre todo después de la muerte del doctor Araujo y de la salida del país de su presidente Corpeño. Hay que reconocer que ha sabido sortear toda clase de dificultades: penurias, hostilidades, indiferencia, etc. Y allí está con cuarenta y tantos años de existencia. Es la más antigua organización literaria del país, sin que haya dado, por diversas causas, mayores frutos. Entiendo, sí, que se mantiene fiel a los propósitos de sus fundadores, casi todos desaparecidos en el seno de la muerte.

Uno de los acontecimientos del año 1912 fué la llegada del famoso escritor argentino Manuel Ugarte. Ugarte recorría el Continente haciendo propaganda agresiva, violenta campaña contra los Estados Unidos. Al Gobierno salvadoreño se le planteó un verdadero conflicto, pues coincidió el anuncio del viaje de Ugarte, como dejo dicho abanderado y vocero del llamado anti-imperialismo, con la esperada visita del Secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr. Knox. Don Román Mayorga Rivas fué comisionado para ir al puerto de Acajutla a conferenciar con Ugarte y convencerlo que siguiera para Tegucigalpa, mientras el Gobierno del Dr. Araujo agasajaba a Mr. Knox. Mayorga Rivas cumplió a satisfacción su cometido. Knox fue recibido un poco fríamente por el público de San Salvador, que tributó días después una calurosa ovación de bienvenida a Ugarte.

Ahora una anécdota: Ugarte se hospedó en el hotel Nuevo Mundo, a donde fui a saludarlo y entrevistarle en nombre de "Diario del Salvador", uno de los blancos de sus invectivas anti-imperialistas. Lo encontré rodeado de estudiantes y algunos obreros. Contestó displicentemente varias de mis preguntas y cuando le pedí una fotografía suya para ilustrar la entrevista, me contestó en tono desdeñoso, con gesto olímpico:

—Yo no soy bailarina.

Los jóvenes que lo rodeaban, todos ellos con etiquetas de rebeldes, me miraban compasivos y sonreían burlones. Yo salí de la habitación de Ugarte como dicen, con la cola entre las piernas... Al día siguiente cuando entregué a don Román la versión de la entrevista, me mostró una fotografía de Ugarte, la misma que exorna la carátula de algunos de sus libros. Se la había enviado el propio Ugarte por medio de un señor Gallegos. Ciertamente sin dedicatoria, pero con el deseo de que fuera publicada. Porque, como comentó don Román: todos los hombres son vanidosos, pero los grandes hombres, o los que presumen de tales, son más vanidosos aún. Lo he podido constatar, casi a diario, en mi carrera periodística.

En la penúltima década del siglo pasado, existió en San Salvador, la Academia de Ciencias y Bellas Letras, de la que formaban parte el doctor David J. Guzmán, Francisco Castañeda, Francisco Gavidia, Juan Bertis, Jerónimo Puente y Hernán Prowe. Órgano de la Academia era el "Repertorio Salvadoreño", que contiene trabajos literarios y científicos muy interesantes, aunque no muy originales y un poco mal escritos. Decía el periodista suramericano Juan Coronel del "Repertorio

Salvadoreño": Abrase en cualquier página la colección del "Repertorio Salvadoreño", y se encontrará que ese periódico, órgano de la Academia de Ciencias y Bellas Letras, constituye una verdadera antología selecta, formada en primer término con las producciones del talento salvadoreño, que sirvió como de estímulo para que la inteligencia de Centro América se reuniera bajo la presidencia moral de El Salvador y notificara al mundo castellano cómo, estas tierras se incorporaban en el movimiento progresivo de nuestra raza, llevando caudal propio de estudios y de esfuerzos para no quedarse a la zaga de sus hermanas del Sur".

Acto importante realizado por la Academia de Ciencias y Bellas Letras, fué el homenaje tributado al ilustre escritor ecuatoriano, dicho más ampliamente hispanoamericano, don Juan Montalvo. En ese homenaje al autor de "Los Siete Tratados", tomaron parte Vicente Acosta con una Elegía; Francisco Gavidia, con un estudio de los opúsculos y periódicos de Montalvo; el poeta Juan J. Cañas, con un soneto y Francisco Castañeda, con un estudio sobre "Los Siete Tratados". Fué un homenaje que honró a la intelectualidad salvadoreña, como hace poco la intelectualidad salvadoreña se honró honrando a Martí.

La Academia de Ciencias y Bellas Letras tuvo una vida efímera. Por causas políticas, varios de sus miembros tuvieron que emigrar a Guatemala y Costa Rica. Entre esos desterrados estaban Francisco Gavidia, Baltazar Estupinián y Francisco Castañeda.

En la época a que me refiero, el ahora discutido don Alberto Masferrer que representaba a El Salvador en Costa Rica, publicó su libro "Páginas", creo que el primero del mencionado escritor, libro comentado favorablemente por la prensa centro y suramericana. Yo quisiera creer con el fervor de otros en Masferrer, pero no puedo. Tendré algún día que expresar mi pensamiento sobre él, libre de toda bandería literaria o política.

En el movimiento intelectual de aquella hora figuraban en primera línea los doctores Manuel Delgado y Rafael Reyes, Salvador J. Carazo, costumbrista de prosa satírica y los hermanos Francisco e Isaías Gamboa, colombianos los dos, pero con hondo arraigo en El Salvador, al grado de que en algunos estudios sobre la literatura americana, publicados en Sur América, se les menciona como salvadoreños. Isaías publicó un tomo de versos con el título de "Flores de Otoño". Es autor de un breve poema, "La sonrisa del retrato", que junto con una excelente traducción de "El Cuervo" de Edgard Allan Poe, le conquistó los aplausos de la prensa continental. Don Francisco murió en esta capital; Isaías, si mi memoria no es infiel falleció en el Callao, Perú, cuando iba en viaje de regreso hacia sus patrios lares. Ese movimiento, algo bueno aportó a la cultura nacional. La producción de aquellos escritores se quedó en revistas y periódicos ocasionales. Creo que es deber del Ateneo de El Salvador recoger lo mejor de ella, depurarla y publicarla en libros, con notas biográficas si es posible.

A principios de 1913 llegaron a San Salvador el poeta hondureño Alfonso Guillén Zelaya y el periodista nicaragüense Gustavo Alemán Bolaños. Fundaron

aquí un diario: "El Mediodía", que como una ironía salía a medianoche. Las ediciones de "El Mediodía" no llegaron a cinco. Era una publicación literaria y política, bien escrita por cierto.

En ese mismo tiempo se publicaba "La República", periódico al servicio del Gobierno del Presidente doctor Araujo. Director, Manuel Mayora Castillo; redactor Enrique Chacón. Era impreso en la Imprenta Nacional, dirigida por don Próspero Calderón, costarricense, uno de los pioneros del Arte del fotograbado entre nosotros. Ni que decir que con la muerte del doctor Araujo, desapareció del escenario periodístico el periódico "La República". Fué una de las primeras órdenes que dio el sucesor, don Carlos Meléndez.

Pasaron por aquí en ese entonces tres jóvenes escritores nicaragüenses, haciendo intensa labor literaria desde las columnas del "Diario del Salvador": Roberto Barrios, Hernán Rosales y Arcadio Choza. Sus escritos hacían esperar para ellos un porvenir brillante en las letras centroamericanas. Pero la vida y la muerte les quebraron las alas. Barrios y Rosales viven en México, ya viejos, y lo que es peor, envejecidos, haciendo labor anónima en el periodismo. Choza murió en Guatemala como había vivido, en la miseria. Entre los escritos de Roberto Barrios hay un ensayo sobre Ramón Rosa, el ilustre hondureño. Es un trabajo que vale. En ese movimiento figuran también con una obra apreciable Juan Ramón Uriarte, Francisco Herrera Velado, Armando Rodríguez Portillo y Alberto Rivas Bonilla. Uriarte era el Jefe de Redacción del "Diario del Salvador". Con el pseudónimo de Urialba trataba donosamente temas políticos y literarios. Años después Uriarte se desenvolvió mejor y llegó a ocupar puestos destacados en el magisterio y en la literatura nacionales. Herrera Velado, buen poeta y ameno cuentista, no prodigaba al público sus producciones, no por egoísmo, por torremarfilismo, sino por un complejo de timidez. Creo que de esa época es su libro de versos "Fugitivas". Rodríguez Portillo trabajaba sus versos, en cánones clásicos. En Rivas Bonilla se saludaba a un verdadero poeta. Se había revelado como tal en un concurso literario. Rivas Bonilla ha descollado después como cuentista, uno de los cuentistas aceptables que tiene El Salvador. Confieso que nunca he podido tragarme, como obra literaria, los cuentos de cipotes de Salarrué. Tampoco he podido tragarme como cuentos algunas malas prosas, que son en realidad relatos desteñidos.

Es posible que en la anterior exposición de dos aspectos, dos épocas de la vida literaria salvadoreña, se me hayan escapado algunos nombres. Disculpado está ello en gracia a que al correr de esta charla casi siempre he citado de memoria y de que las anteriores cuartillas fueron redactadas a vuela pluma —periodista al fin! Confieso que pocas horas antes de venir aquí esta noche las releí, y las encontré desaliñadas, inconexas, llenas de datos dispersos; pero de algo han de servir al que emprenda la tarea de revisar, depurar y ordenar la producción intelectual del pasado, producción que deberá servir de punto de orientación a las nuevas generaciones de aficionados a la literatura, entre los que es posible haya en embrión un hombre de letras. Y no hay un hombre de letras, un auténtico

hombre de letras, que pueda disculparse de desconocer la historia literaria de su país y menos que pueda negar, sin conocerlos, a sus antecesores. Ese ha sido el propósito de esta charla: hacer una breve reseña de lo que en el orden literario y periodístico se hizo aquí en un período de veinticinco años, en un innegable aporte a la cultura nacional. Lo he hecho, no con la pretensión de enjuiciar aquella época, sino cumpliendo con mi deber de apuntar algunos datos referentes a dicho lapso y que pudieran perderse.

Agosto 12 de 1954.

IDEAS PARA UN PROGRAMA DE FILOSOFIA DE LA EDUCACION

Para Escuelas Normales y Facultades de Pedagogía

Por ALFREDO BETANCOURT

PRECISION Y ALCANCE DEL CONCEPTO

La Filosofía de la Educación es una disciplina cultural pedagógica de alto valor, que se ha formado por la posición mental del hombre frente a su evolución social en relación con el problema educativo. Ha surgido de las diversas concepciones sobre *lo que es y lo que debe ser el hombre*; del criterio sobre la conducta humana, en lo imnante y en lo trascendente. En el contenido esencial, el concepto de Filosofía de la Educación enfoca al hombre y a sus circunstancias de espacio y de tiempo y a las ideas de progreso espiritual, con el fin de encontrar las razones últimas del fenómeno educativo y de la correlación de éste con los valores de la cultura. Además, explieca con sentido crítico, la finalidad

de la capacitación consciencial del mismo hombre, tomando en cuenta la época, el escenario, los agentes educativos y los ideales de la sociedad.

En resumen, responde esta materia a las cuestiones: ¿qué es educación?, ¿quién educa?, ¿a quién se educa?, ¿para qué se educa?, ¿cómo debe educarse?, ¿qué factores intervienen en el proceso educativo?, ¿qué ideales deben inspirar a la faena docente? Al responder estas cuestiones cardinales la Filosofía Educativa, llena los aspectos teleológicos, doxológicos, axiológicos, pragmáticos, gnoseológicos, sociológicos, etc., y la función de ella es indiscutiblemente beneficiosa; al fin, de seria cultura.

II

PROPOSITOS ESENCIALES

Los fines primordiales o esenciales de

la Filosofía de la Educación en la preparación del magisterio, son los de afirmar una concepción verdadera de la actitud docente; que por medio de ella alcance el maestro a comprender el valor ecuménico trascendente de su actitud humana como educador. De esta manera adquirirá una consciencia responsable de su gesto frente a las generaciones en formación y frente al futuro. Precisamente esta actitud dará el carácter al educador. Es que la Filosofía de la Educación sirve como guía ideológica y centro coordinador de las diferentes disciplinas que concurren en el fenómeno educacional; es decir, unifica los contenidos de la Ciencia, del Arte, de la Técnica, de la Política y de la misma Filosofía, ramas que informan la preparación profesional del maestro para conseguir determinados fines. Sin trascendencia y rumbo ideológico se juzga a la carrera magisterial cuando carece del sentido o significado que le comunica y le determina esta rama de la cultura, la cual no debe entenderse como breviarío abstracto y escueto, sin aplicación de fondo; por el contrario, que ella sea capaz de señalar el debido valor a la gestión del maestro. Ha de considerarse a la Filosofía de la Educación como una magnífica fuente de cultivo profesional humanístico que permita el razonamiento más inteligente y serio enfoque de los graves problemas de la política docente y del ideal educativo, que han de encauzar la trayectoria histórica de la nacionalidad. Analizando bien el asunto, éste debe ser el principal objetivo de la materia en cuestión, en su contenido puro y en su aplicación práctica. Esto no implica la exclusión de las necesarias reflexiones sobre los principios educativos universales y sobre las

distintas corrientes propuestas por pensadores de diferentes épocas y países para resolver el problema. Encontrar la justa correlación de las cuestiones pedagógicas nacionales con los principios universales y tratar de darles la conveniente solución y debida utilidad práctica, es una de las características de esta disciplina.

Resumiendo.—El propósito primordial de la Filosofía de la Educación es el cultivar el valor filosófico intrínseco en la gestión pedagógica, para conseguir que en la consciencia del maestro se defina una concepción justa de la categoría superior de la educación en la vida de los pueblos; y con esta capacitación sabrá dar la posición que merece a la educación frente a otras actividades humanas. Esto traerá como consecuencia valiosa la mejor orientación de las generaciones en desarrollo para bienestar de los pueblos.

III

CENTROS DE OBSERVACION

- a) —La vida cultural de la nación.
- b) —Los grandes problemas humanos.
- c) —Los grandes problemas nacionales.
- d) —Las nociones de Filosofía General.
- e) —Las nociones esenciales sobre Ciencias de la Educación.
- f) —Las nociones generales sobre Sociología y Política.
- g) —Los principios técnicos de Didáctica.
- h) —Las nociones elementales sobre las Ciencias en general.

IV

AREAS Y TEMAS (Tesis)

- a) —Grandes áreas de la asignatura;

ellas deben correlacionarse con el fin de presentar una unidad de propósito y de principios programáticos.

b—Para favorecer el trabajo del catedrático se deben señalar áreas en forma de guiones sintéticos; pero además, y con el mismo fin, se han de especificar pequeñas áreas a manera de tesis o puntos que analicen las grandes áreas.

V

PROGRAMA DE FILOSOFIA DE LA EDUCACION

(En grandes áreas).

Grandes Areas para desarrollarse en un período de 6 meses lectivos.

- 1º—Contenido y alcances de la Filosofía de la Educación.
- 2º—Posición de la Filosofía de la Educación entre las Disciplinas Filosóficas.
- 3º—Orientación filosófica de la Educación.
- 4º—Concepto y campo de la Educación. (Principales factores que intervienen en el proceso educativo).
- 5º—Tipos de Educación (Diversos sistemas educacionales).
- 6º—Maestro y Profesor como educadores y otros factores que intervienen en el fenómeno educacional.
- 7º—La Filosofía de la Educación como doctrina para un modo de vivir.
- 8º—Funciones generales de la Educación.
- 9º—Las funciones de la Escuela en la formación del Individuo.
- 10º—Ciencias Formales, de la Naturaleza y Ciencias del Espíritu y su importancia para la educación.
- 11º—Auxiliares científicos y filosóficos del Educador.
- 12º—El problema del método en la Pedagogía.
- 13º—La Didáctica: esquema práctico para la función instructiva.
- 14º—Esquema del fundamento, proceso y resultado de la Educación Funcional.
- 15º—La formación del Magisterio.
- 16º—La Educación del carácter.
- 17º—La Educación y el Progreso.
- 18º—El Problema de la Experiencia Educacional.
- 19º—El Problema de la Libertad en relación con la Educación.
- 20º—El Problema de la disciplina pedagógica.
- 21º—La Pedagogía y los Valores. (Axología Pedagógica).
- 22º—El Problema Educativo y la Religión.
- 23º—El sentido de la Cultura. La Cultura y la Educación.
- 24º—Lo nacional y lo internacional. Organismos culturales internacionales.
- 25º—Grandes corrientes filosóficas y el fenómeno educacional.
- 26º—La Política y la Educación. La doctrina democrática - revolucionaria. (La Escuela y la Sociedad).
- 27º—La situación física, moral e intelectual del niño salvadoreño.
- 28º—Interpretación de la doctrina educativa de los Programas de Educación Primaria de El Salvador.
- 29º—Los grandes problemas de la vida nacional.
- 30º—La Educación Fundamental.

PROCEDIMIENTOS DIDACTICOS APLICABLES EN ESTA ASIGNATURA

Los medios más adecuados para el

desarrollo del Programa de Filosofía Educativa son aquellos en los cuales participan activamente los alumnos bajo la dirección "discreta e inteligente" del catedrático, quien ha de ser conocedor profundo de los diferentes contenidos de la materia. El catedrático ha de tomar a sus discípulos como compañeros de estudio, indicándoles cómo deben ser considerados los asuntos y de qué fuentes pueden valerse para ahondar mejor en la preparación.

Estos son los procedimientos que han de ser usados, sin que ello quiera decir que el Profesor no pueda ingeniarse otros más valiosos o más originales:

1º) Cuadros sinópticos en los que se ejercite la capacidad de síntesis y de análisis por parte del educando. Con esto se usa debidamente la inteligencia y la memoria asociativa. Esas funciones lógicas deben ejercitarse con base en textos de estudio y en las cuestiones racionalmente enfocadas.

2º) Ejercicios de glosa y comentario hechos por los alumnos, ya individualmente, ya por equipo, en obras recomendadas por el catedrático.

3º) Exposición doctrinaria de las principales tesis contenidas en las unidades programáticas, hecha por el catedrático.

4º) Exposición o conferencia por el alumno, quien ha de desarrollar una tesis o un asunto investigado.

5º) Lectura comentada de tesis sustentadas por grandes pensadores en materia de educación. Esta función la efectuará el Profesor.

6º) Análisis crítico, hecho por Profesor y alumnos, sobre los graves problemas educacionales de la nación y en relación con lo universal. Conviene primero consultar los mejores tratadistas.

7º) Efectuar mesas redondas, presididas por los alumnos electos por los compañeros. En ellas se aplicará el sistema de disputa o el método hegeliano; objeto de esto es aprender a discutir temas serios de manera inteligente y fructífera.

8º) Investigación por equipo y elaborando conclusiones escritas.

9º) Conferencias fuera de la Escuela y de preferencia en centros de readaptación.

10º) Visita a diferentes centros de dirección de la vida nacional.

11º) Conferencias de personas especializadas en asuntos de la vida nacional y de personas que conozcan los problemas educativos universales.

12º) Publicación de trabajos en órganos periodísticos.

13º) Elaboración del "Archivo Personal".

14º) Formación de Clubs.

15º) Desempeño de comisiones ante los diferentes sectores sociales.

VII

CONCLUSION

Es de suponer que cuando un estudiante haya cursado de manera regular y con afán de penetración los dictados de esta asignatura, ha de poseer cierta capacidad de criterio que le permita el análisis juicioso de los problemas cardinales de la educación. Por la riqueza mental y moral de gran altura, el joven así preparado ha de tomar actitudes y posiciones que acusarán serenidad de juicio, nobleza de principios, visión doctrinaria en su credo y en su conducta, contextura intelectual y madurez emocional, que le darán autoridad de maestro, estatura ciudadana y

genuina condición de hombre culto. Es que la Filosofía de la Educación incide necesariamente en todas las grandes faenas humanas, en todas las formas creadoras, comunicándoles significación y firmeza.

OBRAS DE CONSULTA

- 1.—Filosofía y Educación, por August Messer.
- 2.—Filosofía de la Educación, por W. H. Kilpatrick y otros.
- 3.—Filosofía de la Educación, por Diego González.
- 4.—Filosofía de la Educación, por John Dewey.
- 5.—Pedagogía, por Lorenzo Luzuriaga.
- 6.—Filosofía de la Educación, por José Lombardo Radice.
- 7.—Sentido Filosófico de la Educación, por Alfredo Betancourt.
- 8.—Hay que cambiar de Educación, por Robert Dottrens.
- 9.—Educación y Plenitud Humana, por Juan Mantovani.
- 10.—Experiencia y Educación, por John Dewey.
- 11.—La Escuela y la Psicología, por Edmundo Claparede.
- 12.—La Escuela Laica, por Ferry, Buisson y otros.
- 13.—La Ciencia de la Educación, por John Dewey.
- 14.—Psicología para Maestros, por Otto Lippman.
- 15.—La Psicología Individual y la Escuela, por Alfredo Adler.
- 16.—Enciclopedia de la Educación Moderna. (Varios autores). Editorial Losada.

Escuela Normal "Alberto Masferrer"
1956.

EN EL CENTENARIO DE ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Por MAX HENRIQUEZ UREÑA

La obra literaria de Juan Zorrilla de San Martín, cuyo centenario acaba de conmemorar el Uruguay, puede dividirse en tres grandes aspectos: el poeta lírico, el poeta épico indigenista, y el prosista; si bien en este último campo conviene destacar otros dos aspectos importantes: el orador y el historiador.

Zorrilla de San Martín se inició en la vida de las letras como poeta lírico: su primer libro fué un manojito de versos becquerianos, *Notas de un himno*, que en 1876 dió a la estampa en Santiago de Chile, adonde había ido a completar sus estudios de derecho. Es el libro de los veinte años. Ahí está patente la influencia de Bécquer, pero lo esencial es que en ese libro se revela un poeta que tiene ya personalidad propia, y es capaz de hombrearse con su modelo, como lo demuestran estas estrofas:

*Ruidos nocturnos que en el aire nacen,
que el alma escucha cuando se halla sola,
hijas de un mundo misterioso y vago
son estas notas.*

*Yo las sorprendo y al rumor las robo
tales cual vienen, sin color ni forma;
yo las comprendo: comprenderlas pueden
las almas tristes y las almas solas.*

Y estas otras, de la poesía que él llamó *La Inspiración*:

*Sueños que no se sienten
y dejan de su vida
la huella que en las olas,
la imagen de una flor;
desconocido rastro
que aun trasparente el alma
cual guardan las pupilas
una impresión de amor.*

*Recuerdos sin imagen,
ternura sin recuerdo,
latidos que remedan
el ritmo del laúd;
lágrimas que no lloran,
sonrisas instintivas,
dulce expresión del pecho
que aspira aroma y luz.*

A las *Notas de un himno* subsiguió *La leyenda patria*, canto heroico compuesto a su regreso a Montevideo, en 1879. Retornaba a su patria el poeta, con veinticuatro años de edad, un título de abogado y un mundo de sueños. Alejandro Magariños Cervantes, que por aquel tiempo ejercía en Montevideo el patriarcado literario, lo comprometió a concurrir al certamen poético convocado oficialmente con motivo de la proyectada inauguración del Monumento a la Independencia, que había de erigirse en la histórica ciudad de Florida. Cuando Zorrilla terminó el poema —contaba él mismo que gracias al auxilio continuo del café, porque faltaban pocos días para vencerse el plazo de admisión—, observó que sobrepasaba el número de versos señalado como máximo en las bases del concurso. Lo envió de todos modos, contando con que acaso podía ser excusable esa circunstancia, pero el jurado eliminó del certamen el poema, si bien recomendó que fuera leído en el solemne acto de la inauguración del monumento. Zorrilla accedió a ir a leerlo allí él mismo; el poeta premiado, Aurelio Berro —a la sazón ministro de Hacienda— lo buscó para rogarle encarecidamente que así lo hiciera.

Varios son, y muy pintorescas, las reseñas de aquel acto, empezando por la de Daniel Muñoz, el agudo y ocurrente Sansón Carrasco. Contratiempos hubo en el traslado hasta la ciudad de Florida, a causa de aguaceros torrenciales que hicieron forzoso el aplazamiento de la ceremonia, que estaba señalada para la fecha histórica del 18 de mayo y hubo de celebrarse al día siguiente.

Amaneció luminoso y sereno el día. El acto se desarrolló conforme al rito habitual en estos actos oficiales. Se leyó la composición premiada de Adolfo Berro, que aunque declamatoria no estaba exenta de ocasionales brotes de emoción lírica; y empezaba con un grito en que el poeta parecía dispuesto a competir con Josué:

¡Para, cálido sol, tu raudó vuelo!

Fué leída después la composición que había recibido el segundo premio, *La lira rota*, del médico y poeta Joaquín de Saltaraín, que por fortuna abandonó los versos y se consagró a la oftalmología, en la cual descolló.

Zorrilla recitó después su poema, y al decir de los que reseñaron el acto, lo hizo con ese arte supremo y esa elocución insuperable que tenía como orador. Después del ineficaz mandato de Aurelio Berro al sol para que parase su curso (que algunos interpretaron como una orden para que no volviera a llover, como la víspera), vibró la voz armoniosa, pródiga en suavidades becquerianas, de Zorrilla de San Martín:

*Como el ala aterida de un insomnio
siento que abrumba el pensamiento mío
noche de esclavitud, de amargas horas,
sin perfumes, sin cantos, sin auroras,
vaga, en la margen del paterno río...
De los llorosos sauces
que el Uruguay retrata en su corriente
cuelgan las arpas mudas...*

Cuentan que al punto se caldeó el ambiente. La concurrencia escuchó a Zorrilla de San Martín, embelesada, extática; pero aparte de su extraordinario arte para recitar, estimo que influyó y no poco, en su éxito de ese día, el comienzo de su composición, en ese tono becqueriano que le era peculiar. Años después modificó los versos iniciales, sustituyéndolos por estos otros, más académicos y menos emotivos:

*Es la voz de la patria... Pide gloria...
Yo obedezco esa voz. A su llamado
siento en el alma abiertos
los sepulcros que pueblan mi memoria,
y, en el sudario envueltos de la historia,
levantarse sus muertos.*

El propio poeta, pasado algún tiempo, lamentaba haber hecho esa sustitución, pero ya, en las que podemos llamar ediciones oficiales del poema, y en la memoria popular, esta última forma es la que había quedado consagrada como definitiva.

Cuando el poeta terminó de recitar su poema, el entusiasmo público parece que rayó en el delirio; y Aurelio Berro hizo además de arrancarse, para donársela a Zorrilla de San Martín, la medalla de oro que acababa de recibir —gesto que cuadraba bien dentro de los arrebatos de la época romántica—, pero Magariños Cervantes, como presidente del jurado, lo impidió.

Una de las notas que dan mayor colorido a la biografía de Zorrilla de San Martín es el hecho de que durante años y años, en solemnes conmemoraciones patrióticas, se le buscaba para exigirle que recitara *La leyenda patria*, que al brotar de sus labios cobraba doble encanto y doble prestigio; y aun en otros actos y en reuniones priva-

das era frecuente que se le invitara a decir su poema. El propio Zorrilla evocaba sus éxitos como recitador, y contaba:

“Luego de la inauguración del monumento, yo recité muchas veces *La leyenda patria*, algunas en ocasiones memorables. Recuerdo, entre ellas, las del banquete que dimos a José Pedro Ramírez en el hotel Oriental, cuando lo elegimos rector de la Universidad. Fué aquella una gran demostración cívica, y en aquel ambiente caldeado, Ramírez me pidió que recitara *La leyenda*, y yo accedí. Fué una noche inolvidable: no la recordarán igual los mejores cantantes. También en Buenos Aires recité con gran éxito mi poema en diversas ocasiones, y no puedo olvidar que en Madrid, en casa de don Juan Valera, una noche me exigieron que lo recitara y tuve que acceder a ello. Estaba en el salón de don Juan la preza de las letras españolas de la época. Recuerdo, como nota curiosa, que doña Emilia Pardo Bazán me dijo “que aun cuando no entendía el significado de los nombres propios de héroes y batallas de que está lleno el poema, la eufonía indígena de los mismos le encantaba”. (No es ocioso aclarar que los nombres propios de origen indígena citados en el poema, se limitan a dos: Sarandí e Ituizangó, porque no sería lícito pensar que la mención ocasional del Chimborazo dejara confusa a doña Emilia).

A la magia del recitador cabe atribuir el juicio que formuló Paul Groussac, exigente de suyo en otras ocasiones: “*La leyenda patria* me parece superior al *Canto a Junín*, de Olmedo”. Groussac escribió esas frases todavía bajo el influjo de la impresión profunda que le causó oír el poema de labios de Zorrilla.

No era, de todas suertes, Zorrilla de San Martín un poeta llamado a esgrimir “la alta espada del canto”, dicho sea con palabras de Gutiérrez Nájera. La nota bélica no era la que había de darle mayor gloria, y si en algo acertó al escribir *La leyenda patria* fué en dar sentido lírico y eminentemente personal a ese canto, no obstante el motivo heroico que lo inspira.

La obra poética que había de inmortalizar a Zorrilla de San Martín, asignándole un puesto único en la poesía hispanoamericanista, es un poema indigenista que tiene constantes resonancias líricas, pero que puede llamarse épico porque evoca el historial de una raza.

Esa obra es el poema *Tabaré*, que responde al movimiento llamado *indigenista* dentro de la corriente del *americanismo literario*. Los antecedentes de la tendencia indigenista del siglo XIX pueden remontarse a los poetas de la conquista, empezando por Ercilla, que con tan vigorosos brochazos pintó a los araucanos. En el Uruguay, que por su posición geográfica y por circunstancias políticas e históricas tenía fuertes nexos con el Brasil, deben haber ejercido algún influjo dos poemas brasileños del siglo XVIII: *Uruguay*, de José Basilio da Gama y *Caramurú*, de fray José de Santa Rita Durao. Además, algunos autores europeos, como Marmontel y Chateaubriand, poetizaron al indio a fines del siglo XVIII, el primero con *Los Incas*, novela para la cual tomó por guía al Inca Garcilaso de la Vega, y el segundo con *Atala*, cuya primera versión al español se debió al mexicano fray Servando Teresa de Mier. Esa literatura tuvo repercusión inmediata y extensa en toda la América española. No pocas composiciones poéticas de autores americanos se inspiraron en *Atala*, y con

igual título estrenó un drama el colombiano José Fernández Madrid, autor, además, de otro drama indigenista, *Guatimozín*, que hizo representar a presencia de Bolívar, a quien lo dedicó. Ese drama es una de las primeras manifestaciones de la tendencia política que se anexó, durante un tiempo, al indigenismo: enjuiciar severamente la obra de la conquista española como un argumento más en favor de la independencia. Ese fué el rasgo característico del primer brote de indigenismo en el siglo XIX: dentro de esa corriente se cuentan otros dramas, como *Camila* o *La patriota de Sudamérica*, por el chileno Camilo Henríquez; *Atahualpa*, del peruano Carlos Augusto Salaverry; *Iguaniona*, del dominicano Javier Angulo Guridi; y *Hatuey*, del cubano Francisco Sellén; y una gran cantidad de composiciones poéticas: entre ellas *En boca del último Inca*, del colombiano José Eusebio Caro; el poema *Las sombras*, en el que José María Heredia hizo desfilar a Moctezuma, Guatimozín, Atahualpa, Manco Capac, Tupac Amaru y otras altas figuras de la historia indígena, y las ricas y abundantes *Fantasías indígenas*, del dominicano José Joaquín Pérez. En la novela importa no olvidar a Manuel de Jesús Galván, también dominicano, autor de la admirable novela *Enriquillo*.

Zorrilla de San Martín encontró en casa, esto es, en su propio Uruguay nativo, otros antecedentes del poema que concibió con el nombre de *Tabaré*: así *Celiar* y otros poemas y novelas de Magariños Cervantes, y el drama *El charrúa*, en el que Pedro P. Bermúdez llevó a la escena una leyenda que versificó Adolfo Berro con el nombre de *Yandubayú* y *Liropeya*, asunto que Berro tomó a su vez del poema *La Argentina*, de Martín del Barco Centenera. Pero la inspiración directa la recibió Zorrilla de una tradición araucana, en la cual aparece un indio de ojos claros, que le inspiró primero una leyenda y después un drama que no llegó a ver la luz, hasta que en definitiva su creación se concretó en el poema *Tabaré*.

En la producción juvenil de Zorrilla apuntan ya los primeros destellos de inspiración que habían de iluminar el advenimiento de *Tabaré*. Una composición suya lleva por título *El ángel de los charrúas*. En ella el poeta exclama:

¡Cayó una raza inocente!
 ¡Sin dar un paso hacia atrás,
 dobló la bronceada frente!
 ¡Cayó una raza inocente
 para no alzarse jamás!

Solemnemente evoca esa raza en *Tabaré*, no sin lanzar en los comienzos del poema una exclamación que recuerda el *Non omnis moriar* de Horacio:

Yo te ofrezco, ¡oh ensueño de mis días!
 la vida de mis cantos, que en la tierra
 vivirán más que yo... ¡Palpita y anda,
 forma imposible de la estirpe muerta!

Tabaré resume el choque y el abrazo de dos razas antagónicas: la del conquistador español y la del indio americano. El héroe del poema, Tabaré, es un mestizo de ojos azules, hijo del cacique charrúa Caracé y de una española, que en la confusión originada por un asalto quedó abandonada, y él la hizo suya. Esta española, Magdalena, bautiza a su hijo Tabaré y lo enseña a orar, pero muere dejándolo muy niño. Tabaré crece, mientras la lucha entre charrúas y españoles es incesante. Un día, Tabaré cae preso de los españoles. En casa del jefe de la plaza, don Gonzalo de Orgaz, ve a la esposa de éste, doña Luz, y a su hermana Blanca, de tez morena y ojos negros: a la vez que en su memoria se reaviva el borroso recuerdo de su madre, siente nacer por Blanca un amor profundo.

Y como en toda creación poética hay un elemento autobiográfico, bueno es recordar que Zorrilla perdió, cuando él tenía año y medio de nacido, a la que le dió el ser, fallecida a los veintisiete años. Aprendió a amarla, pero lo que amaba era una abstracción, una sombra, un ensueño, al igual que Tabaré ya había expresado ese sentimiento en una de sus composiciones juveniles intitulada *¡Madre mía!*

*Yo conozco ese acento
que desmaya en mi oído,
tierno como el recuerdo de mi cuna,
triste como el adiós para el martirio*
.....

*Ni un recuerdo siquiera
de tu imagen consigo;
ni una chispa salvada del incendio
que mi dicha arengó siendo tan niño.*
.....

*Como el rito mosaico,
todo misterio y símbolos,
tu recuerdo sin forma en mi alma engendra
un culto hacia tu ser, casi divino.*
.....

*Un culto no me basta:
el templo está vacío;
en los templos se adora de rodillas,
y yo quiero tus brazos: ¡soy tu hijo!*

Análoga es la honda emoción lírica que en todo el poema envuelve el recuerdo de Magdalena, la madre desaparecida. Los versos más emotivos de *Tabaré* son aquellos que contienen esa evocación o que entonan una dulce elegía al anunciar su muerte:

*¡Cayó la flor al río!
Los temblorosos círculos concéntricos
balancearon los verdes camalotes
y en el silencio del juncal murieron.*

*Las aguas se han cerrado:
las aguas despertaron de su sueño,
y a la flor abrazaron, que moría,
falta de luz, en el oscuro légamo.
Las grietas del sepulcro
han engendrado un lirio amarillento:
tiene el perfume de la flor caída,
su misma palidez... ¡la flor ha muerto!*

El amor que Blanca inspira a Tabaré se entrelaza estrechamente con el recuerdo subconsciente de la madre muerta. Al verla, cierra los ojos y quiere alejarse, esquivo:

*Es que cierra los ojos, y no obstante
ve la imagen de Blanca entre los velos
de una aurora confusa, imperceptible,
que ilumina el nacer de sus recuerdos.*

*¿Es ella la que flota en su pasado?
¿Es la blanca visión de sus ensueños?
A una mujer tan blanca como aquella
oyó cantar los cánticos maternos.*

*El indio siente confusión ignota;
vacila, tiene miedo;
busca la niña, y huye al encontrarla,
huye de la ilusión y del misterio.*

Los diálogos entre Tabaré y Blanca y los cantos en que aparece la madre muerta son el nervio central del poema. Después vienen incidentes y complicaciones que precipitan el desenlace: al charrúa mestizo le devuelven su libertad, y condición de que no vuelva a internarse en el poblado. Una banda de indios mandados por el cacique Yamandú asalta el caserío de los españoles y se lleva a los bosques a Blanca desmayada. Surge Tabaré, lucha con Yamandú y lo estrangula, carga a Blanca para llevarla al pueblo, y don Gonzalo, que supone que Tabaré sea el raptor de Blanca, le da muerte.

En torno a ese sencillo argumento, Zorrilla de San Martín creó una obra maestra. *Tabaré* es la meta más alta que alcanzó la literatura indigenista.

La obra de Zorrilla de San Martín como prosista es también valiosa y brillante. Sus primeras producciones en prosa fueron unas cuantas leyendas que escribió en su primera juventud para el periódico *La Estrella de Chile*: una de ellas, la que recoge una tradición araucana en la que aparece un indio de ojos claros, y de ahí surgió después un drama en verso, que nunca se publicó, y por último, *Tabaré*; otra, *El Ángel del Guabiyú*, relativa a Artigas, primera evocación que hace Zorrilla del gran personaje histórico que había de motivar más adelante su grandiosa obra *La epopeya de Artigas*. A esa misma época juvenil de las leyendas corresponde un folleto, *¡Jesui-*

tas!, que publicó, como alumno de la casa de los padres jesuitas en Chile. Católico sincero, en ese folleto declara que desde niño fué “católico ferviente, por tendencia generosa, por recuerdo dulcísimo y por profunda convicción”.

El más antiguo de sus libros en prosa es *Resonancias del camino* (1895) donde recoge impresiones de viaje. Después dió a la estampa: *Huerto cerrado* (1898), donde hay siluetas hechas de mano maestra, como la del sacerdote Mariano Soler. No son, sin embargo, esas obras, aunque bellamente escritas, las que mejor lo acreditan como prosista, ni tampoco otro libro, que lanzó después de la hecatombe mundial de 1914: *El sermón de la paz* (1927).

Su producción más valiosa en prosa se concentra en dos grandes direcciones: la oratoria y la historia.

En un tomo recogió sus principales *Conferencias y discursos*. Hoy, privadas esas disertaciones de las inflexiones armoniosas de la voz de Zorrilla, y pasada la oportunidad en que se produjeron, no están llamadas a despertar el entusiasmo que provocaron antaño. No obstante, siempre habrá que admirar en Zorrilla el método riguroso, claro y preciso con que desarrollaba en cada caso la idea central. Zorrilla de San Martín no abusaba de la imagen florida y grandilocuente: su oratoria era demostración y análisis de una idea; trataba de convencer, no de deslumbrar, y esto sí es asombroso en quien tenía tan excepcionales dotes de declamador y era capaz de abrumar a su público con efectismos verbales. Su conferencia sobre el Descubrimiento y Conquista del Río de la Plata, dictada en el Ateneo de Madrid, es una síntesis cabal de aquel hecho histórico. Ahí se ve, claro está, más al historiador que al orador, aunque seguramente su elocución correcta y expresiva le aseguraba el unánime aplauso de sus oyentes, ya que, al cabo, el mayor éxito de sus discursos, por enjundiosos que fueran, consistía en el modo de decirlos.

Su producción como historiador es la más importante que dejó en prosa. El tema de Artigas, que desde su juventud lo atrajo, es el que desarrolla en los dos gruesos volúmenes de su obra capital: *La epopeya de Artigas*. Esta obra es el fruto de un encargo que confirió a Zorrilla el gobierno del Uruguay; ilustrar, con un estudio integral de la vida y el pensamiento político de Artigas, a los artistas que habían de presentarse al concurso que se convocaba para erigir un monumento al héroe. Zorrilla desarrolló el asunto en veintisiete conferencias. Su análisis histórico es riguroso y preciso, pues sus fuentes son seguras y sus deducciones son, por lo general, atinadas.

No es este magnífico libro su única obra histórica. Ya en 1917 había publicado unos interesantes *Detalles de la Historia Rioplatense*; y su última producción, su canto de cisne, *El Libro de Ruth*, en rigor un libro de ensayos, contiene un estudio fundamental sobre los métodos y el modo de comprender la historia.

Grande fué, en sus diversos aspectos, la obra de Zorrilla de San Martín, a lo largo de la cual vibra una nota persistente, invariable, insustituible: el amor patrio, que esplende como una explosión de aurora en *La leyenda patria*, que palpita al través de las estrofas de *Tabaré*, que presta calor y energía a sus discursos y conferencias y a sus trabajos de historia, y culmina en su glorioso tributo a Artigas, el blandengue extraordinario, cuya memoria es símbolo supremo de independencia y dignidad.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Síntesis.—Revista Cultural de El Salvador—Director, Abelardo García Gandía. N^o 18—Correspondiente al mes de septiembre de 1955. Ediciones de la Secretaría de Información de la Presidencia de la República. Colaboraciones en el número mencionado: "José Matías Delgado, Insigne Prócer", por Adolfo Rubio Melhado. "Proclama del hombre de la ciudad", por Antonio Gamero. "Versos", por Gustavo A. Ruiz. "Erasmus, la Dictadura del Espíritu y de la Soledad", por Mario Hernández Aguirre. "Manuel Álvarez Magaña, Inspirado Poeta", por Federico Cárdenas Ruano. "La Venganza de Pedro Calito", por José Enrique Silva. "Anotaciones sobre el Neo-Realismo", por Waldo Chávez Velasco. "Ballet de los días futuros", por Eugenio Martínez Orantes.

"No quiero a naide", por Francisco Rodríguez Infante.

*

La Nueva Democracia.—N^o 2—Nueva York. Abril. Publica: "Primavera Religiosa de las Palabras", por Fernando Ortiz. "Meditación del Tiempo y la Cultura", por Francisco Romero. "Valoración de Martí", por Federico de Onís. "Testimonios Olvidados", por Enrique Gandía. "La mañana en El Cairo", por Arturo Uslar Pietri. "Brasil: proyectos y realizaciones", por Adolfo Sautone. "Fondo y forma de las coplas de Manrique", por Agustín Basave. "Liberales y Neocatólicos franceses", por Pedro de Alba. "Un perfil de José Ortega y Gasset", por Luis Amador Sánchez.

"Proceso del arte indoamericano", por Felipe Cassio del Pomar. "La Institución de la Religión Cristiana", por Alfonso Rodríguez Hidalgo.

*

Humanismo.—Nos. 35-36 correspondiente a los meses de marzo y abril de 1956. Editada en México, D. F. Algunos de los trabajos que publica: "Contra Marcha y Beligerancia del Vaticano", por Jaime García Pérez. "El Paraguay en América", por Justo Pastor Benítez. "La idea de justicia en el Quijote", por Luis Abad Carretero. "Tres nombres en Varona", por José Ferrer Canales. "La Niebla en el Destierro", por Pedro Guillén. "Ventura García Calderón", por Dora Isabel Russell. "Man man", por Nicolás Guillén. "Muerte viviente", por Juan Lizcano. "Humanismo" está dirigida por Raúl Roa. Pertenece a la Sociedad Interamericana de Prensa.

*

La Calle Oscura.—Novela. Autor: Renato Ozores. Tercer premio en el Concurso Nacional de Literatura "Ricardo Miró", 1954, de Panamá. La edición fué patrocinada por el Departamento de Bellas Artes y Publicaciones del Ministerio de Educación de aquella República. Una novela de ambiente panameño. Es la historia de una calle, la calle en que vive el autor. "Es una calle cualquiera; una calle oscura, corta, angosta, con aceras rotas y desiguales, con varios huecos en el pavimento y algunos desperdicios de esos que hay siempre en estas calles. Es una calle de gentes humildes, sencillas y buenas".

"La Calle Oscura" es un libro interesante. Los personajes se mueven y hablan con desenvoltura. Ozores maneja bastante bien el diálogo. Hay escenas bien logradas. Las figuras de Yeyo, de Pancho, de Rosa, la Victoria están bien hechas, con líneas precisas y tonos vivos. "La Calle Oscura" retrata trozos de vida en los barrios bajos de Panamá.

*

Cuadernos Americanos.—La Revista del Nuevo Mundo—Publicación bimestral—México, D. F. Nos ha llegado el N^o 2—Vol. LXXXVI, correspondiente a marzo y abril de 1956. Está dividido en cuatro partes: Nuestro tiempo, Aventura del pensamiento, Presencia del pasado y Dimensión imaginaria. Publica entre otros trabajos: "Homilía para futuros economistas", por Jesús Silva Herzog. "Bolivia, país desconocido", por Félix Gabriel Flores. "Enseñanza y valor de la literatura hispanoamericana en los Estados Unidos", por Robert G. Mead Jr. "Tres definidores del Hombre-masa: Heidegger, Ortega, Riesman", por Manuel Durán. "Trabajo y conocimiento en las concepciones de la antigüedad clásica", por Rodolfo Mondolfo. "La seriedad de Antonio Machado", por Max Aub. "Panorama de la poesía guatemalteca", por Otto Raúl González y Huberto Alvarado. "Nuevas orientaciones de la poesía y la novela italiana en la postguerra", por G. B. Angioletti.

"Cuadernos Americanos" es una de las revistas más leídas en América.

*

El Libro y el Pueblo.—Publicación

órgano del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública de México. Nos han llegado: el número 20 correspondiente a los meses de noviembre y diciembre de 1955 y el número 21 correspondiente a los meses de enero y febrero de 1956. Colaboraciones: Rafael Heliodoro Valle, Fedro Guillén, Agustín Yáñez, Alberto Quiroz, Aurora Reyes, Aquiles Fuentes, Ernesto Mejía Sánchez, Blanca Lydia Trejo. Con el número 20 "El Libro y el Pueblo" cumplió dos años de labor por las Letras de México. Al respecto se dice en la nota correspondiente:

"Apartamos deliberadamente esta revista de su monotonía bibliográfica al insertar cuentos, poemas y toda clase de temas; pero es una verdad pura que con ello la hemos llevado a un auge.

Hoy no sólo leen "El Libro y el Pueblo" bibliógrafos y escritores, sino maestros de primaria, de secundaria, jóvenes y lectores de toda categoría".

Es Director de la Revista Alberto Quiroz y Jefe de Redacción Ramiro Aguirre.

*

Educación.—Revista editada por el Ministerio de Educación de Venezuela. N° 81, Febrero de 1956. Todas las colaboraciones que publica son trabajos de carácter técnico, repartidos en seis secciones: Educación General, Educación Primaria, Educación Normal, Educación Técnica, Educación Artística, Historia de la Educación Venezolana. "Educación" es una revista especial para el magisterio.

*

Universidad de México.—Publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México. Número 6. Febrero 1956—Director: Jaime García Terrés. Secretario de Redacción: Enmanuel Carballo. Trabajos de Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Juan Augusto Lunel, José Luis González, Xavier Tavera Alfaro, Mario Tomás Segovia, Jorge J. Crespo de la Serna, Carlos Valdés, Alí Chumacero, Andrés Hinestrosa. Uno de los más interesantes artículos es el titulado "Las letras mexicanas en 1955" por Alí Chumacero. Es una revista de la producción mexicana en poesía, novela, cuento, relato, crítica, ensayo, biografía, teatro, historia, etc. Entre las noticias varias que en su trabajo da Chumacero están éstas: de duelo: "En el año mencionado desaparecieron los escritores Méndez Plancarte, Manuel Toussaint, investigador del arte colonial, el profesor cervantista Erasmo Castellanos Quinto y el poeta y pintor José Moreno Villa".

*

Revista Interamericana de Bibliografía.—Publicada por el Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana, Washington—N° 4—Octubre-Diciembre de 1955. Publica: "La obra del P. Zulaica en Cuba", por Fermín Peraza Saranza. "Fondo Pagliai, ediciones para bibliófilos en México", por Benjamín Gento Sauz. Reseñas de libros, noticias sobre libros y folletos recientes. Trae referencias sobre la revista "Cultura" y algunos de los libros editados por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura.

*

ORTEGA Y GASSET EN TRES REVISTAS AMERICANAS

La verdadera dimensión humana y filosófica de Ortega y Gasset —en esta hora de apasionamientos y cominerías— necesariamente hay que buscarla, auténtica, vertical, en la ribera americana, donde siempre Ortega y su palabra tuvo una resonancia indiscutible. Cuando los mestureros y los paladines de la mediocridad mandan y disponen, la inteligencia emigra, rompiendo, con su ausencia, ese falso equilibrio de sumisión del rebaño. Ortega siempre tuvo su casa en estas tierras americanas donde no fué combatido con ferocidad, ya que nunca desconcertó, sino que orientó y adquirió agilidad, esa agilidad acorde con la tierra y con los hombres.

Mientras allá, el oficialismo prohibía y daba normas acerca de cómo debía tratarse el "caso" de Ortega, el "caso del Anticristo", aquí en América la opinión pública se vistió de duelo y las mejores plumas pensantes le dedicaron los elogios más espontáneos y admirativos. A la mesa de redacción de CULTURA han llegado, entre muchas, tres revistas continentales que engrosan prolíferamente, el ancho caudal de la bibliografía orteguiana en América. Son éstas: "Cuadernos Americanos" (Año XV, 1956, Enero-febrero, N° 1, México); "Revista Nacional de Cultura" (Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, N° 144, Enero-febrero de 1956, Caracas, Venezuela, año XVIII) y "Atenea" (Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes, Universidad de Concepción, Chile, Enero-febrero de 1956, año XXXIII, Tomo CXXIV, Nos. 367-368).

Bien podría llamarse a éste "año de Ortega y Gasset", puesto que encierra el simbólico signo de partida en que Ortega comienza a vivir en plena perspectiva histórica y analítica; en él se realiza ya esa "razón vital", puesto que su obra entra en el fructífero campo de las realizaciones y de las vivencias intelectuales.

Cuadernos Americanos.—El homenaje a Ortega lo inicia Alfonso Reyes con un breve recordatorio del filósofo, acogedor, amplio y amigo, en el Madrid que recibió al mexicano semierrante... A.R. con palabra emocionada, desequilibra el peso intelectual de los homenajes al maestro a través de un *Treno para José Ortega y Gasset*, que siempre ha tenido hacia sus compañeros el autor de "Cortesía". José Gaos analiza, con precisión de metafísico, el sentido peculiar del pensamiento luminoso de Ortega. *Salvación de Ortega*, es el filósofo visto a través de su actividad intelectual; en una frase luminosa resume al Ortega dual: "Espontaneidad mediocre, reacciones prodigiosas, he aquí su mecanismo mental", frase que Diderot sugiere a Lanson. Claridad meridiana que nace de la comprensión de todas las *circunstancias*, de "las cosas que están en nuestro próximo derredor". En resumen, en este asirse a la realidad circundante está la grandiosa salvación de Ortega como filósofo.

Luis Recasens Siches presenta *Sociología, filosofía social y política en el pensamiento de José Ortega y Gasset*, analizando, y, sobre todo, valorando esa actitud sociológica de la filosofía de O. y G., bastante descuidada en los estudios sobre sus realizaciones menta-

les. Raúl Roa labra la imagen de O. y G. a través de una serie de dichos que constituyen los pilares de su filosofía. Injustamente dice de él que "sucumbió a la nostalgia", desertando de la libertad. Regresó a España y prosiguió callado. Peor todavía: se olvidó de esa España —sangrante hasta el tuétano— y de la otra España peregrina o transterrada". Ortega no desertó, no traicionó, mantuvo su línea. Ojalá Roa haya aceptado la justificación sincera, leal y entrañable que Eduardo Ortega le ha dado en el siguiente número de "Cuadernos Americanos".

Ortega el Americano es el tema estudiado por Leopoldo Zea; describe, entre otras muchas cosas, el magnífico brote de la filosofía de O. y G. en esta América —ya lo hemos anotado más arriba— que ha sido la que con más equilibrio ha enjuiciado su obra.

*

Revista Nacional de Cultura.—La "Revista Nacional de Cultura" dedica la primera parte del número 114 a O. y G. Félix Armando Núñez estudia a nuestro filósofo como valor jerárquico dentro del campo de los valores filosóficos, destacando su figura en el panorama de la cultura y del pensamiento español de su época. No se había dado la importancia que se merecía al *estilo filosófico de Ortega y Gasset* tal como lo expone el escritor y pensador español Juan David García Bacca, uno de sus más fervientes admiradores y propagador en América de las doctrinas de O. y G. Eléazar Huerta establece el paralelo entre el *Lenguaje y Literatura en la Filosofía de Ortega*, aclarando térmi-

nos, conceptos y actitudes. Consideramos de gran importancia este estudio en el que se analiza el fenómeno del lenguaje como una verdadera prefilosofía y las delimitaciones necesarias entre la literatura como tal y la filosofía en sus auténticas esencias. Necesario se hace en el marco general de un homenaje, en el que se desmenuzan los conceptos, el aspecto anecdótico y casi poético de la evocación, tal como lo realiza María Rosa Alonso en su artículo titulado *En la muerte de Don José Ortega y Gasset*, con el que la "Revista Nacional de Cultura", de Venezuela, cierra su homenaje al filósofo español.

*

Atenea.—Revista de la Universidad de Concepción (Chile) dedica, como las dos revistas anteriores, casi un número completo al homenaje de O. y G. Guillermo de Torre, con la palabra autorizada de un verdadero creador de escuelas y esencias, hace destacar ese aspecto tan interesante en un filósofo como Ortega: la enseñanza de la palabra viva, esa actitud socrática cuya tradición se va perdiendo en la filosofía moderna a partir de Descartes, con lo cual ha perdido el contacto con una realidad que replica e interroga. Fernando Uriarte se enfrenta con *La lectura problemática de Ortega* y realiza un encomiable esfuerzo por organizar y dar una estructura general a la evolución ideológica de O. y G. dentro de sus Obras Completas. Vicente Mengod, se ocupa del *Tema de las ideas de Ortega* y Mario Sánchez Latorre descubre el humanismo subyacente en toda la obra del pensador matritense, enfocando breve-

mente la actitud de éste ante el saber y el contenido del hombre en relación con el mundo que le circunda. Eleazar Huerta y Edmundo Concha estudian, respectivamente, *la prosa y el estilo de Ortega*, valorando el sentido creador, personalísimo, que se oculta, a veces, ante el discurso mental. *Ortega y Gasset y la pedagogía* es el tema tratado por Juan Sandoval C. y *Velásquez y Ortega*

son vistos simultáneamente por Antonio R. Romera.

Concluimos, estas tres revistas americanas nos han brindado el magnífico ejemplo de un homenaje franco, cordial, sin las cominerías y cabildeos que, por desgracia, han sido el homenaje fúnebre que un gran sector de España ha rendido a Ortega.

J. A. A.

